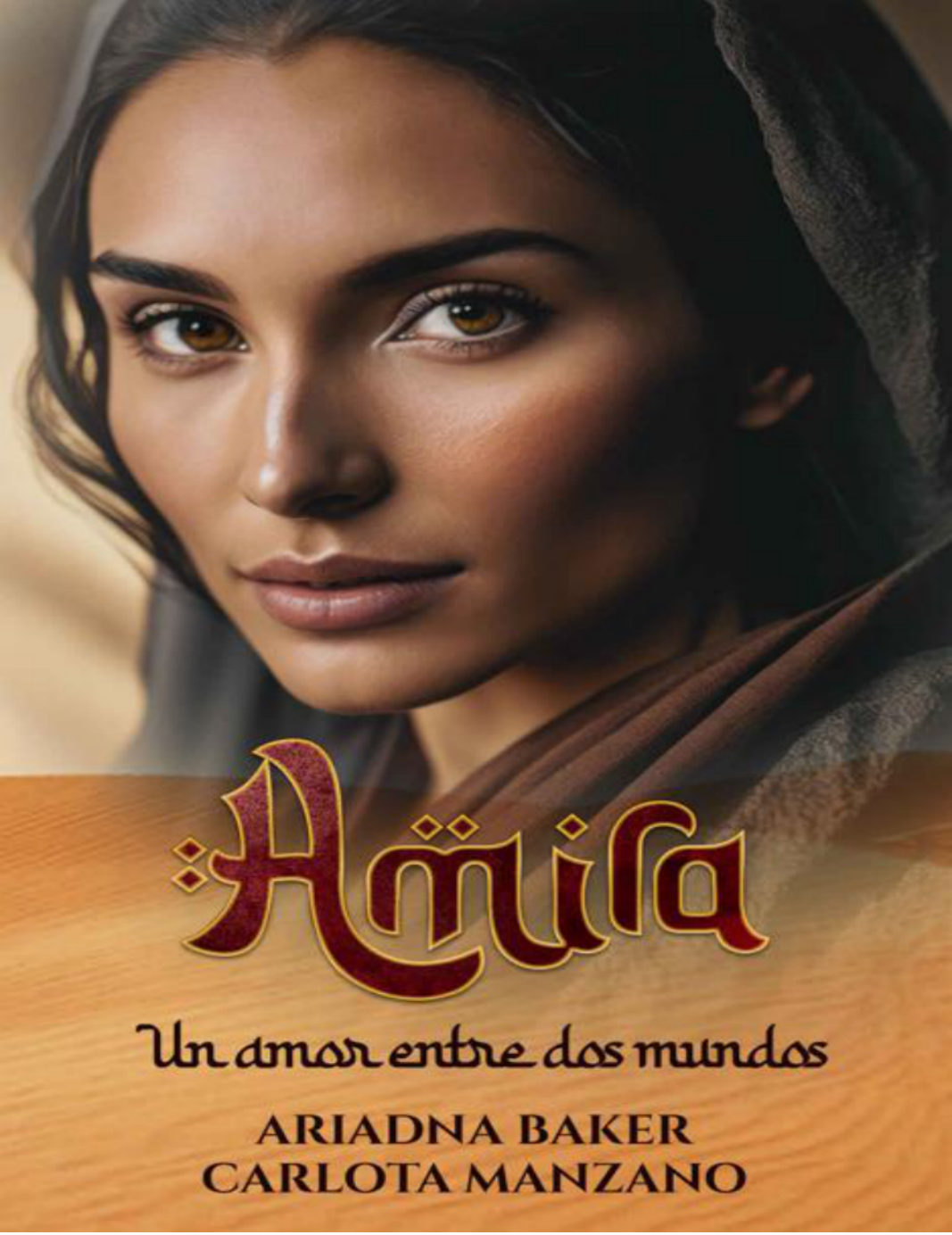
Amira
Un amor entre dos mundos
ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

Un amor entre dos mundos

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Amira. Un amor entre dos mundos

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©Abril, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

RRSS

Esta novela está inspirada tras un viaje realizado al desierto de Merzouga a principios de abril de este año.

Una aventura en la que aprendimos que nada es lo que parece y que no hay mayor libertad que no poseer nada.

La historia de los personajes es totalmente ficticia pero muchos detalles y personas, están basados en hechos reales.

Algunos datos sobre su cultura o tradición pueden parecer que no sean los correctos, pero, hemos aprendido que cada familia es un mundo y con ella unas normas que no tienen por qué ser las establecidas.

Cada lugar descrito es lo que hemos vivido en primera persona y queremos enseñarlo a través de nuestros ojos, o, mejor dicho, a través de esta novela.

Carlota y Ariadna

Dicen que todos tenemos marcado nuestro destino, que hagas lo que hagas, estás predestinado a llegar hasta ese punto que la vida te tiene preparado...

ARIADNA Y CARLOTA

Capítulo 1

Ezequiel

Una sensación de ansiedad que conocía muy bien se apoderó de mí. Sentado en el avión, con la mirada fija en la ventanilla, era imposible que mi mente no se fuera libre, sin poderlo evitar, a todos los recuerdos que me pesaban como una losa, haciendo sangrar una herida que aún se mantenía abierta.

Y así seguiría hasta que no consiguiera ponerle punto final a un capítulo en concreto de mi vida, y para que eso sucediera, solo había un camino: la venganza.

—Ya queda menos —escuché la voz de mi amigo y compañero Raúl.

—No veo el momento de llegar —respondí con rabia, exteriorizando como me sentía.

—Tranquilo amigo, lo hará; pero aún nos queda bastante recorrido por delante. Vamos a intentar relajarnos y disfrutar un poco de las maravillas de este país.

—Es muy fácil decirlo… —gruñí.

—Y difícil llevarlo a cabo, lo sé, pero es lo que hay. Acumúlalo para la traca final —me dio una palmada en el antebrazo apoyándome, dándome el poco consuelo que podía con su presencia.

Raúl era mi amigo desde hacía muchos años. Nos conocimos en la academia de policía, los dos formábamos parte de la Unidad contra el Narcotráfico en el Estrecho, una zona muy conflictiva y que nunca daba descanso.

Mi nombre es Ezequiel. Siempre tuve claro hacia dónde quería dirigir mi destino, hasta que lo conseguí al ponerme al frente de la unidad y tomar el mando, convirtiéndome en el jefe.

Raúl era mi persona de confianza y el que iba de mi mano en todos los aspectos de mi vida, tanto en lo profesional, convirtiendo nuestra profesión en el núcleo de nuestras vidas, como en lo personal, siendo un apoyo mutuo de muchos años.

Pero no todo fue tan idílico como parece, no, las piedras en el camino son inevitables y a nosotros nos sacudió la vida, más a uno que a otro, de diferente manera, pero nos había tocado de cerca y habíamos tenido que sortearlas.

Hubo una época en la que era feliz con todo lo que había conseguido, hoy en día lo intentaba por mi familia y por mi amigo, si no fuera por ellos habría perdido el norte por mucho que con el tiempo hubiera podido restablecerlo, pero la desesperación que sentí en un punto de mi vida fue tan grande…

Ocho de abril y me encontraba sobrevolando el cielo con un objetivo claro en mi cabeza, el que no había podido dejar de intentar y nunca lo haría.

Paradójicamente sobre esta fecha mi vida cambió radicalmente hacía ya casi dos años, y desde aquel día, cuando conseguí salir del abismo en el que me sumí, me prometí que fuera como fuera, algún día como hoy llegaría.

Aborrecía esta fecha en lo más profundo de mi alma, una fecha que me dejó marcado para siempre, y si la suerte estaba de mi lado, lo volvería a hacer con un resultado totalmente diferente al anterior. No quería pensar que no fuera así, necesitaba difuminar como fuera los sentimientos que se apoderaban de mí.

Mi vida, mis ilusiones y mi felicidad se truncaron de la peor manera y, por casualidades del destino, una puerta se había abierto ante mí cuando ya empezaba a perder las esperanzas de que ello sucediera.

Iba camino a dar un paso más hacia delante, pensé al ver cada vez más próxima la pista de aterrizaje de la ciudad de Fez, Marruecos. Ese era nuestro destino, al menos en este momento porque no tardaríamos en movernos por todo el país.

—Tío, tendrías que haberte traído la cámara de fotos como yo, la que te dio tu hermana —llamó mi atención Raúl justo en el mismo instante en el que las ruedas del avión hacían contacto con tierra firme.

—¿Para qué? —lo mire levantando una ceja— Con el móvil me basta y me sobra. Tú que vas de guiri total —sonreí.

—Eso tú macho, que tienes el último modelo del mercado y las fotos se hacen solas, pero el mío hasta faena tengo para encontrarme en la imagen cuando hago una foto —rio.

—Como si tu móvil tuviera culpa de eso —negué con la cabeza—. ¿No será por qué lanzas las fotos sin mirar? —solté una carcajada porque era un caso digno de estudio.

—¿Qué quieres que te diga? La paciencia no es lo mío —se encogió de hombros riendo.

—Ya veremos lo que sale de dentro de esa cámara.

—Las capturas del mejor viaje de nuestras vidas, te lo puedo asegurar —habló serio.

—Eso espero… —respondí desviando la mirada.

En cuanto el personal del avión nos dio paso, nos incorporamos para salir hacia la terminal en busca del equipaje. No llevábamos mucho encima, íbamos en plan mochileros, pero lo suficiente para sobrepasar las medidas establecidas en cabina.

Con las mochilas a cuestas salimos, y los últimos rayos de sol del día nos saludaron. Respiré profundo, empezando a empaparme de todo lo que me envolvía. Nos dirigimos hacia una zona donde varios taxis estaban a la espera de ser ocupados y nos montamos en el primero que encontramos a nuestro paso. Ese sería el transporte provisional que nos acercaría lo máximo posible al hospedaje donde pasaríamos la noche.

El lugar no era otro que la ciudad de Fez, la que sería la primera vez que visitaría, más concretamente la medina de Fez, donde estaba ubicado el Riad que tendríamos que buscar bien y no perdernos en el intento. A pesar del motivo que me había llevado a estas tierras, muy diferente al habitual, me había propuesto intentar dejar a un lado todos los sentimientos que me recorrían y poder disfrutar de todo lo

que me envolvía.

Era un país que me encantaba y no era la primera vez que visitaba, me sabía mover bastante bien por la zona, y por mi trabajo y las veces contadas que había disfrutado del país, me defendía con un pequeño vocabulario de palabras que había ido acumulando, poco más, solo lo suficiente para saber lo esencial. Me daba una paz como pocos lugares conseguían hacerlo y en el momento en el que estaba era muy bien recibida.

En cambio, para Raúl era la primera vez en el país e iba como un niño pequeño mirando hacia todos los lados, y de sobresalto en sobresalto, pero no penséis mal, ahora lo entenderéis.

—¡Joder! —pegó un pequeño grito Raúl.

—Por más que aprietes los pies no hay pedal para frenar —reí negando con la cabeza desde los asientos de atrás, donde estábamos sentados los dos.

—No sé cómo puedes estar tranquilo, ¡frena hombre! —exclamó hablándole al conductor, que lo miró por el espejo retrovisor sonriendo y siguiendo a lo suyo después de hacerle un guiño yo— La próxima vez que protestes cuando conduzca yo…

—Cada lugar con sus reglas, ya te acostumbrarás —sonreí—. Respira a ver si te vuelve el color y relájate que no va a pasar nada.

Después de varios bufidos y sobresaltos más por parte de Raúl con los que no pude evitar reír gran parte del recorrido, me dejé transportar por el paisaje, interiorizando cada pequeño detalle, cada pequeño olor que llegaba hasta mí.

Teníamos media hora del aeropuerto hasta llegar a alguna de las puertas principales de la medina donde el taxi nos dejaría, ya que no se podía acceder al interior. Lo que podía suponer un poco más de tiempo, como pasó cuando bajamos del taxi cuarenta y cinco minutos más tarde, con un Raúl inquieto y estirándose antes de colgarse la mochila a la espalda.

Capítulo 2

Amira

Miraba a mi pequeño Omar que jugaba fuera de la jaima en la que yo estaba preparando el desayuno para los turistas que teníamos en este momento en el campamento.

Mi hijo, con solo dos añitos era toda una atracción para los visitantes que caían rendidos a sus pies y terminaban dándole toda clase de chucherías que traían del viaje, así como también se hacían mil fotos con él.

Omar se volvía loco de contento con esos regalos y posaba sacando el dedo pulgar para esas instantáneas que todos le echaban.

Para ellos, nuestra forma de vivir y vestir les creaba expectación y curiosidad, gracias a eso conseguíamos de alguna manera ser un atractivo turístico que cada vez atraía a más personas dándonos la posibilidad de que, sin perder nuestra esencia y modo de vida, pudiéramos seguir viviendo en el desierto, pero de una manera más cómoda.

Nací en el Sahara hace veintidós años, más o menos, ya que no tengo

ningún documento que justifique en qué día y año sucedió; ni siquiera tenía documentación, como la mayoría de los nómadas, que no existíamos para el mundo.

Nos íbamos moviendo cuando escaseaba el agua y teníamos que trasladarnos a otra zona del desierto en busca de ella, sobre todo para los animales y nos dejábamos guiar por los camellos que nos llevaban a donde la había, lugar que nos servía de tierras durante un tiempo.

Mi familia está compuesta por mis padres, Naim y Fátima, mis hermanos Ismael, Mustafá y Brahim, además de mi pequeño Omar, el niño de nuestros ojos.

Mi hijo era nacido de mi matrimonio con Abdul, con el que mi padre pactó la unión y de la que nació Omar, pero cinco meses después de su nacimiento, me quedé viuda, por suerte, para qué mentir. Una mañana apareció muerto detrás de la jaima, sin duda, nunca supimos si fue por un infarto u otra cosa ya que, como dije, no teníamos recursos y por nuestra ilegalidad en el mundo, fue enterrado bajo nuestra tradición.

Jamás lo amé y no tengo ni el más mínimo recuerdo bonito junto a él, para mí fue toda una liberación ese suceso que me llevó a vivir más feliz y tranquila la crianza de mi pequeño de la que no me faltó ayuda por parte de mi familia, ya que Omar era el niño mimado de todos.

Justo antes de casarme ya teníamos el campamento turístico, porque unos meses atrás mi padre vendió todos los animales y parte de nuestras pertenencias para abrir esto, que comenzó a funcionar de forma inmediata y es que ya lo tenía todo muy pensado y llevábamos muchos años recibiendo visitas en nuestras jaimas por parte del turismo y vimos cómo se comenzaba a mover todo de esa manera y se abrían muchísimos albergues que se llenaban por completo, así que no lo pensó y comenzó a preparar todo para tener el nuestro propio.

Mi hermano Ismael de treinta años, trabaja para un Riad de Merzouga pueblo, era el que llevaba el todoterreno para mover en plan excursiones a los huéspedes por el desierto.

Esos huéspedes eran los que no querían dormir en jaimas y se alojaban en estos sitios que eran como hoteles, pero de barro, y que también eran una gran atracción para el turismo que prefería dormir en habitaciones tradicionales.

Ismael se enfadó un día con mi padre y mi hermano Mustafá, se fue al pueblo dejando la vida del desierto y sin volverles a hablar hasta el día de hoy, eso sí, a mi madre y a mí nos veía a escondidas, aparecía por el campamento cuando sabía que ellos no estaban, al igual que nos traía a mis sobrinas Aisha y Suhaila, dos preciosas gemelas de cinco años fruto de su matrimonio con Zulema.

Creo que es el único que le plantó cara a mi padre y a nuestro hermano, en muchos momentos yo lo hubiera hecho, pero, sabía que eso crearía una mayor brecha familiar y por mi madre no lo hacía, al igual que le hubiera plantado cara a mi hermano Mustafá de treinta y tres años, con el mismo carácter y forma de ser que mi padre, ese que no sabía si hasta el punto de odiarlo, pero, sí que tenía unos sentimientos muy feos hacia él.

Este hermano era el que llevaba la gerencia del campamento, o sea, lo controlaba todo, mientras mi padre prefería dedicarse al mantenimiento, la verdad es que tenía mucha habilidad para arreglar las cosas.

Mustafá aparentaba ser amable, simpático y buena persona, todo era fachada, realmente era lo más parecido al diablo que yo había conocido.

Estaba casado con Layla de veinticinco años, sumisa, con la que tenía un niño de dos años Naim y una niña de cinco, África. No solo era ella, luego contrajo matrimonio con Habiba, de solo diecisiete años y con la que tenía un hijo de un año, llamado Mustafá, esta, siendo menor era todo lo contrario a Layla, tenía carácter y era muy mala persona.

Vivía en el campamento con ambas, y las tenía trabajando en la cocina y limpiando las jaimas de los huéspedes.

Luego estaba mi hermano Brahim de veinticinco años y que era un evita problemas, no se metía en nada y siempre tenía una sonrisa en su rostro. No estaba casado y trabajaba en el campamento haciendo de todo: por la mañana reponiendo los desayunos tras haber llevado a ver el amanecer a los turistas con los camellos, luego se iba a llevarlos en todoterrenos a ver los poblados nómadas y la comunidad negra, que vivían en casas de barro, además de darles una vuelta por las dunas subiéndoles la adrenalina y por la noche alrededor del fuego, tocando el tambor y animándoles a pasar una velada mágica frente a esas llamas que daban luz a todos los que le rodeaban en ese momento.

Mi vida no había sido fácil, pero no por haber sido una mujer en el desierto, sino por la complejidad de familia que tenía en la que mi padre era autoritario, pero, realmente mi madre era la que mandaba en el seno familiar, contradictorio sí, pero así era.

Siempre había soñado con enamorarme de un hombre y ser feliz junto a él, pero no me dieron la posibilidad cuando arreglaron mi matrimonio con Abdul, que como ya dije, lo detestaba.

Desde que teníamos el campamento turístico me iba sintiendo mejor y más libre, eso sí, siempre ante la mirada de mi hermano Mustafá y mi padre que no permitía que me acercase demasiado a los turistas, pero,

de algún modo lo hacía y no se podía evitar. Me encantaba regalar sonrisas y ver como ellos disfrutaban de esto que con tanta ilusión habíamos montado.

Capítulo 3

حب

Ezequiel

La medina de Fez era enorme y muy fácilmente podías desorientarte entre sus más de nueve mil callejones. Era como un laberinto de callejuelas estrechas que enlazaban unas con otras constantemente.

Habíamos llegado al país bien entrada la tarde y entre el desplazamiento e intentar encontrar el camino correcto, la noche se nos había echado encima. Después de calcular y prestar atención por cada rincón por el que habíamos pasado, opté por preguntar y pedir ayuda ya que si mis cálculos eran correctos era la cuarta vez que pasábamos por las mismas calles. Todo era tan parecido que como te despistaras no encontrabas la salida, ni mucho menos la dirección a la que querías llegar.

Como era habitual en el país, nos facilitaron ayuda al instante, acompañándonos hasta la misma puerta del Riad donde pasaríamos la noche para continuar con nuestro viaje a la mañana siguiente, esa vez conmigo al volante ya que había alquilado un coche para movernos por cada rincón.

Después de darle una propina al chico que nos llevó hasta el Riad,

entramos para dejar el equipaje y ponernos cómodos. Al menos por mi parte necesitaba darme una ducha y ponerme cómodo para salir a cenar. Una ducha que me dejó como nuevo, subí a la terraza para fumarme un cigarro mientras esperaba que acabara Raúl, disfrutando de las vistas que me ofrecían las alturas de una buena parte del laberinto de callejuelas.

Como para dar con la dirección exacta, pensé mientras soltaba el humo. Solo era una pequeña parte de la medina la que tenía ante mí y era impresionante. Unos pasos me sacaron de la relajación del momento, escuchando la voz de Raúl a mi espalda.

—Cuando quieras podemos irnos —se apoyó a mi lado en la barandilla—. Qué pasada de lugar, no hubiera imaginado que fuera así.

—Y eso que no has visto nada —apagué el cigarro— ¿Vamos? —sonreí al verlo con la cámara colgada del cuello.

Salimos por los alrededores, sin intención de alejarnos mucho. Con calma, paseamos viendo puestos de comida, tiendas de ropa, de especias que desprendían un olor intenso, viendo a las personas de la zona interactuar y acercándose a nosotros amablemente, mientras Raúl capturaba con la cámara todo lo que nos encontrábamos.

Aproveché para comprar dos tarjetas de teléfono que funcionaran en el país con varias recargas para cada uno, para estar comunicados con nuestras familias y para que tuviéramos acceso a internet en los momentos en los que nos apeteciera echar un ojo viendo que se cocía en el mundo.

Llegamos a una pequeña plaza dónde decidimos sentarnos en un pequeño restaurante para degustar la comida típica, nada de

restaurantes más turísticos, ya que estábamos allí queríamos meternos de lleno en la cultura que nos pudieran ofrecer.

—Puedes traernos… —empecé a decirle al camarero, mirando la carta que tenía entre las manos— dos hariras, un cuscús de carne, un tajín de pescado y una pastela. Para beber yo agua —miré a Raúl que asintió—, con el agua está bien, gracias.

Después de que nos tomaran nota no tardaron en arreglar la mesa para empezar a servir los platos, dejando la bebida y dos vasos, con un bol de olivas aliñadas que estaban para chupetearse los dedos y una cesta con el pan típico, ovalado.

—Te va a gustar la comida —comenté bebiendo un sorbo de agua.

—No lo dudo, no me he enterado de nada, solo he pillado lo esencial, cuscús, carne y pescado, pero todo me vale —rio contagiándome.

—La harira es una sopa típica que tiene un gusto exquisito, intenso, con algo, no mucho, de pasta dentro y con garbanzos o lentejas, cuando la pruebes te sabrá a poco. El cuscús que son bolitas minúsculas de pasta, ya sabes lo que es, guisado con carne y verduras. El tajín es un guiso que puede ser de carne o pescado, con una base de verduras y patatas. Te va a faltar pan para mojar hasta en la sopa —reí porque conociéndolo así sería, me faltaría hasta a mí.

—Se me está haciendo la boca agua —dijo en el momento en el que nos dejaron las hariras delante.

Como era de esperar Raúl se puso a mojar pan en la sopa alegando que estaba de vicio y no podía esperar más porque quemaba demasiado. Lo seguí y disfrutamos de ese pequeño manjar, solo tenía que ver su cara y sus gestos para saber que le estaba encantando, y

solo fue el principio. Enseguida los demás platos salieron y dimos buena cuenta de todo. Faena nos costó terminarlos, pero dimos la noche por finalizada bien saciados y con los estómagos llenos a más no poder.

Bueno, eso de a más no poder es un decir, porque en la vuelta al Riad paramos en varios puestos de dulces y entramos directos a la habitación comiéndolos, con una botella de agua en las manos porque bien que la necesitaríamos para pasar la noche con todo lo que llevábamos encima.

Todo un éxito fue que no nos perdimos para volver. En la tranquilidad de la habitación cambié nuestras tarjetas en los teléfonos e introduje las recargas para tener activos los móviles. Con todo hecho, dejé a Raúl en su cama y subí a la terraza para fumarme el último cigarro del día, con la intención de ponerle un mensaje a mi hermana para que supiera que todo iba bien.

Ezequiel: *Hola enana. La llegada ha ido bien, ahora estamos en Fez, donde pasaremos la noche y seguiremos nuestro camino.*

Su respuesta no tardó en llegar.

Naiara: *Hombre, el hermano desaparecido. Menos mal que te ha dado por enviarme un mensaje, estaba a nada de cruzar el charco y llegar hasta allí con pancartas con tu cara.*

Ezequiel: *Veo que tienes uno de esos momentos dramas, jajaja, ¡Exagerada!*

Naiara: *Solo quería saber que estabas bien, voy a llamar a mamá porque no veas la tarde que me ha dado.*

Ezequiel: *Pues ya puedes poner un comunicado de que todo está en orden* —negué con la cabeza, aunque no podía verme.

Naiara: *Me alegro, disfruta lo que puedas… ¿Estás bien?*

Ezequiel: *No te preocupes, lo estoy ¿vale? Hemos cenado y acabamos de llegar a la habitación. Vamos a descansar ya que mañana tenemos un viaje largo por delante.*

Naiara: *Si me lo dices te creeré, aunque te lo volveré a preguntar dentro de un par de días. Pues descansad y tened cuidado en la carretera mañana, te quiero Eze.*

Ezequiel: *Y yo a ti, peque. Ya puedes dormir que es tarde, allí son dos horas más.*

Naiara: *¡Cómo si son cinco! No iba a cerrar los ojos hasta que supiera de ti. Hasta otro día.*

Negué con la cabeza mientras sonreía, era un caso. Naiara tenía cuatro años menos que yo y siempre había sido la niña de mis ojos, desde que nació. Teníamos una unión especial, sabía lo que se preocupaba por mí y lo intranquila que se quedó desde que hablé con ella informándola del viaje inesperado que pensaba hacer.

Envié algunos mensajes más a algunos compañeros para que me mantuvieran al día del trabajo y me informaran de los avances que hicieran en cada cosa que tuvieran entre manos, haciéndoles saber que ya estaba operativo con ese nuevo número y bajé hacia la habitación para dar el día por terminado.

Uno más, pensé mientras accedía a la oscuridad de la habitación, me quitaba la ropa y me dejaba caer en la cama en calzoncillos,

metiéndome debajo de la colcha. La temperatura era muy agradable y no tardaría en asomar alguna pierna por fuera, pero por el momento cerré los ojos dejándome arrastrar por el sueño con una imagen clara y nítida en mi cabeza, la de mi objetivo.

—Tío, ¿tú estás preparado para lo que nos vamos a encontrar? —me preguntó indeciso Raúl referente a la carretera, sentado en el asiento del copiloto en el coche que había alquilado.

Después de desayunar tocaba seguir adelante y eso hicimos sin demorarnos mucho, nada más despertar.

—Ya lo iremos viendo —reí arrancando y empezando a circular según las indicaciones del GPS del móvil.

—Me cago en todo —soltó un bufido, que más me hizo reír.

Nos quedaban muchos kilómetros por delante, lo que en España podríamos hacer en menos horas aquí se duplicaba en tiempo. Pero no había prisa, llegados a este punto no pensaba agobiarme, solo quería centrarme en disfrutar de la experiencia y los paisajes tan diferentes que nos iríamos encontrando, al menos hasta que me lo pudiera permitir.

Los contrastes de vegetación nos indicaban que íbamos por buen camino, dónde durante un buen tramo del camino nos había acompañado el verde, llegados a un punto se había convertido en todo más árido, predominando el color marrón allá hacia donde miraras, hasta las viviendas tomaban ese color integrándose con las condiciones de la zona.

No fueron pocas las veces que nos paró la policía en controles dónde teníamos que enseñar toda la documentación, para acabar dándoles

una propina y seguir con la ruta. Consecuencia de ello perdimos bastante tiempo, pero era lo que había y lo hicimos con toda la calma que pudimos poniendo nuestra mejor cara.

A última hora de la tarde, después de muchos kilómetros y con un Raúl que no sabía cómo ponerse en el asiento, llegamos al pueblo de Merzouga, indicándonos que casi habíamos conseguido llegar a nuestro destino. Faltaba poco, muy poco, y con ese pensamiento apagué el motor dejando el coche a un lado para bajarme y preguntar a dos hombres que había justo al lado de la entrada que daba paso al desierto.

—Buenas tardes —dije con Raúl al lado—, vamos a los campamentos a pasar unos días.

Después de que varios hombres de la zona se reunieran a nuestro alrededor y explicarles qué nos había llevado hasta allí, uno de ellos se montó en una moto indicándonos que lo siguiéramos, para llevarnos hacia dónde se encargarían de transportarnos hasta el campamento.

Así lo hicimos, subidos al coche de alquiler nos dejamos guiar hasta que nos indició dónde dejar el coche estacionado, dando encuentro con otro hombre que nos saludó amable al esperar nuestra llegada. Nos presentamos y accedimos al interior de una vivienda, donde nos ofreció un té mientras esperábamos a que nos viniesen a recoger. Lógicamente el viaje hasta el campamento lo haríamos con alguna de las personas que se encargaban de transportar a los turistas a través de las dunas.

Allí, bebiendo el té y sentados a la sombra mientras el calor apretaba, parecía que estábamos en otro mundo y no sabía yo en ese momento, la verdad de ese pensamiento.

La llegada al campamento fue de lo más movida, mientras el chofer subía y bajaba por las dunas con la tranquilidad y dominio del que lo hace constantemente con el pasar de los días. Raúl alucinaba por cómo el conductor conocía por donde tenía que ir porque ante nuestros ojos solo había montones de arena sin ninguna señalización.

Después de pararnos en el recorrido para sacar varias fotos, no tardamos en llegar al que supuestamente sería el campamento que nos acogería los siguientes días.

—Joder, esto es impresionante —dijo asombrado Raúl.

Y es que la estampa que se presentaba delante nuestro no tenía desperdicio. Jaimas con la entrada iluminada situadas a cierta distancia cada una, en fila, con otras justo en frente dejando un espacio en el centro donde había mesas y sillas. Con un pasillo central decorado con alfombras y guiado por faroles iluminados a esas horas en las que la oscuridad ya se hacía presente.

Parados junto a una mesa, esperamos como nos habían indicado empapándonos de cada detalle, hasta que alguien fuera a recogernos e indicarnos la jaima que ocuparíamos entregándonos la llave.

—Bienvenidos —escuchamos la voz de un hombre a nuestra espalda.

En cuanto me giré una oleada de fuego me atravesó todo el cuerpo y Raúl dio un paso acercándose hacia mí, mirándome de reojo. Rabia, dolor, dos sentimientos que tuve que aplacar con todas mis fuerzas en ese mismo instante.

—Gracias —respondió Raúl.

Yo aún estaba intentando pasar desapercibido para bajar mis

revoluciones, aunque de cara a nadie no lo parecía porque no había cambiado mi actitud, ni siquiera un pestañeo diferente me había salido al tener a ese hijo de puta delante.

—Espero que hayan tenido un buen viaje, aquí tienen la llave de la jaima, es la número cinco. La cena se sirve a partir de las ocho en esta más grande —señaló girándose hacia atrás—. Por lo demás como si estuvierais en vuestra casa. Disfrutad.

Con un asentimiento de cabeza y después de intercambiar varias palabras con Raúl, giró y se alejó de nosotros conversando con otro hombre, hasta que lo perdimos de vista.

—¿Puedes moverte? —me preguntó Raúl— Lo has hecho muy bien.

—Puedo, y esto solo ha sido el principio, créeme que lo voy a bordar.

Caminamos hacia la jaima que nos había tocado, con Raúl por delante que abrió dándonos paso a una pequeña casa con tres camas, una ventana grande con cortinas opacas para impedir que la luz entrara, un baño completo y un perchero, donde dejamos en el suelo las mochilas.

Me senté en el borde de la cama y dejé caer la cabeza sobre mis manos, intentando controlar la respiración porque una vez que nos habíamos quedado libres de miradas Raúl y yo, todo lo que me hervía por dentro había salido y estaba intentando controlar mi instinto de salir corriendo, y no para irme precisamente.

Capítulo 4

حب

Amira

Atardecía en el campamento y con ello, llegaban nuevos turistas que en su rostro se reflejaba la felicidad de sentir que por fin habían llegado a su destino.

Omar saludaba chocando su mano contra ellos que le agasajaban con chuches y le pedían fotos, se convertía en todo momento en el centro de atención.

Me coloqué bien el velo dejado caer por los hombros, ya que yo no lo usaba totalmente cubierto, en eso no había tenido jamás problemas con mi padre, con el simple hecho de llevarlo, era más que suficiente, además, a mí me gustaba, estaba acostumbrada a ello.

Y otra cosa, realmente las mujeres del desierto no cubríamos nuestra cara, cosa que los hombres sí solían hacerlo.

Salí de la cocina, que ocupaba una gran jaima, y puse sobre las mesas que habían repartidas por el campamento, un plato de fruta en cada una de ellas.

—Disculpe ¿Es posible un café?

—Hola, claro, ahora mismo se lo traigo —contesté a un joven que tenía la mirada y el rostro más bonito que jamás había visto. Por primera vez en mi vida sentí que me sonrojaba y me temblaban las manos.

—Gracias, eres muy amable ¿Cómo te llamas?

—Soy Amira —sonreí.

—Encantado, me llamo Ezequiel.

—Ahora mismo vengo con el café.

—Si son dos, mejor, estoy con mi amigo Raúl y está en la jaima duchándose.

—No hay problema —sonreí.

Llegué a la cocina a preparar los cafés y me sentía muy diferente a lo que jamás me había sentido. Nerviosa, temblorosa, impactada y sintiéndome como una niña pequeña.

Habiba estaba preparando una cafetera y me puse al lado a esperar a que terminara, estaba ese día como el resto, con un humor de perros y esa cara tan desagradable que siempre llevaba consigo.

—¿A qué esperas?

—Pues a llevar unos cafés a unos huéspedes.

—No sé si sobrará, esto va para la mesa principal para que se sirvan ellos.

—Habiba, voy a servir dos cafés y el resto va para la mesa —dije en tono de no aceptar ni una tontería por parte de ella en ese momento y es que nunca le contestaba, pasaba por completo, pero, hoy no me daba la gana.

—Estás muy prepotente ¿tanto te interesa llevar esos cafés?

—Esto —hice un giro con el dedo señalando a todo el campamento —se hizo con mucho esfuerzo, el mismo con el que se mimará a cada huésped para que hable bien de este lugar, ese que nuestra familia está luchando para mantener.

—Idiota —murmuró con tono despectivo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mi madre, al escuchar mientras entraba ese adjetivo descalificativo que me había dicho.

—Nada, madre, ya sabes como es.

—Quiere tratar con prioridad a unos huéspedes, lo mismo son hombres y ella está haciendo algo que no debe ser aceptado en nuestra cultura.

—¡Vete a la mierda! —cogí la cafetera y serví los cafés.

—Habiba, no le faltes el respeto, no trates como no te gustaría que te tratásemos a ti —le dijo mi madre en tono fuerte y esta, con mala cara, agachó la cabeza y preparó lo que tenía que sacar a la mesa de bienvenida.

Salí de la jaima con la bandeja con los cafés y unas pastas que preparé en un platito y en otro un poco de cacahuetes que siempre era todo un acierto.

Vi sentado en la mesa de fuera de su jaima a Ezequiel y al que supuse que era Raúl, su amigo y no solo eso, sentados con ellos Omar que estaba riendo, enseñándole una cajita de madera que si la tocabas salía una serpiente de goma y les estaba haciendo la gracia de asustarlos y ellos le seguían el juego.

—Este niño es la alegría del campamento —dijo Ezequiel cuando me acerqué hasta ellos.

—Es mi hijo —sonreí.

—Omar, no sabía que tenías una madre tan joven y guapa —dijo este, consiguiendo que me saliesen todos los colores.

—Es mi mamá —repitió feliz en un perfecto español.

—Es asombroso como habla nuestro idioma —dijo Raúl.

—Habla el español, inglés, francés, árabe y bereber —sonreí mientras colocaba todo en la mesa.

—Pero no va a la escuela aún —sentenció Raúl sacándome una sonrisa.

—Ni va, ni irá, al igual que yo nunca fui, pero tenemos la mejor escuela ¿verdad? —me dirigí a Omar.

—Sí, de la vida y somos más inteligentes porque no necesitamos profesores para enseñarnos idiomas, solo con los turistas es fácil aprender.

—Me quedo muerto —dijo Raúl causándonos unas risas a todos.

—El mundo se cree que porque seamos nómadas no tenemos conocimientos ni cultura, lo que no saben, es que nosotros vemos al mundo, al contrario, personas que vienen con carreras y no hablan idiomas o solo hablan inglés, habiendo tenido todos los medios y no han sido capaces de haber captado las lenguas con facilidad.

—Vaya lección nos acaba de dar —dijo Raúl haciendo un carraspeo.

—Vosotros necesitáis GPS y nosotros nos movemos por las estrellas —murmuró Omar abriendo la cajita de la serpiente.

—Así es —sonreí, viendo como Ezequiel y Raúl estaban boquiabiertos escuchándonos —. Bueno, me retiro a seguir preparando cosas para la cena que en breve se servirá. Omar no molestes mucho.

—No, no es molestia, nos encanta su desparpajo y lo simpático que es —dijo Ezequiel.

—Mi papá es una estrella —señaló al cielo el pequeño, y ambos se miraron dudando si interpretarlo como que ya no estaba en la tierra.

—Seguro que no es la que más brilla —reí negando y marchándome, dejándolos aún con más duda.

Regresé a la cocina, donde estaban con las ensaladas y los tajines Habiba y Layla, esta última me miró y me hizo un guiño, con el que

intuí que la otra ya había estado deslenguada hablando de lo que nos había sucedido momentos antes.

Le hice un gesto como que pasaba de Habiba, que no le iba a tolerar nada. Además, estaba aún de morros mirando hacia sus manos mientras pelaba la verdura. Para tener diecisiete años era la mujer más maleducada y borde que había visto en mi vida. Obviamente sabía que no amaba a mi hermano, simplemente fingía por lo que le había tocado vivir, pero en vez de pagar su malhumor con él, lo hacía con quién ella se pensaba que podía y, conmigo, ya se estaba equivocando porque no le iba a tolerar ni una más.

Me plantaba por completo hacia su actitud, aun sabiendo que iría a comerle la oreja a mi hermano, ese al que me faltaba muy poco para mandar un poco lejos y es que la paciencia se me estaba agotando.

Vi entrar a mi hermano por la jaima mientras preparaba a Omar para dormir y por su cara, ya le había dicho algo Habiba, lo que estaba claro es que no me iba a achantar.

—Dice Habiba que le quitaste el café para dárselo como prioridad a unos turistas cuando eso iba a ser para todos.

—Dile a Habiba que si quiere se lo explico en otro idioma, ya que no comprendió que lo habían pedido personalmente.

—Pero se estaba preparando para todos y aquí el trato es igualitario.

—Mustafá, por favor, el niño está cansado y yo no estoy para tonterías de una mujer que siempre está buscando la guerra, de verdad, te pido que nos disculpes ahora, pero estamos para dormir.

—Soy tu hermano mayor —dijo apretando la mandíbula.

—No me hables en ese tono, no soy tu mujer.

—¡Eres mi hermana! —gritó asustando al pequeño que se puso pálido y casi hizo un alarde de levantar la mano.

—Si te atreves a ponerme una mano encima, si solo vuelves a hacer el intento, no respondo de mis actos.

—Tengo poder sobre ti.

—No, no te equivoques —senté al niño en la cama ya que lo tenía sobre mi regazo y salí fuera de la jaima —. Hazme algo aquí, a la vista de todos, que vean lo falso que eres ¡Hazlo! —grité causando que su rostro pareciera más enfurecido.

—Hablaré con padre, no te quepa la menor duda —dijo marchándose muy enfadado.

—Por mí como si hablas con todo el campamento —me aparté mientras pasaba—. No soy tu mujer, y el ser mi hermano no te da derecho a tratarme como te venga en gana.

Se marchó y me di cuenta de que nos había estado observando Ezequiel, que salió de un lateral de mi jaima.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —dije metiéndome hacia adentro avergonzada porque hubiera escuchado todo.

Me metí en la cama con mi pequeño y lo abracé mientras le contaba

una historia de esas que me inventaba y a él le hacían tan feliz. No podía quitarme de la cabeza la imagen preocupada de Ezequiel, además, me daba mucha vergüenza que hubiera sido testigo de esa pelea verbal con mi hermano.

No sé por qué ese día estaba sensible y con rabia, amaba a mi familia, aunque solo a una parte de ella, mi padre y mi hermano Mustafá eran la antítesis de todo lo que yo añoraba, y con la llegada de Habiba como que todo fue a peor, ya que ella era una persona que siempre andaba buscando problemas y poniendo peros a todo.

A veces soñaba con vivir en una parte del desierto sola con mi pequeño Omar, me sentía preparada para llevar nuestras vidas de nómadas sin estar bajo la doctrina de nadie. En cierto modo nunca le perdoné a mi padre que me hubiera obligado a casarme con Abdul, era como una espina que se me había quedado atravesada en la garganta y en el corazón.

Aún recuerdo esa primera noche de bodas en la que me acosté con mi recién estrenado marido por primera vez, y en la que mis padres y hermanos estaban al otro lado de la lona de la jaima escuchando para ver si ese momento se había consumado y que sentenciaron con aplausos de lo más efusivos. Jamás se me olvidará que lo que para ellos era un momento para celebrar, para mí era la sentencia y condena por estar con un hombre que no amaba.

Omar se quedó dormido y yo sentí la necesidad de salir a que me diera el aire, ya casi todos estaban dormidos en el campamento y aproveché para fumar un cigarrillo, ese que me permitían siempre que nadie me viera, cosas de nuestra cultura, como todas, tenía lo lógico y lo ilógico, pero bueno, era un vicio tranquilizador como yo le llamaba, me daba una sensación de placer y relax que solo conseguía con ese humo que aspiraba.

Miré hacia la jaima de Ezequiel y allí estaba, fuera, observándome y fumándose un cigarrillo, no me lo esperaba, me quedé un poco nerviosa y me puse a mirar en mi móvil las fotos que le iba haciendo a mi pequeño Omar.

Entré de nuevo y me tumbé intentando pensar en cosas que me relajaban, como eso de poder vivir una vida en algún lugar del desierto junto a mi hijo Omar, a solas, cuidando de él y de nuestra jaima, así como de los animales.

Ese era mi sueño, ese que callaba, pero anhelaba conseguir algún día, a pesar de la oposición que encontraría en mi padre y hermano, además, me sería muy difícil conseguir los medios económicos para hacerlo ya que aquí el dinero iba para la unidad familiar, por lo cual nunca tenía ningún dirham para administrar. Lo que hacía falta se lo comunicaba a mi madre y ella se encargaba de adquirirlo a través de los chicos que iban al pueblo de Merzouga, o me lo traía mi hermano cuando aparecía a escondidas.

Capítulo 5

حب

Ezequiel

Un nuevo día amanecía con una sensación nada habitual; por el entorno, por las circunstancias y por la situación en la que me encontraba. Me removí entre las sábanas, después de todo había sido una buena noche y tal cual caí en la cama me quedé, por la paliza de coche que nos habíamos dado, con Raúl en las mismas condiciones que yo.

Sin prisa por salir de la cama ya que mi amigo seguía inmóvil en la suya, me tomé mi tiempo para analizar el poco tiempo que llevaba en el lugar, había tenido sorpresas para todos los gustos. La peor en sí no había sido una sorpresa, bien esperado había sido el momento, lo que no quitó que se me revolviera todo el cuerpo. La grata sorpresa había sido mi encuentro con Amira y su hijo Omar, contraponiendo todos los sentimientos negativos.

Sí, una sorpresa inesperada por las sensaciones que me había provocado, más por la madre que por el hijo, todo hay que decirlo. Y no es que Omar no nos hubiera ganado desde el primer momento, era para comérselo, pero Amira… en mi cabeza repetí su nombre varias veces sin darme cuenta mientras cerraba los ojos.

Pasada media hora me levanté de la cama y entré en el lavabo para asearme. Cuando salí, Raúl ya estaba sentado en la suya con cara de sueño.

—¿Has descansado? —quise saber mientras cogía la ropa que me pondría ese día, dejándola encima de la cama.

—Como un bebé, tío, estaba agotado —bostezó.

—Ya veo —reí—. Vamos a prepararnos para ir a desayunar, que necesito llenar la barriga ya.

—Voy ya, que no eres el único.

Se incorporó y se perdió dentro del lavabo mientras yo me vestía, lo que no tardó en hacer él saliendo los dos de la jaima cerrando la puerta. Caminamos con calma mirando alrededor, comprobando que había poca gente, por no decir que éramos los únicos que estábamos fuera, hasta que llegamos a la jaima grande que hacía de comedor y entramos viendo una gran variedad de comida para desayunar, donde el zumo de naranja y el café no faltaban.

Con un plato cada uno, los llenamos con lo que más nos apeteció, por mi parte varias tortitas a las que les eché un poco de miel, un poco de fruta para acompañar y dos trozos de pan a los que le echaría mantequilla y mermelada que cogí en el último momento.

Teníamos intención de desayunar al aire libre, nos apetecía hacerlo en el exterior por las vistas que nos ofrecía el lugar en vez de hacerlo encerrados entre cuatro trozos de tela, por muy bonito y bien montado que estuviera. Con ese pensamiento salí con el plato de Raúl lleno igual que el mío y él se quedó preparando los cafés y zumos para cada uno, dándome encuentro al final de la pasarela que llevaba a una

tarima donde había varios sofás largos a cada lado y varios sillones, con mesas frente a ellos.

—Anoche vi una escena entre Amira y su hermano —dije apurando el café, con la mirada ida al frente, perdiéndome entre la arena.

—Por tu tono de voz no fue muy agradable —sentí la mirada de Raúl hacia mí.

—No —gruñí—, estoy seguro de que ese desgraciado le tiene que hacer la vida imposible siempre que le salga de los cojones.

—Joder, macho, que marrón tiene encima la pobre chica —negó con la cabeza Raúl.

—Te lo puedes imaginar —dije pensativo llevándome la taza a los labios, pero estaba vacía y la solté rápido—, no será por mucho tiempo.

—Buenos días —escuchamos la voz de una mujer que reconocimos al instante.

—Buenos días —sonreí a una Amira con una sonrisa tímida a nuestro lado.

—¿Queréis más café? —levantó dos jarras entre sus manos.

—Pues mira te lo agradezco porque me ha sabido a poco —le respondió Raúl con la intención de levantarse y acercarse a ella.

—No, quédate sentado, yo me encargo.

Y sin dejar que respondiéramos ninguno de los dos porque yo también había tenido el instinto de facilitarle el trabajo, dio varios pasos y se inclinó en la mesa rellenando nuestras tazas.

Era consciente que no podía apartar la mirada de cada uno de sus movimientos, como si me hubiera hipnotizado me quedé prendado de ella, de sus gestos, de sus expresiones, de lo concentrada que hacía la tarea que tenía entre manos, hasta que levantó la cabeza sin incorporarse mientras dejaba caer el café en mi taza y nuestros ojos se encontraron de cerca.

Joder, tenía una mirada preciosa, intensa. No pude ni quise apartar la vista de sus ojos inseguros que me mostraban que en ese instante estaban igual que los míos.

—Oh, lo siento —se apuró porque nos habíamos despistado tanto los dos que ella no se había dado cuenta de que la taza había rebosado de café y yo no estaba para prestar atención a ese líquido negro, la verdad, era lo último que me importaba de ese momento.

—No te preocupes —le quité importancia incorporándome para ayudarla.

—No por favor, ahora mismo lo limpio —se apuró más—. Nunca me había pasado —se sonrojó—, ahora mismo vuelvo.

Se alejó de nosotros rápida y pude notar como su cuerpo se tensaba a mitad del camino, sin volverse hacia nosotros. Miré alrededor para saber a qué había venido esa tensión y en cuanto mis ojos localizaron el motivo entendí su reacción.

—Desgraciado que no la deja tranquila —solté con rabia viendo a Mustafá con los brazos cruzados pasando casi desapercibido entre dos

jaimas, casi, porque yo tenía un radar que con él nunca me fallaba, ni lo haría.

Sin importarle la presencia de su hermano que aún se mantenía en el mismo lugar intentando intimidarla, Amira pasó de vuelta por la pasarela llegando hasta nosotros con dos tazas limpias, otra jarra de café grande, una más pequeña con leche y con una bayeta con la que limpió la mesa mientras retiraba las tazas usadas.

—Disculpadme otra vez —dijo avergonzada.

—Deja de pedir perdón —atrapé una de sus manos frenando sus movimientos, haciendo que se sobresaltara—, le puede pasar a cualquiera.

—Oh, sí, yo soy el despistado número uno —me ayudó Raúl para tranquilizarla—. No te preocupes mujer, no ha sido nada.

—Gracias —le sonrió ella mirándolo por unos segundos sonriendo, para acabar con su mirada en nuestras manos unidas.

Ni me había molestado en soltarla, lo que no tardé en hacer para no incomodarla más, sabiendo que había una presencia escondida que podía ponérselo difícil.

—¿Todo está bien? —hablé en voz baja.

—Sí, solo que me he despistado, sois muy amables.

—No me refería a este momento precisamente —por unos segundos agrandó los ojos sabiendo que me refería a la noche anterior y la escena que presencié de ella con su hermano, el mismo que sentía en

mi cogote en ese momento.

—Es muy habitual y lo tengo controlado —me sonrió tímida.

La miré con intensidad, la que ella me provocaba y apartó los ojos nerviosa para colocar las nuevas tazas delante de nosotros y rellenarlas.

—Ahora sí, que disfrutéis —nos sonrió y se giró rápida para alejarse de la intensidad que había entre los dos.

Porque precisamente por Raúl no era ese nerviosismo. No se comportaba de la misma manera ante la presencia de él, bien lo sabía y tenía claro, al igual que mis reacciones cuando coincidía con ella también cambiaban.

—Esto puede ser un contratiempo —carraspeó Raúl.

—¿De qué hablas? —me giré hacia él.

—Tú, Amira. Amira y tú ¿lo pillas? —levantó una ceja— No me malinterpretes, me encanta volver a ver esa chispa apagada prender de nuevo, pero…

—No digas tonterías —negué con la cabeza—, no veas… —empecé a decir intentando darle una explicación a algo que ni yo mismo me creía. Pero mis palabras quedaron interrumpidas.

—Buenos días ¿todo bien? —la voz de Mustafá llegó clara y alta a mis oídos.

Levanté la mirada hacia él que se había puesto enfrente de nosotros,

me recosté en el sofá y sonreí. Si supo interpretar mi sonrisa ni idea, pero que fue lo más irónica que pude hacer, lo fue.

—Todo perfecto —habló por mí Raúl, captando la atención de Mustafá.

—Me alegro, nos gusta que nuestros huéspedes se sientan cómodos y satisfechos el tiempo que disfruten con nosotros. Os quería proponer una excursión para dentro de una hora, si os interesa… os llevaría a un poblado nómada para que lo conozcáis de cerca, para que veáis cómo viven y todo lo que los rodea, después haremos una ruta por los alrededores viendo fósiles, parando en un poblado que está abandonado donde vivían anteriormente nómadas, cerca del campamento negro, al cual también iremos para que los conozcáis y disfrutéis un poco de su música y el ambiente.

Demasiado para mis sentidos, pensé, y no por la información que acababa de darnos que me parecía interesante, sino por escucharlo hablar más de dos palabras. A pesar de ello, con la intención de tenerlo bien cerca y que no molestara a Amira, acepté.

—Estaremos encantados de hacerlo —asentí sin dejar de sonreír, ante la sorpresa disimulada de Raúl.

—Perfecto entonces, nos vemos aquí dentro de una hora, que sigáis disfrutando de vuestros cafés.

No se me pasó por alto el tono de voz al pronunciar la última palabra, como a él tampoco le pasó por alto la mirada que le eché. Si quería jugar, jugaríamos, estaba deseando abrir la veda y, si no lo había hecho ya, era por no perjudicar a Amira en el proceso.

—Joder, tío, menos mal que dejas de sonreír ya pensaba que era

maquillado —rio Raúl—. Pareces ‘El Risitas’.

—Ya veremos si no se me revuelve el estómago y puedo aguantar durante toda la excursión sin vomitar.

—Pensaba que rechazarías la propuesta.

—Me interesaba —dije convencido.

El momento llegó cargado de tensión, al menos por mi parte y la de Raúl. En todo momento Mustafá fue cordial al encontrarnos de nuevo, estaba sereno mostrándose simpático con sus clientes, nosotros, dejando ver una cara amable que no tenía realmente. Me valía, por el momento me servía habiéndolo alejado de Amira durante un tiempo, pero yo saldría del todoterreno que conducía él con una úlcera, joder.

—De esta te tienen que dar un Goya como mínimo —me habló Raúl en un momento en el que nos quedamos solos, apartados.

—Con un arma entre las manos me conformaría —le sonreí irónico, provocándole una carcajada.

No tuvimos mucho más tiempo cuando Mustafá se acercó a nosotros para emprender la marcha. Ya habíamos visitado el poblado nómada en el que habíamos parado y bajado del coche para visitar a pie, conociendo a una mujer que nos acogió amable sirviéndonos té, con su hijo pequeño que alegraba el momento. Nos hicimos fotos con los animales que tenían y en cada rincón inmortalizamos el momento.

También habíamos visitado un lugar en el que trabajaron los fósiles, de dónde nos llevamos varios restos que llamaron nuestra atención pidiendo permiso antes. El lugar estaba como abandonado, según nos informaron, apenas quedaban restos y se habían trasladado a otro

lugar. Pasamos por el poblado nómada abandonado en medio de las dunas, en ese sí que había viviendas de barro y paja, por el que caminamos empapándonos de cada detalle.

El último lugar en el que habíamos estado había sido en el poblado negro, dónde nos llevaron a disfrutar de la música que tocaban. Allí descansamos un rato hasta que salimos dirección a comer, que estaba incluido en la excursión y no lo sabíamos.

—Lo tenéis bien montado —comentó Raúl antes de que nos sirvieran los platos, directamente a Mustafá que nos hacía compañía un rato más, como si su presencia fuera bien recibida ante nosotros, pero no teníamos otra que tragar, al menos por el momento.

—La verdad es que sí, es nuestra vida y la enseñamos con agrado a todo el que quiera adentrarse en nuestro mundo. Si no es mucho preguntar ¿a qué os dedicáis?

—Somos profesores —respondí dándole un sorbo al té que tenía delante.

—Vaya, tenéis buena vida, por lo que sé sobre los profesores —asintió Mustafá.

—Bueno, todo se puede mejorar —soltó Raúl, y supe al instante hacia dónde quería dirigir la conversación.

—Podríamos beneficiarnos de otros placeres y tendríamos la vida solucionada… —dejé caer.

—Todo se puede mediar, teniendo dinero y posibilidades es posible. Todo es hablarlo y llegar a un acuerdo… —nos miró atentamente Mustafá.

—¿Hablamos del mundo de hachís? A ver si no me entero con tantas palabras en clave —rio Raúl.

—De eso mismo, sí —le sonrió Mustafá—. Si en algún momento os interesa hacédmelo saber.

Con sus últimas palabras se levantó sonriendo y nos dejó mientras dejaban delante de nosotros los primeros platos de comida.

—Hijo de puta, se me va a atragantar la comida —solté con rabia contenida.

Y fue lo que pasó, demasiada tensión y nervios retenidos para que pudiera ser de otra manera. No pude disfrutar de la comida, y eso que tenía una pinta espectacular, solo picar de aquí y de allí por no quedar mal ante las personas del lugar.

Con la excusa de que ese día no teníamos el estómago muy bien, esperamos el tiempo necesario hasta que volvimos al campamento con otro conductor diferente a través de las dunas. Según nos comentó el chofer, Mustafá tenía que tratar unos asuntos en el pueblo y sería él el que nos acercaría al campamento.

Una vez llegamos entrada la tarde, pasamos por la ducha y nos tumbamos un rato en las camas, con la intención de salir al aire libre más tarde y disfrutar del ambiente que ya empezaba a notarse. Por lo que pudimos saber esa mañana, no vimos a casi nadie porque organizaban excursiones para ver amanecer y cuando nosotros desayunábamos aún no habían regresado, de ahí que estuviera tan desierto el campamento, haciendo honor al lugar en el que estábamos.

Me costaba asimilar que el desgraciado de Mustafá tuviera algo que

ver con Amira. Joder ¿cómo podían ser hermanos y ser tan completamente diferentes? Una la dulzura personificada y el otro el demonio en persona disfrazado.

Los ojos intensos de Amira llegaron hasta a mí, provocando que me removiera entre las sábanas, inquieto ante las sensaciones inesperadas que me provocaba el simple hecho de traerla de vuelta a mi mente y lo que me hacía sentir ¿cómo era posible?

Cerré los ojos con fuerza intentando dejar mi mente en blanco, pero fallé en el intento, rindiéndome ante la evidencia, una evidencia inesperada y que me podía pasar factura, demasiada.

Capítulo 6

حب

Amira

Había tenido un día de lo más relajado, ya que le había dicho a mi madre de ir con Hakim, uno de los trabajadores de treinta años que también era nómada a Merzouga pueblo, a comprar unas cosas para el campamento.

Mi hermano se había ido a llevar de excursión a Ezequiel y Raúl, algo que me parecía premeditado y es que, seguro que eligió ir con ellos, y no con otros, por el hecho de que Habiba lo puso al día con lo de los cafés y él, como que lo prefirió para marcar un poco de terreno e indagar más de lo normal.

Ibrahim, el otro chico tuareg que teníamos el campamento de veintidós años, se llevó a otro grupo de cuatro personas.

Hakim no se metía en nada y era muy gracioso, siempre pensé que me cuidaba como a una hermana por el respeto, cariño y protección que mostraba hacia mí, además me apoyaba y alegraba cuando me notaba triste.

Sabía que no solo quería comprar, también hacer una parada para ver

a mi hermano, sobrinas y cuñada, con los que tomé un té en su casa, en la que estuve un buen rato.

Tras hacer todo, regresamos al campamento y poco después llegó mi padre que había estado en un asentamiento de jaimas nómadas ayudándoles con un tema de agua. Ni supo que había ido al pueblo, mejor, no le gustaba que saliese de la zona de las dunas.

A mediodía en el campamento casi no había turistas dado que salían a disfrutar de las excursiones que les ofrecíamos y solían llegar bien entrada la tarde. Pero de igual manera preparábamos en la cocina la comida para los pocos que se quedaban descansando en el campamento, aprovechando para adelantar todo lo que pudiéramos para la cena, así íbamos con tiempo para todas las incorporaciones nuevas que llegaban durante la tarde o bien entrada la noche.

Habiba estaba enfurruñada, como era habitual, además, por lo visto mi madre le había vuelto a leer la cartilla o algo había pasado, ya que miró con un gesto que entendí perfectamente y es que con mi madre me pasaba que no nos hacía falta hablar, en muchas ocasiones con una mirada nos lo decíamos todo.

Estábamos pelando verdura cuando osó a decir una de las suyas.

—¿Estás pensando en esos hombres? —ya no se refería a uno, ya directamente a dos y no solo eso, tenía la poca vergüenza de decir algo así y de forma atacante.

La miré y no me salió el contestarle nada, solo estamparle en su boca el tomate que tenía en las manos en ese momento y, además, se lo esparcí por la cara.

—Tu hermano te va a matar —murmuró sin ser capaz de levantarme

la mano, porque sabía que de ahí viva no salía si se le ocurría hacerlo.

—Muerta estás tú en vida al estar con un hombre que no amas, y además no eres ni siquiera su principal mujer —le escupí en la cara y salí de allí dejándola con el pastel de hacer la comida sola.

Me dirigí a la zona de los baños donde estaba mi madre con Layla limpiándolos, los de fuera de las jaimas.

—Cualquier día la encontráis muerta —les dije refiriéndome a Habiba.

—¿Qué pasó ahora? —preguntó mi madre poniendo cara de enfado y Layla mirándome con tristeza.

—Me dirigió la palabra para decir si estaba pensando en esos hombres, hablando en multitud, como si fuese una fulana y no contenta con eso, me advirtió de que mi hermano me iba a matar.

—No tendría cojones a ponerte un dedo encima —dijo mi madre muy enfadada—. Luego hablaré con ella, le dio por tratar mal también a Layla.

—Bueno, a ella lo viene haciendo desde siempre y os lo advertí a ti y a ella —dije mirando a Layla, que la pobre no decía ni esta boca es mía.

—No, pero ahora está a unos niveles más fuertes, esta mañana le dio un empujón —dijo mi madre mientras ella, la pobre, asentía con tristeza.

—Mala mujer de la vida, a esa me la voy a terminar cargando de verdad —murmuré muy enfadada.

—Me va a obligar a tratarla como se merece y su marido —se refirió a su hijo Mustafá, o sea, mi hermano— no se va a meter, sabe que como yo hable, aquí callan hasta los animales —la verdad es que la autoridad fuerte era de mi madre sobre la familia, por mucho que otros tipos de decisiones las tomara mi padre, pero siempre aprobado por ella.

—Mamá, hazlo ya, esa mujer está enloquecida y está provocando el malestar entre nosotras, no debes permitírselo o esto traerá una desgracia —Layla asentía en todo, la pobre nos escuchaba y apenas hablaba.

Y fue mi madre a hablar con ella mientras nosotras terminábamos de limpiar los baños, cosa que desde una de las ventanas pudimos escuchar más de un grito de ella diciéndole las cosas alto y claro, no que nos pudiéramos enterar de todo, pero de que se la estaba liando, lo estaba haciendo.

Regresó y por su cara vimos que había puesto orden.

—Le he dicho que a partir de ahora tiene prohibido dirigirnos la palabra a ninguna de las tres, ni siquiera una sola mala mirada hacia alguna de vosotras, porque a mí no sería capaz, eso me llevaría a aislarla una temporada.

—Verás cuando se lo cuente a mi hermano.

—Aquí lo espero —dijo con firmeza y confianza.

Terminamos de limpiar y fui a coger a Omar para ducharlo antes de cenar.

Vi como llegaba mi hermano con los chicos desde dentro de mi jaima,

y como mi madre se acercaba a él, mientras Ezequiel y Raúl iban hasta la suya.

Comenzaron a hablar y observé cómo mi hermano comenzaba a enfadarse, pero, no se esperaba la reacción de mi madre, que claramente le metió dos chillidos y le dijo algo que le obligó a bajar la cabeza e irse en silencio.

Cogí las manos de mi hijo y comencé a aplaudir por ella, por ese momento, Omar se reía porque no sabía qué pasaba, pero eso de las palmas era como un juego.

Tras ducharlo fui a la zona de cocina, debía dar los platos a los chicos para los repartiesen por las mesas del salón restaurante. Todo era en plan menú, así que todas iban con las mismas comidas y presentaciones.

Me había pasado el día recordando el rostro y sonrisa de Ezequiel, sentía que de algún modo me había quedado enganchada a alguien que en pocos días se esfumaría de mi vida, del campamento y que, seguramente, jamás nos volveríamos a cruzar, a no ser que quisiera repetir la experiencia en el desierto, y eso contando que también fuese en nuestro albergue y no en cualquiera de las decenas que se repartían a lo largo de todas las dunas de Er Chebbi.

Di de cenar a Omar y también lo hice yo, junto a nosotros mis cuñadas y sus hijos, eso sí, Habiba no tenía agallas de mirarnos a Layla y a mí, le habían quedado claras las palabras de mi madre, y ya estaba segura de que hasta las de mi hermano, después de todo lo que le había dicho esta cuando regresó de la excursión. Vamos que ese día habían cobrado los dos y es que se lo tenían más que merecido, eran tal para cual.

Omar se fue a jugar con los turistas que se iban dispersando por el campamento tras la cena, algunos ya cerca de donde prendían el fuego y comenzaba la música y diversión con los trabajadores del campamento.

Me fui detrás de mi jaima a fumar un cigarrillo donde nadie me viese, pero, parecía que estaba vigilada y no precisamente por mi padre o hermano, en esta ocasión era Ezequiel quién aparecía ante mí.

—¿Puedo? —sacó un cigarrillo y preguntó por si lo podía fumar conmigo.

—No sé si le agradaría a alguien de mi familia encontrarnos aquí fumando juntos.

—¿Y a ti te importaría? ¿Te pondría en aprietos? —preguntó preocupándose por mí.

—Bueno, me podría llevar una bronca, pero creo que ahora está la cosa en mi familia como para otro lío, hoy tuvimos un día movidito —reí—. No me importa y si me cae una, estoy en un momento rebelde y creo que me defendería bastante bien.

—Tu hermano ejerce mucha presión sobre ti.

—Es como que quiere un patriarcado que no le pertenece, aquí realmente en la familia manda mi madre que es la más justa, aunque a veces deje de serlo por complacer a mi padre o hermano, pero bueno, Mustafá lo intenta y se siente con derecho a todo, pero es como la vida, si pones un vaso de agua se va llenando poco a poco y llega un momento en el que rebosa, creo que es lo que me está pasando a mí, aunque soy consciente que eso solo me llevará a imponerme un poco, no más, al fin y al cabo mi vida está aquí junto a ellos, no tengo la

posibilidad de coger a mi hijo e irme a vivir por algún lugar del desierto, ya que no tengo medios para comprar animales ni montar mi jaima con todas las condiciones que hoy en día se necesita en cierto modo.

—¿Te casaste porque te lo impusieron?

—Sí, claro, no fue porque apareció el amor de mi vida y tuve el enlace más adecuado, pero, la vida fue un poco generosa conmigo y se lo llevó de la noche a la mañana dejando una paz en mi vida increíble.

—¿Nunca estuviste con nadie por amor?

—No, a pesar de que al estar casada tenía la posibilidad de meter en mi cama a cuantos amantes quisiera.

—¿Cómo dices? —preguntó incrédulo.

—En mi cultura, las mujeres podemos tener amantes y meterlos en la jaima hasta antes del amanecer, momento en que deben de abandonarla.

—¿Y el marido o familia?

—Durmiendo al lado, separados por la lona y haciendo oídos sordos.

—¿Me estás engañando?

—¡No! —reí— Mi madre tiene un amante aquí en el campamento, se llama Salah, es viudo y trabaja con nosotros, tiene cincuenta y un años y lleva por lo menos tres liándose con mi madre, es más, es su gran amor, aunque no lo diga es por el hombre que sonríe y no por mi

padre.

—¿Y tu padre lo sabe?

—Claro —sonreí.

—Me parece todo tan fuerte, nada que ver con el mundo árabe que conocía.

—Somos otra cultura, somos gente con nuestras propias normas y formas de vida, aquí no es el hombre el que puede tener las mujeres que quiera, aquí es la mujer la que una vez casada, puede tener a los amantes que crea oportuno.

—No sé si yo aguantaría eso —murmuró causándome una risilla.

Omar apareció correteando y me despedí de Ezequiel que se quedó un tanto pensativo por esa conversación que habíamos tenido, era como si le hubiese provocado un *shock*.

Me tiré en la cama junto a mi pequeño sonriendo, pensando que ese hombre debería de haber sido un tuareg y haber unido su vida a la mía. Me atraía muchísimo, tanto como para perder la cabeza una noche y hacer una locura. Reí de imaginarme perdida en su cuerpo y disfrutando del contacto con su piel.

Quedé dormida pronto, ese día había sido largo e intenso, además tenía un cierto dolor de cabeza, eso sí, lo hice con la mayor de mis sonrisas.

Capítulo 7

Ezequiel

—Joder, qué bien me sientan estos desayunos —se recostó satisfecho Raúl en el sofá.

Habíamos cogido la costumbre de desayunar al aire libre y ahí estábamos, después de dar varios viajes para reponer comida y cafés que nos habían sentado de lujo.

—Tío —empecé a hablar pensativo— ¿Tú sabes que las mujeres nómadas pueden tener varios amantes durante el matrimonio y es bien mirado? Vamos, que están en su pleno derecho de hacerlo.

—¡No jodas! —se incorporó quedando recto sentado.

—Lo que oyes, desde anoche estoy tocado con ese tema —balanceé el resto de café que quedaba en mi taza.

—¿Y eso te preocupa por algún motivo en especial? —me giré hacia él viendo su mirada de interrogación.

—¿Por qué motivo? Te parece poco el dato de lo que significa,

flipando me quedé…

—Claro —sonrió—. Imagino que no será el caso para todas las mujeres, las habrá que sean felices en sus matrimonios, qué sé yo.

—De eso no tengo datos —negué con la cabeza—, ya tuve demasiada información explícita para una buena temporada.

—Esa cabecita está maquinando cosas impuras —soltó una carcajada Raúl.

—¿Qué te has fumado? —levanté una ceja haciendo que riera más.

—Ahora mismo un cigarrillo —dijo alargando la mano al paquete de tabaco que tenía encima de la mesa.

Lo imité cogiendo otro y nos quedamos en silencio cada uno en nuestros pensamientos.

—Hacía tiempo que no te veía así —habló al cabo de un rato Raúl, encendiéndose el segundo cigarro.

—No quiero pensarlo ni mucho menos hablarlo… —cerré los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Pues creo que deberías hacerlo, las dos cosas. Me alegro y no me alegro —dijo haciendo que girara la cabeza hacia él—. La situación es complicada de cojones y no tengo ni la más mínima idea de cómo puede salir todo. Es una movida muy grande que se escapa de mi pensamiento intentando darle una salida, pero…

—¿Pero?

—A eso me refiero, a ese pero lanzado con esperanzas —me sonrió—. Tus ojos se iluminan ante la posibilidad, aunque sea mínima, tío.

—No sé ni como me siento, todo es tan confuso —negué con la cabeza incorporándome para coger otro cigarro—. Hacía tanto tiempo que algo no me removía los sentimientos de esta manera, tanto, que pensé que no volvería a suceder en la vida. Y mírame, ¿qué cojones me ha pasado? No sé si puedo…

—No sigas por ahí —me frenó—. Esos sentimientos de los que hablas llegan sin avisar y te mereces sentirlos, joder. Claro que puedes, otra cosa es que debas, no lo sé, si te digo la verdad no sé qué aconsejarte, aunque por mucho que lo haga sabes que tirarás y harás lo que te nazca en el momento —se encogió de hombros.

—Mierda, me estoy agobiando —me pasé las manos por el pelo.

—Pues ya tienes bastante encima como para añadirle algo más, relájate y que pase lo que tenga que pasar, si total ya está en proceso. La próxima vez selecciono yo el campamento que tengo un ojo para cagarla… —rio contagiándome.

Así estuvimos un rato mientras Raúl intentaba que dejara la mente en blanco para no pensar de más mientras soltaba bromas, unas detrás de otras. Como no había mucha gente alrededor, nos apropiamos de la zona y continuamos descansando sin intención de movernos ese día, lo que tuve que dejar claro con la aparición del que menos quería ver en ese momento.

—Buenos días ¿todo bien? —nos saludó Mustafá con una sonrisa más falsa que él.

—Perfecto —dije queriendo que desapareciera de mi vista.

—Os venía a proponer otra excursión para hoy, así le sacáis más provecho a los días —nos miró a los dos.

—Hoy no será, nos quedamos en el campamento descansando —le confirmé.

—Aquí pasaréis mucho calor —me miró fijamente.

Estaba seguro de que en ese momento si hubiera podido me habría levantado él mismo del sofá y me hubiera dado una patada al interior del todoterreno, pero se iba a quedar con las ganas, las mismas que tenía yo de que siquiera lo intentara para tener vía libre y poder desahogar una mínima parte de lo que llevaba acumulado. ¿El problema? Que, si le ponía una mano encima, dudaba de que pudiera quitársela hasta que no consiguiera lo que quería.

—Si hubiéramos querido frío nos hubiéramos ido de vacaciones a algún país nórdico, a Noruega, a Finlandia… en cambio estamos aquí por voluntad propia. A mí no me molesta el calor —le sonreí.

—Como queráis —desistió de seguir intentándolo, llevando la mirada a Raúl.

—Estoy con mi amigo, hoy disfrutaremos de la tranquilidad de la jaima y de campamento, quizás mañana… —reforzó mis palabras Raúl.

—Una cosa… sobre eso que comentaste ayer y quedó en el aire —hice referencia a lo del hachís—, ¿se podría hacer en cualquier momento? —pregunté apoyando los codos en las rodillas, inclinándome hacia él.

—Veo mucho interés —nos miró sonriendo, apoyándose en unos de los palos que soportaban un pequeño techado de paja que bloqueaba los rayos del sol.

—Simple curiosidad —habló Raúl—, nunca está de más mantenerse informado, ya sabes —le hizo un guiño haciendo que los labios de Mustafá se curvaran.

—Tengo muchas anécdotas sobre el tema, quizás en algún momento comparta alguna con vosotros. Pero sí, solo necesito oír las palabras correctas y tener una cantidad de dinero por delante para moverlo todo en cuestión de horas, creo que eso responde a vuestra curiosidad. ¿Queréis probar la mercancía? —preguntó llevándose una mano debajo de su ropa, dejando encima de la mesa lo que parecía una pequeña piedra.

—Yo es que soy muy clásico, me va lo de toda la vida —negó con la cabeza Raúl cogiendo otro cigarro y la mirada de Mustafá pasó a encontrarse con la mía.

—Bueno, si lo dejas aquí olvidado quizás cuando vuelvas haya desaparecido —le informé provocando que riera.

En cuanto escuché ese sonido salir de su garganta tuve el impulso de lanzarme hacia él, pero suerte de las palmadas que me dio Raúl en el hombro sabiendo que necesitaba centrarme para no hacerlo.

Hasta que no nos dejó solos no pude volver a respirar soltando el aire que había estado conteniendo, me cagué en todo por unos minutos al no poder dar rienda suelta a lo que me pedía el cuerpo.

La piedra que había dejado en la mesa pasó a mi bolsillo con un propósito en mente, y para despejarme un poco nos levantamos y

caminamos alrededor del campamento, yendo hacia todo lo que encontrábamos a nuestro paso. Mesas y sillas en lo alto de varias dunas, apartadas para disfrutar de momentos de paz y soledad perdiéndote entre kilómetros de arena allá a dónde miraras, varios columpios en los que Raúl me hizo sacarle varias fotos posando divertido.

Cuando volvimos al centro del campamento vi a lo lejos a Amira caminar de un lado al otro, captando mi atención al momento. Nuestras miradas se encontraron en la distancia y por unos segundos los dos nos quedamos enganchados sin movernos, hasta que ella apartó los ojos reaccionando avergonzada y siguió su camino desapareciendo dentro de la jaima principal donde estaba el restaurante.

—¿Queréis jugar? —escuchamos a nuestra espalda y nos volvimos sonriendo.

Omar nos sonreía a la espera de nuestras respuestas las que no se hicieron esperar aceptando. Pasamos un rato divertido revolcándonos por la arena, dejando salir nuestra parte más infantil con la recompensa del sonido de las carcajadas de Omar que hicieron que Amira volviera a salir del escondite que había elegido huyendo de mí.

Con una sonrisa nos saludó desde la otra punta a bastante distancia y se quedó observándonos durante un rato hasta que volvió a desaparecer. Durante todo el día la vi ocupada, siendo testigo de todas las veces que se cruzó con Mustafá, su hermano, en las que ni se miraron a la cara ignorándose mutuamente, y lo agradecí por mi salud mental, solo con imaginar que la increpara…

Fue un día tranquilo y relajado, en el que nos echamos una siesta después de comer fuera de la jaima porque dentro era imposible por la temperatura tan alta que había. Raúl intentó echarse en la cama y

salió a los pocos minutos descompuesto y cogiendo grandes bocanadas de aire. Por ese motivo sacó una toalla y se estiró en la arena junto a mí en la entrada de nuestra jaima.

Después de ducharnos y cenar, nos fuimos a nuestro rincón particular ocupando el sofá que ya habíamos hecho nuestro.

—Ahora vengo —se levantó Raúl mientras yo estaba intentando coger conexión en el móvil.

Dado en el lugar en el que estábamos y a pesar de que estábamos conectados al wifi del campamento, costaba mucho coger conexión y mantenerla, solo a ratos y como fuéramos varios lo que quisiéramos tirar del wifi mejor apagar el móvil porque los nervios te consumían intentado encontrar una rayita de cobertura.

Demasiado para dónde nos encontrábamos, un motivo más para desconectar de todo y aislarte disfrutando de esa parte del desierto en la que estábamos.

—¿Qué es eso? —pregunté cuando llegó a mi lado otra vez Raúl.

Volvió con un vaso lleno de hielos y dos vasos más vacíos, con la mochila a cuestas medio vacía.

—Ha llegado el momento de brindar por lo que estamos viviendo y por lo que vendrá —se sentó a mi lado rebuscando en la mochila y sacando de ella una botella de ron metida dentro de una bolsa de plástico que me enseñó moviéndola delante de mi cara con la suya traviesa.

—No me lo puedo creer —reí—, ¿te la has traído desde casa?

—¡Hombre! Fue lo primero que eché en la maleta —soltó una carcajada—, antes incluso que los calzoncillos.

—Trae para aquí que necesito olvidarme hasta de mi nombre —se la quité de las manos.

Estuvimos durante un buen rato riendo por cada ocurrencia que se nos venía a la cabeza mientras cogíamos buen ritmo y nos bebíamos el líquido que vertíamos en los vasos, rellenándolos en cuanto se quedaban vacíos. El alcohol ayudó para que la risa floja no desapareciera, a pesar de estar lúcidos nada mejor que dejarse llevar un poco para apaciguar la presión que sentía y que llevábamos a cuestas, al menos yo lo necesitaba para desinhibirme un poco y tomarme las cosas más a la ligera, aunque fuera por un espacio corto de tiempo.

Capítulo 8

حب

Amira

Duché a Omar después de cenar y lo dejé sobre la cama coloreando un libro que le había regalado un turista con sus lápices de colores, momento que aproveché para salir a fumarme un cigarrillo, era pronto para dormir y no dejaba de llorar maldiciendo mi vida, no el ser una nómada y vivir en el desierto, no, lo que me ahogaba era vivir con personas que eran mi propia familia y se comportaban como si fuesen diablos.

En estos momentos se me pasaban por la cabeza locuras tales como vender mi cuerpo a los turistas a cambio de dinero para recaudar lo necesario para coger a Omar e irme con él a comenzar una nueva vida.

Con mi hermano Mustafá comenzaba a mascarse la tragedia y es que ya ni nos mirábamos, era consciente de que mi madre le había puesto por primera vez las cosas claras y entre ellas, que me dejaran vivir en paz ya que yo no le hacía mal a nadie.

Era tanto el dolor y la desesperación que era capaz de hacer lo impensable para salir de aquí antes de volverme loca.

Me secaba las lágrimas, escondida tras las jaimas y sentada en la primera duna que nos rodeaba en un sitio poco visible para los que ya estaban en el fuego disfrutando de la música.

—Amira ¿Qué te pasa? —escuché tras de mí y al girarme vi a Ezequiel que se ponía de cuclillas a mi lado.

—No deberías de estar aquí.

—He pagado por disfrutar de todo lo que nos rodea.

—Pero no a mi lado.

—No llores, no tengas miedo —me abrazó e intenté deshacerme, pero me pegó contra él tan fuerte que terminé abrazándolo y rompiendo a llorar con fuerza, llena de rabia y dolor.

—Tranquilo, es solo que llevo unos días muy sensible.

—Llevas unos días aguantando mucho, demasiado, y te juro que en más de una ocasión me han dado ganas de irme hacia tu hermano y meterlo bajo una duna y dejarlo allí.

—No te metas en esto, no te pertenece.

—Demasiado tarde…

—¿Por qué dices eso? —pregunté asustada, mirándolo mientras sus manos seguían ahuecadas en mi nuca con sus dedos pulgares en mi cara. No quería ni imaginar que hubiera hecho algo así.

—Porque creo que me estoy empezando a enamorar, hacía mucho tiempo que nadie conseguía despertar estos sentimientos en mí —me besó y por primera vez sentí lo que era desear a un hombre con todo mi corazón, con el mismo que sentía que por primera vez entendía lo que era de verdad un beso.

Me dejé llevar durante esos largos segundos que nuestras bocas se entrelazaban buscando saciar todo lo que habíamos contenido desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

—Me tengo que ir —dije al separarnos y mirarnos, corrí hacia mi jaima.

Había besado mis labios…

Me eché sobre la cama con la respiración agitada y nerviosa a la vez que se me escapa alguna que otra sonrisilla producto de eso tan bonito que había vivido y es que, cuando deseas algo, todo se vive de una manera tan especial y bonita que te deja en un estado un tanto diferente a lo que sientes normalmente.

Era evidente que eso no significaba nada, éramos dos personas totalmente opuestas, llenas de sueños diferentes en unas culturas que no tenían nada que ver. Su vida estaba al otro lado de la civilización, en otro país y la mía, vivir en un desierto sin una documentación que acreditara que existía, con lo cual, no tenía la posibilidad más que vivir dentro de las dunas que me vieron nacer a mí y al resto de mi familia.

La jaima donde yo vivía con Omar era para nosotros solos, al igual que la de mis padres; mi hermano, sin embargo, compartía una grande dividida en dos habitaciones que separaba la lona y en la que en cada una tenía a sus mujeres con sus hijos.

Antes de montar el campamento vivíamos todos juntos en una misma, además que había otras jaimas de otras familias que se habían asentado a nuestro lado y que aún seguían ahí. Esas que recibían a los turistas que llevábamos de excursión para que vieran la vida nómada y se les daba la bienvenida con un té.

Todo, de repente, estaba poniendo mi vida en una situación desconocida y complicada, porque eso llevaba a que sintiera emociones contradictorias, a la vez que me decía a mí misma que por mucho que me hubiese dicho que se estaba enamorando de mí, no implicaba nada, era algo que por muchos sentimientos que nos rodeasen no llevaría a ninguna parte, él tenía su vida en la civilización, esa que no cambiaría por vivir como nosotros, y yo, bueno, estaba abocada a vivir entre las dunas del desierto el resto de mi vida ya que sin papeles no podría ir a ningún sitio y además, por mucho mal que me hicieran dos de mis seres queridos, yo era una nómada que ahora vivía mejor en un campamento dejando un poco esa vida atrás, pero nunca dejaría de ser bereber.

Omar dejó de pintar porque se caía de sueño y se echó sobre mi cintura abrazándome y diciéndome cuánto me quería.

—Mamá te ama con todo su corazón —se le escapó una sonrisilla.

—Y la estrella de papá también —murmuró con esa inocencia y sin saber nada de la realidad.

—Claro, papá también —sonreí ya que por ahora no quería contarle nada a mi hijo, de todas maneras, era nuestra cultura y quizás él algún día obligaría a su hija a casarse con quién pactase, aunque a estas alturas de mi vida, quería enseñarle que lo mejor que podía hacer por sus hijos era darle la libertad de decidir en todo momento con quién estar, pero claro, las tradiciones eran muy arraigadas e iba a terminar

aprendiendo lo que viese alrededor y no sé si mis lecciones le valdrían de mucho.

Se quedó dormido y sentí como un coche se iba, me asomé y vi que eran mi padre y hermano.

—¿Dónde van? —pregunté a mi madre que pasaba con la ropa de cama limpia que habían doblado por la tarde y que iba a colocar en su sitio.

—Van al pueblo, tienen que cerrar un negocio con el Riad de Rachid, ya no nos harán de base, va a pasar a ser de nuestra propiedad para alojar a huéspedes, tanto allí para los que no quieran dormir en jaimas, como aquí y además esos aparcamientos privados nos vienen genial para los coches en los que llegan los clientes.

—¿Desde cuándo se sabe eso?

—Papá y Mustafá lo llevaban hablando un tiempo, pero Rachid no se decidía ya que trabajar en colaboración con nosotros le hacía reportar buenas ganancias, pero al final le han puesto un ultimátum y accedió, a cambio de comprarle el Riad y pagárselo, también lo dejaran trabajando en él llevando a los turistas que se alojen allí y a los que se les ofrecerá igual pasar alguna noche aquí en las dunas.

—¿Y cómo lo van a comprar legalmente si no tenemos documentación para inscribir nada? ¿Sera un contrato verbal? —pregunté incrédula.

—No, tu hermano Mustafá movió unas fichas —se refirió a algo ilegal — y ya tiene documentación, eso nos sirve de puente para prosperar en este negocio.

—O sea, ya el señorito no es tuareg.

—Siempre lo será, diferente es tener que recurrir a ciertas cosas para poder avanzar, pero nuestra vida siempre será en las dunas.

—Dentro de un año me veo en la Riad.

—Esa zona también es el desierto.

—Sí, pero se asemeja más a los bereberes que a los tuaregs que vivimos en jaimas en las tierras.

—En la vida se avanza.

—Pues no debe de ser para todos iguales.

—¿Qué te pasa Amira? Estás muy nerviosa.

—Estoy desubicada, perdón, estoy viviendo muchas contradicciones dentro de mí, estoy muy sensible.

—Deberías de casarte…

—No digas eso ni loca —la miré con furia—. Deja todo como está, que papá es capaz de liármela otra vez.

—Jamás permitiré que vuelvas a llorar mientras te acuestas con un hombre —dijo haciéndome saber que era consciente de lo mal que lo pasaba cuando Abdul abusaba de mí, porque eso hacía, no había nada consensuado.

—Ojalá lo que estás diciendo sea cierto, no sé lo que haría si volviera a verme presa de alguien que no amo.

—Te entiendo, por eso hace mucho que no me acuesto con tu padre.

—Pero sí lo haces con Salah…

—Ese hombre es el amor de mi vida —sonrió y se marchó para dejarlo todo colocado en su sitio.

Aproveché para fumarme un cigarrillo, ya todos dormían y la fiesta de la noche se había acabado.

En ese momento vi cómo se abría la puerta de la jaima de Ezequiel y como si tuviera un GPS miró hacia donde yo estaba, no dudó en acercarse.

—¿No puedes dormir? —me preguntó mientras se acercaba y se encendía un cigarrillo.

—No —sonreí nerviosa y anduve hacia atrás de la jaima donde me senté y él hizo lo mismo—. Mi padre y mi hermano han ido al pueblo a cerrar un trato.

—¿Un trato? —preguntó arqueando la ceja.

—Mi hermano consiguió tener documentación legal —me encogí de hombros, dando a entender que no sabía cómo lo había hecho—, y van a comprar la Riad para que nos sirva de enlace.

—Pero me dijiste que no existíais para el mundo.

—Ya, pero por lo visto hoy en día se puede comprar hasta la identidad, de otro modo dudo que lo haya hecho.

—¿No salió nunca tu hermano del desierto a otra parte del mundo?

—Una vez fue al norte de Marruecos escondido en un vehículo para recoger una medicina que necesitaba mi padre, y estuvo unas dos semanas, no sé cómo no lo pilló la policía o si pagaron para seguir avanzando, solo sé que se marchó y a su llegada fue cuando vendimos todo y montamos el campamento.

—Con el dinero de los animales y la jaima ¿verdad? —sonó a ironía.

—Sí —reí—, teníamos muchos.

—Bueno, si es así —sonrió y me tocó la punta de la nariz en un gesto gracioso.

—¿A qué te dedicas?

—Soy profesor —sonrió mirándome de forma penetrante, pero sin parecer un descarado.

—Y ahora estás en tus días de vacaciones de Semana Santa.

—Sí —sonrió—, veo que estás puesta en todo.

—Aquí te enteras de todo, conoces a personas que te cuentan sus vidas o las escuchas hablar y sabes un poco sobre ellos, al final adquieres conocimiento general sin necesidad de ver una tele o coger un libro.

—¿Sabes leer?

—Sí y escribir, me enseñó mi madre, aquí normalmente las mujeres

saben hacer eso, lo aprendemos de nuestras madres desde pequeñas ya que llevamos los temas de la casa y necesidades, eso nos obliga a apuntar cosas y demás. Yo estoy enseñando a mi hijo.

—¿Pero escribes en todos los idiomas que hablas?

—Sí —reí sabiendo que eso para él era un poco impensable.

—Me dejas a cuadros.

—¿De qué eres profesor?

—De matemáticas —sonrió.

—¿Y hablas inglés solo?

—Sí, pero no tan perfecto como tú.

—¿Me has escuchado?

—Sí, hablar con la familia que hay aquí de Irlanda.

—Ah sí, pero lo mezclan mucho con el irlandés, no lo hablan bien.

—Me encantas —murmuró riendo y negando por eso que le había dicho—. Sin duda, me estás dando toda una lección de vida.

—Pero tú eres el profesor.

—Yo no soy nada, ante alguien como tú, no soy nada —se acercó y me besó en los labios rápidamente.

—Lo has vuelto a hacer —me sonrojé mirando hacia la arena.

—Y lo haré mientras no tengamos ojos encima o tú me digas que no quieres que lo haga nunca más.

Se hizo un silencio y nos miramos sabiendo que, de nuevo, esta vez los dos, nos enlazaríamos en un beso que duró muchísimo, una hora y media por lo menos en que no dejamos de hacerlo, hasta que por las dunas a los lejos vi el reflejo del todoterreno que era en el que regresaban mi padre y hermano.

—Te tienes que ir… —acariciaba mi mano.

—Sí, que tengas buena noche —me levanté sonriendo y me alejé entre las dos jaimas para dirigirme a la mía.

Sabía que me iba a costar un mundo dormir. Abracé a mi pequeño Omar y le dije cuanto lo quería, sabía que en sus dulces sueños me escucharía, porque todo lo que se dice con amor de verdad, traspasa todos los sentidos.

Capítulo 9

Ezequiel

Mierda, esa y otras palabras similares eran las que no dejaban de repetirse en mi cabeza desde que abrí los ojos esa mañana. Joder, me sentía enjaulado, agobiado y sentía como el tiempo transcurría sin poder ponerle freno.

Los días iban pasando y el final de estar aquí se aproximaba como el filo de una navaja indicándome que era ahora o nunca… y lo sería, el ahora, lo tenía más que claro. No podía dejar pasar la oportunidad, y ni mucho menos entraba en mi cabeza, ni en mi corazón esa posibilidad.

¡Qué cojones! Estaba dispuesto a lanzarme al vacío y dar el último paso que me pedía cada milímetro de mi cuerpo, y de esa noche no pasaría para convertir mis deseos en realidad, tuviera que llevarme por delante a quien fuera despejando el camino.

Solo esperaba que la suerte siguiera de mi lado y que Amira fuera valiente y se dejara llevar por lo que sentía, porque lo sabía, no me hacía falta que expresara con palabras lo que su cuerpo me mostraba cuando estábamos juntos y cuando nuestros labios habían hecho

contacto negándose a separarnos.

Con ese propósito en mente me levanté de la cama y corrí las cortinas. Corrí, buena palabra a esas horas y con los pensamientos que no dejaban de perseguirme desde la noche anterior, joder, eso necesitaba mi cuerpo al que estaba llevando al límite mientras miraba hacia la parte baja de mi cuerpo, la que estaba igual de contenta y decidida.

Soltando un bufido mientras la claridad de la mañana se colaba a través de la ventana, entré en el lavabo para ponerle solución a mi erección que se negaba a bajar ante todos los pensamientos que no dejaban de rememorarse en mi mente, y los que iban por libre con mi imaginación.

Nada mejor que una ducha matutina, o mejor dicho, nada mejor que descargar lo que llevaba acumulado porque agua, lo que se dice cantidad de agua, no sería lo que aliviaría ese momento para aplacar mi necesidad, ni siquiera lo fría que estaría hasta que cogiera la temperatura correcta, pero ni eso me importaba, solo tenía un fin y lo llevé a cabo mientras cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, mi mano se movía sin descanso sobre mi miembro, con la misma intensidad que la necesidad que me producía toda la situación y mis sentimientos.

Una imagen nítida de Amira me acompañó todo el rato hasta que me dejé llevar amortiguando en mi garganta el gemido por tanta intensidad. Pasados unos minutos intentando recomponerme, de pie en el centro de la ducha, me relajé dejando el agua correr sobre mi cuerpo. Cuando conseguí controlar la respiración y mis pensamientos me enjaboné y salí del baño con una toalla enrollada en la cintura.

Me acerqué a la cama de Raúl que poco notó el cambio de iluminación y el movimiento, metiendo la cabeza debajo de la almohada.

—Despierta bella durmiente —lo zarandeé.

—Si no me das un beso como en el cuento mis ojos no se abren —respondió con la voz ronca por el sueño.

Solté una carcajada contagiándolo al inclinarme hacia él, simulando que buscaba su boca, y pegó un brinco de la cama cayéndose en el intento al enredarse con la colcha que había arrastrado con sus movimientos. Me senté en su cama doblándome de la risa mientras él espatarrado en el suelo hacía lo mismo sin poder levantarse.

—Ya sé qué método tengo que utilizar para que te levantes rápido —conseguí decir entre risas.

—Me cago en todo, que porrazo me he dado de buena mañana —dijo, o eso intuí, porque reía tanto que trabajo me costó entenderlo.

—Vamos a desayunar que tengo mucho que contarte y necesito tu ayuda —dije calmado.

—Uy, aquí hay tema que te quemas, como si lo viera. Voy volando para que me pongas al día.

Se levantó rápido entrando al baño y volví a reír por las prisas que se dio por la necesidad de saber de lo que hablaba.

No tardó mucho tiempo en estar preparado para salir, mientras, yo me entretuve en hablar con varios agentes que había dejado al cargo de la unidad que dirigía, quedándome tranquilo con toda la información que me dieron, todo estaba tranquilo y controlado. Y con Naiara, mi hermana, por mensajes, en los que le comenté la experiencia que estábamos viviendo, reservándome la aparición en mi vida de Amira, detalle que prefería explicarle en persona. Después de decirme que

todo estaba bien con la familia, dejé el móvil a un lado y salimos a desayunar.

—Tú dirás que me tienes en vilo —cortó el silencio Raúl.

Estábamos acabando de desayunar en el exterior, nuestro lugar desde que llegamos al campamento y en el que siempre estábamos solos, y más a esas horas que aún no habían regresado los que habían salido de excursión.

—Anoche acorté distancias con Amira —dije dándole un sorbo al café, sin dejar de mirarlo para no perderme ningún detalle de sus expresiones.

—¿Eso qué significa? ¿Qué te pusiste a su ladito? ¿Así acurrucadito? ¿O qué te lanzaste a la yugular?

—No eres peliculero ni nada —reí al ver su expresión traviesa—. Me lancé, me lancé… ¿contento?

—Hombre yo contento lo puedo estar por ti en cierta manera, pero vamos, ni punto de comparación como lo estará tu cuerpo y en el mismo sentido —rio contagiándome.

—Créeme que me quedé peor después de hacerlo —me pasé una mano por el pelo.

—Me hago una idea, por todo lo alto te quedarías y sin tener consuelo —se dobló de la risa.

—Muy gracioso estás tú esta mañana —levanté una ceja y acabé riendo con él.

—Yo siempre soy gracioso, aunque haya días que me lo reserve para mí —sonrió exagerando el gesto.

—Bueno a lo importante, que anoche di un paso más y tuve un pequeño adelanto de lo que quiero conseguir esta noche, por eso te necesito. No puedo esperar más, necesito que sea ya. El tiempo se acaba y esta noche tiene que ser mía para ponerle remedio.

—Vamos que vas a entrar por la puerta grande —me miró mientras se encendía un cigarro, gesto que imité.

—No lo sabes bien… eso si la otra parte acepta, claro —negué con la cabeza.

—Lo hará, aunque con dudas, pero sé que lo hará… solo hay que veros para saber lo que se está cociendo entre los dos, tío. Cuenta conmigo para lo que sea, pero explícamelo antes porque ya sabes que me voy por la tangente y me empano perdiendo las mejores oportunidades —rio.

—Necesito que esta noche alejes como sea a Mustafá de aquí. No quiero estar en tensión y preocupado porque pueda descubrir a Amira si decide dar el paso, por mí me la suda, pero por ella no —le informé.

—¿Y cómo cojones alejo a ese tío de aquí? —agrandó los ojos— No querrás que me meta en su jaima yo ¿eh? Que por ahí no paso tío. Te quiero mucho y aprecio hasta el infinito nuestra amistad y hermandad, pero hay cosas que son innegociables.

—¿Qué dices animal? —me doblé de la risa— Ya puedes darle vueltas al coco para inventar algo porque tiene que ser esta noche.

—Normal, pocas más te quedan… —me miró de reojo.

—No me hagas pensar en eso… —respondí con la mirada ida al frente, viendo como el viento que se había levantado movía la protección exterior de la ventana.

—Lo siento, borra esas últimas palabras. Piensa solo en disfrutar y ríe como lo estabas haciendo. Si es que ¿ves? Soy especialista en cagarla —negó con la cabeza.

—Tampoco te pases, no ha sido para tanto solo es la realidad por mucho que me pese y me cueste asumir —le sonreí haciendo que cambiara la expresión de seriedad que tenía en la cara.

—Déjame pensar, algo se me ocurrirá… —asintió.

En ese momento Amira cruzó el camino que separaba las dos hileras de las jaimas y nuestras miradas se encontraron en la distancia. Ella sabía hacia dónde tenía que mirar para encontrarnos, siempre ocupábamos el mismo lugar, y yo tenía como un detector llamado Amira incorporado para localizarla.

Le hice un guiño sonriendo y noté como se ruborizaba alejándose de nosotros mientras en su boca aparecía una sonrisa preciosa dejándome con las ganas de acortar las distancias y apropiarme de esos labios que me tenían cautivado. A los pocos minutos apareció jugando Omar cerca de nosotros y no pudimos evitar reír y aplaudir ante la imagen que nos dio, o más bien ante las palabras que escuchamos de su boca.

Cantando y moviendo los pies se paró cerca nuestro mientras que con un tambor pequeño acompañaba a su melodía, que no era otra que la famosa canción de Shakira, cantando la estrofa de la canción que decía "*una loba como yo no está pa´ tipos como tú-uh-uh-uh-uh…*".

—Pero bueno, ¡qué arte tienes! —se levantó Raúl aplaudiendo, haciendo que Omar riera y se acercara hacia nosotros.

—Voy a ser el mejor músico de todos los campamentos de alrededor —aseguró convencido y no lo dudamos, para nada, ese chiquillo conseguiría lo que fuera.

—Si es lo que quieres lo conseguirás… —asentí sonriendo.

—Omar no molestes —y ahí estaba esa voz impertinente que hizo que el vello se me erizara, haciéndome sonreír de lo más irónico, gesto que no supo interpretar porque estaba haciendo el papelón de mi vida ante Mustafá.

—Él nunca molesta, estamos encantados siempre que está a nuestro lado —solté siendo “míster simpatía”.

—Si es así… —dijo sin saber qué responder para no parecer más impertinente.

—Omar ¿qué te parece si dentro de un rato te buscamos y jugamos? Ahora tenemos que hablar los mayores… —se dirigió Raúl al pequeño.

—Vale —asintió contento ante la idea, despidiéndose de nosotros, hasta que se giró diciendo las últimas palabras antes de irse—, estaré por detrás de las jaimas jugando —sonrió y se fue.

—¿De qué queréis hablar? ¿Os interesa hacer alguna excursión más? —se interesó Mustafá.

—A mí —levantó una mano Raúl captando la atención de Mustafá y la

mía para saber por dónde saldría y lo que se le había ocurrido.

Hasta crucé los dedos de los pies, por imposible que pareciera, para que la jugada saliera bien y natural, para que no sospechara nada ese desgraciado que no dejaba de sonreírnos.

—Quiero hacer alguna excursión nocturna, tiene que ser una pasada vivir la noche del desierto en la oscuridad y ver el amanecer en todo su esplendor. Nos quedan pocos días aquí y no quiero irme sin vivir esa experiencia —soltó Raúl y estuve por levantarme y darle el beso en los morros que esa mañana había quedado en broma.

—Eso no es posible… no tenemos nada parecido al anochecer —dudó Mustafá mirándome de reojo.

Hijo de puta, fue mi pensamiento mientras yo le sonreía con toda la amabilidad engañosa que recorría mi cuerpo.

—Seguro que se puede hacer alguna excepción, a mi amigo le haría muy feliz vivir esa experiencia —hablé.

—¿Tú no estás interesado? —me miró fijamente.

—Yo no soy tan aventurero como él —reí quitando peso a la situación —. Yo por la noche mi cama no la cambio por nada —le hice un guiño.

Si él supiera el significado de mis palabras… pero no lo hacía ni lo haría, de eso me encargaría personalmente.

—Ya veo —dijo pensativo, pero supe que no se imaginaba nada de lo que pasaba por mi cabeza, más bien estaba meditando las

posibilidades, hasta que volvió a hablar—. Déjame mirarlo —se dirigió hacia Raúl—, voy a ver si puedo organizarme y yo mismo te llevaré a un campamento nómada que está a una hora más o menos de aquí, dirección a Argelia. Es el mejor lugar para pasar la noche y que disfrutes de cerca las costumbres y la vida en su territorio. Tienes razón, el amanecer no tiene ni punto de comparación viviéndolo así —asintió.

—Perfecto, no sabes cómo te lo agradezco —se ilusionó Raúl mostrando su emoción.

Emoción no por pasar tanto tiempo a la vera de ese personaje, que faena le costaría digerirlo durante tanto tiempo, sino por la oportunidad que me acababa de dar en bandeja sabiendo lo que significaba para mí.

Mustafá se despidió de nosotros comentándonos que nos confirmaría lo de la noche y Raúl lo acompañó un tramo hasta que entró a la jaima principal a por dos cafés para nosotros. Cuando volvió junto a mí se sentó de golpe, sonriendo.

—Soy un crac, si es que no me beso porque no llego —rio, contagiándome.

—Estoy por besarte yo, imagínate —reí.

—Tú lejitos tío, que te veo —me señaló.

—Gracias —le sonreí.

—A mí no me des las gracias, hermano, hoy por ti, mañana por mí ¿recuerdas? Siempre al lado para lo que sea y cómo sea.

Lo acerqué a mí ante sus protestas graciosas intentando aligerar el momento y me fundí en un abrazo con él, reafirmando sus palabras con mis actos. Así era y así seguiría siendo entre nosotros.

El día lo pasamos tranquilos, buscamos a Omar para jugar un rato con él, comimos fuera de la jaima principal ya que el calor apretaba y antes de echarnos un rato a descansar sobre la arena, Mustafá le confirmó a Raúl que esa noche partirían después de cenar, noticia con la pudimos respirar más tranquilos sabiendo que su plan había salido bien.

La noche llegó y mis nervios y ansiedad con ella, se incrementaron cuando la cena acabó y Raúl se despidió de mí junto a Mustafá, hasta el día siguiente. Los despedí en el arco de la entrada del campamento enlazando el GPS de Raúl al mío para saber en todo momento dónde estaría ubicado.

No me fiaba ni un pelo, pero sabía de lo que era capaz Raúl y de sus habilidades, pero, aun así, tuve la necesidad de seguirlo desde la distancia como fuera. Solo esperaba que la conexión no se cortara en ningún momento, detalle que Mustafá había remarcado que para lo justo y necesario podría comunicarme con mi amigo.

No me moví de la entrada hasta que vi al todoterreno desaparecer de mi vista, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Cuando eso ocurrió giré y entré en la jaima principal al encuentro de Amira. La suerte estaba echada.

—Te espero en mi jaima dentro de un rato —le susurré desde atrás, acercándome todo lo que pude a ella sin que se notara ninguna actitud rara, a pesar de que solo quedaban un par de turistas en las mesas alargando el final de la cena.

Noté su rigidez por mi acercamiento y palabras, y con total premeditación, posé la mano izquierda por el lateral que no era visible poniéndola en un lateral de su cadera, haciendo pequeños movimientos con mis dedos en forma de caricias, acompañando a mis palabras.

—Recuerda, te espero… —volví a susurrarle todo lo intenso que pude sabiendo que no me respondería.

Dejándola otra vez tensa y sin saber reaccionar di un paso hacia atrás y cogí un vaso llenándomelo de café para disimular. Con la taza llena y sin ganas de llevármela a los labios salí de allí directo a la jaima.

Cuando entré dejé la puerta entornada con la esperanza de que al poco se abriera con una imagen que estaba deseando tener frente a mí.

—Joder… —dije en alto, nervioso, mientras me llevaba las manos a la cabeza y recorría la jaima de punta a punta al ver que el tiempo pasaba y seguía solo— Hazlo Amira, haz lo que sientes… —dije al aire.

Capítulo 10

حب

Amira

Esas miradas y ese momento en el que me dijo que me esperaba en su jaima…

Todo se nos estaba yendo de las manos, y la pasión que se notaba que había entre los dos, cada vez se hacía más latente.

Me hacía sentir especial, como hasta ahora nunca me había sentido, y más después de mi historial con ese marido que me trataba como de su propiedad y sin el mayor de los escrúpulos, consiguiendo que lo detestara, aún más si cabía, desde el momento en que ponía las manos sobre mi cuerpo.

Esa excursión de Raúl con Mustafá me sonaba, en cierto modo, a que estaba preparada para conseguir que tanto Ezequiel como yo, pudiéramos estar a solas sin el temor a que mi hermano nos pillase.

Por supuesto que iba a ir, no me cabía ni la menor duda, necesitaba de nuevo sentir esos besos y esa sensación de libertad que me daban esos momentos, que habían sido pocos y de algún modo casi nos habíamos expuesto.

Tenía una extraña sensación dentro de mí, que me llevaba a Ezequiel, era como un imán que me atraía por completo e incitaba a mi mente y cuerpo a querer estar con él.

Omar estaba de lo más gracioso mientras le contaba un cuento para intentar dormirlo, pero no había forma.

—Un camello, dos ovejas, una mosca cojonera —le dije causando una carcajada y es que una vez se lo escuché decir a una turista y me hizo tanta gracia que se me quedó grabado y desde entonces, se lo decía muchas veces a mi pequeño.

—Los camellos beben agua.

—Claro, mi vida, todo lo que tiene vida necesita beber agua.

—Papá no, papá se alimenta de vernos desde ahí arriba.

—Claro que sí, sobre todo a ti —sonreí, mientras por dentro me llevaban los demonios por todo el dolor que ese hombre había dejado en mí, le detestaba tanto como a mi padre y hermano.

Y poco a poco, entre los masajes que le daba y las cosas que le decía, se quedó dormido a poco más de las doce de la noche, cuando el campamento ya estaba en absoluto silencio y hacía mucho rato que se habían marchado Raúl y mi hermano.

Era el momento de ir a ese encuentro que tanto ansiaba y deseaba, por el que ahora mismo me sentía en paz, con mi hijo durmiendo para ir a encontrarme con el que veía como ese amor que había aparecido de la nada para mover todos los cimientos de mi vida.

Me dirigí a la jaima de Ezequiel que tenía la puerta entreabierta y me aseguré de que nadie me viese. Me adentré cerrando la puerta.

—Pensé que no ibas a venir —se me acercó y me abrazó como si me esperase con todas las ganas del mundo.

—No debería, pero algo me trajo hasta aquí.

—Esos sentimientos que están naciendo entre nosotros.

—Los que tendrán que morir cuando te marches.

—No quiero ni imaginarlo —pegó su frente a la mía y acarició mi cara, luego me la besó.

Me miró y sus manos se fueron hacia mi velo para dejarlo caer sobre un lado de la cama que estaba a nuestro lado.

—Tienes el pelo más bonito que he visto jamás —metió sus dedos por mi melena y los fue deslizando mientras me miraba con una intensidad que podía traspasar mi piel. Me lo había visto antes, pero a trozos, ya que yo no lo llevaba totalmente cubierto, pero por sus ojos, sí que le había llamado la atención.

Nos besamos entrelazando nuestros brazos y terminó arrastrándome a la cama donde nos tumbamos pegados de lado y abrazados sin separarnos ni un centímetro.

No dudó en levantar mi chilaba y sonrió al descubrir que debajo llevaba unas mallas de algodón negras y una camiseta de color blanco básica.

—Pareces una occidental —sonrió sin dejar de acariciar mi cara y besarme muchas veces.

—Solo nos diferencia el lugar de nacimiento y la cultura, por lo demás, tenemos muchas cosas en común.

—Ahora mismo creo que no nos diferencia nada, te siento tan mía…

—¿Tuya? —reí de lado.

—Mía —me besó entre risitas la punta de la nariz.

Su mano se metió por mi espalda acariciándome por debajo de la camiseta y sentí una sensación de lo más plácida y desconocida hasta entonces, eran los deseos que sentía por él y que jamás había sentido por otro hombre.

Terminó deshaciéndose de mi ropa poco a poco, hasta quitar incluso la interior, esa que me dejaba en total desnudez ante él.

Me observó con una sonrisa a través de la única luz que nos daba una vela dentro de un farolillo que había sobre una mesa.

—Tienes un cuerpo impresionante —murmuró mientras acariciaba mi barriga—. Un oasis único —nos echamos a reír, ya que yo iba rasurada por completo en el cuerpo menos mi parte íntima.

—No soy tan atrevida —me referí al vello de mis partes.

—Lo tienes precioso —pasó su mano por mi entrepierna y acarició mi zona consiguiendo que muchas sensaciones placenteras se apoderasen

de mí.

—Me muero de la vergüenza —me tapé la cara con las manos, cuando sentí como sus labios comenzaban a deslizarse por mi cuerpo, lo iba besando cuidadosamente mientras a la vez se iba desvistiendo, hasta quedar desnudo por completo y ¡vaya cuerpo! No había visto algo tan perfecto en mi vida.

No dudó en besar y lamer mi zona mientras yo me agarraba a las sábanas invadida por ese placer que me estaba llevando a sentir, parecía que iba a explotar.

Sus dedos comenzaron a moverse por mis partes a la vez que su lengua y empecé a sentir un placer de lo más desconocido para mí, tenía la sensación de que no lo iba a aguantar y terminé llegando a algo que hasta ahora no había experimentado, pero que era tan placentero y fuerte que pensé que no lo podría aguantar. Era la primera vez que sentí la maravilla del placer en todo su esplendor.

—¿Es la primera vez que tienes un orgasmo? —preguntó incrédulo mientras me besaba con mucho cariño.

—Sí —me sonrojé por completo y él sonrió, pero noté la tristeza de no entender como jamás había tenido uno.

Se puso entre mis piernas y me fue penetrando con sumo cuidado, sin dejar de mirarme se movía en mi interior mientras yo me agarraba a su espalda con todas mis fuerzas y me salían sonidos por la boca que nunca había tenido. Estaba conociendo el amor y el deseo por primera vez de la mano de Ezequiel, y al mismo tiempo, se me partía el alma pensando que cuando él se marchase, quedarían un montón de recuerdos bonitos que jamás volvería a sentir, ya que mi corazón se había quedado impregnado de él.

No puedo describir ese momento tan sensual y precioso que iba acompañado de un montón de sensaciones que me hacían ver que, más allá del matrimonio obligado, existía el amor en toda su esencia, ese que ahora estaba viviendo y que no quería por nada del mundo que se acabara rápidamente.

Cuando culminó me miró al ver que tenía unas lágrimas cayendo sobre mis mejillas.

—¿Estás bien? ¿Te hice daño? —preguntó preocupado.

—No —sonreí—, me hiciste la mujer más feliz sobre la faz del desierto.

Y nos besamos y vi que a él también se le escaparon unas lágrimas.

—No sé cómo lo haré, pero no quiero perderte, no puedo permitirme perder de nuevo ante el amor.

—¿Has amado a alguien que perdiste?

—A mi mujer, que en paz descanse, y desde entonces jamás sentí lo que ahora siento junto a ti.

—Lo siento.

—Gracias —se fue directo a mis labios, esos que besó con ganas.

Y estuvimos abrazados entre besos y caricias por más de dos horas.

—Tengo que regresar a mi jaima junto a mi hijo —murmuré con

tristeza mientras él no dejaba de acariciar mi cara y darme millones de besos.

—Dime que no será la última vez.

—No lo sé, todo depende de las circunstancias —murmuré con un nudo en mi garganta y a punto de llorar.

—No quiero perderte Amira.

—Lo tendrás que asumir, somos de dos mundos diferentes lo que nos impide poder estar juntos.

—No quiero perderte —repitió abrazándome y pegándome a él.

—Mañana nos vemos —me puse el velo, bajé la cabeza y salí de aquel lugar en el que, quitando el nacimiento de Omar, había sido el momento más importante y feliz de mi vida.

Me abracé a mi pequeño sin dejar de llorar e intentando conciliar un sueño que sabía que iba a ser difícil de coger.

Me había enamorado de Ezequiel, de ese hombre que había llegado a mis tierras para enseñarme que el amor de verdad, eran los sentimientos más puros que una mujer podía sentir.

Y teníamos todo en nuestra contra, todo, los orígenes, su vida en España, la mía en el desierto, mi imposibilidad de moverme ya que para el mundo no existía y un sinfín de cosas que me arraigan a este lugar, que nunca me dejaría ni daría la posibilidad de moverme y mucho menos por amor…

Capítulo 11

Ezequiel

—¿Cómo fue? —la voz de Raúl me trajo de vuelta de todos los pensamientos que sobrevolaban mi cabeza— Sin los detalles que sé que no me darás ni yo quiero saberlos, me refiero a que si estás bien…

Después de esperar a que volviera cerca de la hora del desayuno de su escapada con Mustafá, desayunamos como cada mañana en nuestro rincón, pero esa vez no alargamos mucho el momento. Necesitábamos hablar alejados de oídos que pudieran captar cualquier detalle cuando lo hiciéramos, por ese motivo habíamos salido del campamento recorriendo varias dunas, perdiéndonos por los alrededores buscando la privacidad que necesitábamos.

Sentado en la arena, con la vista perdida en el horizonte y con Raúl al lado giré la cabeza hacia él.

—Mejor que bien, fue perfecto —le sonreí, pero mi expresión le indicó la tristeza disfrazada que había detrás—. No te preocupes —aclaré al ver su mirada preocupada—, es lo que hay, por ahora…

—¿Por ahora?

—Sí, estoy hilando todo en mi cabeza, tiempo al tiempo… —aseguré volviendo a mirar al frente— esto que siento y estoy viviendo no va a terminar, te lo puedo asegurar…

—Pues solo me queda darte la enhorabuena —me dio varias palmadas en el hombro, sonriendo.

—Aún no, cuando lleguemos al final de la meta y créeme que esta vez llegaré el primero saliendo vencedor —volví a mirarlo— ¿A ti cómo te fue?

—Buf, he llegado con dos úlceras en el estómago ¿eso te lo resume? —levantó una ceja mientras asentí entendiendo el significado de sus palabras.

—Me lo puedo imaginar.

—El trayecto fue tranquilo, aun así, en alerta, ya sabes… —explicó serio— El hijo de puta está interesado en el negocio del hachís y no tardó en sacarme el tema una vez que estuvimos en el campamento nómada, que por cierto a pesar de todo, la experiencia fue impresionante. Hubiera preferido tenerte a ti al lado al ver el amanecer porque ese tío lo enturbió todo, pero intenté pasar de él todo lo que pude metiéndome en mi mundo y disfrutando de la experiencia. Una vivencia difícil de explicar en palabras por todo lo que te hace sentir. La familia nómada que nos dio cobijo fue encantadora y me adapté a sus costumbres con todos mis respetos. Impresionante la subsistencia de esa gente y para quitarse el sombrero con su forma de vivir, más de uno tendría que pasar una temporada de esa manera para que pusiera lo pies en el suelo y valorarse las cosas que nos son dadas y a las que no les damos la mínima importancia al tenerlas a nuestro alcance.

—Me hubiera gustado vivir esa experiencia a tu lado —sonreí al ver la expresión de su cara, de satisfacción.

—Algún día lo haremos —asintió sonriéndome—, no era el momento, pero llegará, estoy seguro.

—Bueno, y sobre el interés de Mustafá…

—Sí, no tardó en sacar el tema del hachís como ya te he dicho. Me hizo miles de preguntas y si se pensaba que me iba a pillar por alguna lo llevaba claro, salí airoso de todas y cada una de ellas, incluso le creé más expectación ante la posibilidad de llevarlo a cabo. Me dejó claro que tiene los medios necesarios para ello y yo también le dejé claro que estaba más que interesado en el tema y también tenía los recursos para moverlo en España, conociendo a la gente adecuada para mover la mercancía… todo va sobre ruedas y esta noche hemos quedado después de cenar para ir al Riad del pueblo de Merzouga dónde daremos encuentro a otro hombre con el que siempre lo pone todo en marcha. El hijo de puta se piensa que tiene la sartén por el mango… —soltó con rabia.

—No sabe dónde se está metiendo —respondí con la misma rabia, escupiendo cada palabra—. Tranquilo que caerá, de eso me encargo yo… ese no llegará a pisar más tierra firme con vida.

—Ni se lo imagina…

—No lo hace, pero sí sospecha algo de nosotros, lo único es que se inclina por el tema de su hermana. No me han pasado desapercibidas sus miradas cuando cree que no lo veo y su expresión corporal que no sabe esconder, no está preparado como nosotros para hacerlo.

—¿Tú crees que sospecha algo sobre lo que hay entre Amira y tú? —preguntó preocupado Raúl.

—No es tonto y hay situaciones en las que nos hemos podido relajar y dejar ver más de la cuenta, pero solo son dudas y recelo, no tiene nada por dónde tirar, ni lo tendrá así me deje la vida en el proceso.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato, asimilando todo lo que teníamos encima. Por mi parte organizando todo mentalmente para encaminarlo hacia dónde necesitaba que llegara. El puzle iba encajando y cada vez quedaba menos para montarlo, pero antes de que eso sucediera y con toda la información que me llevaba para España, estaba la despedida inminente de Amira que cada vez estaba más próxima.

—Esta noche aprovecharé el tiempo que tú estés fuera con Mustafá para estar con Amira otra vez —noté su mirada y giré en su dirección, encontrándome con una sonrisa traviesa que me hizo reír—. Que puedo decir, no voy a desperdiciar el tiempo —me encogí de hombros.

—Ni falta que hace que digas nada —chocó su hombro con el mío—. Cuando sepa seguro que volvemos, antes de subir al todoterreno de regreso te avisaré para que tengáis tiempo y no haya peligro alguno.

—Contaba con ello —le sonreí—, no veo el momento de que llegue la noche.

—Pues paciencia amigo que tenemos todo el día por delante. Ostia, ¡mira esos camellos! Vamos —dijo levantándose— hazme fotos con ellos para inmortalizar el momento.

—Te subes a uno —reí—, eso sí que será inmortalizarlo.

—Lo que tu digas, pero primero me las sacas al lado de ellos, que tenga alguna con buena cara y no la de cagarme en los pantalones cuando el animal suba para arriba —soltó una carcajada empezando a correr en dirección a los camellos que estaban a varios metros de distancia de nosotros.

Riendo lo seguí, viendo cómo llegó hasta ellos e intentaba comunicarse con el chico que los guiaba, hasta que se giró y me metió prisa dándome a entender que no se estaba enterado de nada.

Después de intercambiar varias palabras básicas con el chico, accedió al entenderme para sacar unas fotos que no tuvieron desperdicio y que quedaron grabadas en mi móvil bajo amenaza de que utilizaría las peores cuando lo necesitara. Con las carcajadas de los dos regresamos al campamento entrado el medio día, pasando por la jaima para asearnos un poco e ir a la principal para comer.

Ese día lo haríamos dentro, aguantando el tipo por el calor. Necesitaba cruzarme con Amira, aunque fuera solo con miradas, y ni el agobio ni los sudores por la temperatura me impedirían hacerlo.

—Si quieres comer fuera… —empecé a decir.

—Nada hombre, aquí morimos los dos juntos —rio Raúl—. Qué bonito es el amor, joder, para quien lo encuentre claro —puso los ojos en blanco haciéndome sonreír.

—Te llegará… —dije mientras nos sentábamos ocupando una mesa y mi vista se desviaba hacia Amira que salió en ese momento con varios platos en las manos.

La sonrisa que me dedicó me dejó embobado, sonrisa que le devolví al no haber “moros en la costa” como se suele decir, vamos que no había

nadie alrededor como significaba en España, en plan broma y con todos nuestros respetos hacia a quien hacíamos referencia al decirlo.

—Yo no valgo para eso del amor… —la voz y palabras de Raúl me hicieron bajar de la nube a la que había subido.

—No digas tonterías —levanté una ceja.

—No he tenido suerte y paso de seguir intentándolo, hace tiempo que me rendí a las señales de la vida.

—Momento melodramático, me estás recordando a mi hermana —levanté las dos cejas—. Qué señales ni señales, has tenido mala suerte, sí… pero eso no quiere decir nada, aunque ahora no quieras ni escuchar hablar de ello. La vida te sorprende, aunque te parezca imposible ahora mismo, mírame a mí.

—No quiero sufrir más tío, ya tengo el cupo lleno, de verdad… —negó con la cabeza, cabizbajo.

—No lo pienses, cambia esa cara o te la cambio yo —me apoyé en la mesa con los codos.

—Joder, macho, tú y la psicología no vais unidas ¿eh? —acabó riendo — Gracias.

—Lo mismo te digo de esa palabra a lo que tú me dijiste hace poco. Vamos a comer que los olores que me llegan me han abierto aún más el apetito y ya ni siento el calor.

—Lo que yo te diga, atontado es poco —soltó una carcajada Raúl—, estoy sudando tío, cuando salga de aquí me voy directo a la ducha.

Entre risas nos llegaron los primeros platos, la comida como siempre estuvo espectacular y dimos buena cuenta de ella poniéndonos hasta arriba para hacer la digestión con una siesta de un par de horas.

La noche llegó, después de la segunda ducha del día, nos arreglamos y salimos para cenar. Eso eran vacaciones, comer, descansar, dormir, comer… y así seguiría la rueda añadiéndole las copas que nos tomábamos a escondidas como si estuviéramos cometiendo alguna infracción. Si no fuera por el pequeñísimo detalle, nótese la ironía, de la presencia del personaje que sobraba en la ecuación, todo sería más que perfecto con la compañía de Amira.

Después de una cena relajada, Mustafá apareció por la jaima principal acercándose a nosotros para avisar a Raúl de que lo esperaba en la puerta del campamento en el todoterreno, con la respuesta de él de que enseguida salía.

—Ten cuidado —le dije en voz baja cuando se levantó de la silla.

—Siempre, ya lo sabes. Algún día se me indigesta de verdad la comida —rio haciéndome un guiño, alejándose de mí hasta que desapareció por la puerta de la jaima.

Amira se acercó.

—¿Un poco de té? —me sonrió.

—Más tarde —me recosté en la silla, sonriendo—. Te espero en la jaima —dije con total libertad al no tener a nadie cerca de nosotros.

—No creo que sea buena idea, pueden… —empezó a decir bajando la mirada hacia sus manos, insegura.

—Tu hermano va a salir con Raúl al pueblo y tardaran en llegar… —levanté las dos cejas para que interpretara bien el mensaje oculto cuando volvió a mirarme.

—Oh —se sonrojó.

Me incorporé sonriendo aún más y pasé por su lado, rozándome todo lo que pude en el proceso, acorralándola entre mi cuerpo y la mesa como si no hubiera espacio suficiente para pasar.

—No tardes mucho —susurré y me alejé de ella.

Antes de salir de la jaima me volví por unos segundos para encontrarme con su mirada que había seguido mis pasos, una mirada que me dijo todo lo que necesitaba saber en ese momento, dejando salir sus emociones y su deseo porque llegara el momento.

Volví a salir a mirar unos turistas que gritaban con los camellos mientras Raúl se preparaba para marcharse, en ese momento escuché una bronca entre la mamá de Amira, su hermano y hasta a ella la escuché.

Me alegraba saber que su madre la defendía…

Capítulo 12

Amira

El que Ezequiel quisiera que de nuevo regresara a su jaima me hacía inmensamente feliz, era como otro regalo de la vida para disfrutar de los brazos de ese hombre que ocasionaba un terremoto de emociones en mí, pero todas bonitas y buenas, muy lejos de como antes veía el acto entre dos personas.

Omar había cenado y estaba jugando un rato con sus primas en la jaima de mi hermano, este que sin esperarlo apareció por la mía cogiéndome totalmente de sorpresa.

—Voy a ir a la Riad con Raúl —dijo algo que ya sabía—, solo te quiero decir que a pesar de estar callado te tengo en el punto de mira, y que espero que anoche no se te ocurriera verte con ese hombre que no mato porque ahora los dos me convienen para cerrar un trato, son un sobre con dinero para nuestra familia en estos momentos —dijo causándome un retortijón de barriga.

—No me hables así, no me trates como una escoria y vete de aquí o ahora mismo voy a madre y le digo que sigues en el mismo tono amenazador.

—Eres una hija de perra —me dio una bofetada y agarré una caja de madera que tenía sobre la mesa y le fui a dar en la cara, pero la quitó a tiempo.

—Te odio con todo mi ser —le dije saliendo de allí y dirigiéndome a su jaima para recoger a Omar, al entrar vi que le estaba riñendo Habiba—. No vuelvas a gritarle ¿¿Me has entendido?? —la cogí por el pelo y la zarandeé.

—¡Amira! —gritó mi hermano al verme con ella sujeta.

—Vosotros dos no os acerquéis más ni mi hijo ni a mí, no me volváis a dirigir la palabra u os juro que aquí se va a mascar una tragedia, y no es más fuerte el que cree serlo, sino el que tiene pensamientos tan macabros como los míos. Os lo advierto, me da igual ganar o perder, pero no os permito nada más —cogí al pequeño entre mis brazos y en ese momento entraba mi padre.

—No deberías de hablar a tu hermano así.

—Padre, no me hagas ponerme más enfurecida de lo que estoy, jamás te importé nada, jamás te preocupó que me violaran mientras tú escuchabas tras la lona —lo miré con tanto odio que hasta se le cambió más el rostro.

—¡Era tu marido!

—El que tú elegiste sin pensar en mí ¡Es de retorcidos! Eso un padre no lo haría —besé a mi pequeño que lloraba asustado.

—Es ley de vida —apretaba la mandíbula con fuerza y muy enfadado.

—¡Mentira! Es ley de personas con tan poco cerebro que prefieren quedar bien ante los demás antes de proteger a su propia hija y no hacerla sentir una mierda y una desgraciada.

—¡No le hables así! —gritó mi hermano a punto de darme una bofetada más ante un Omar que lloraba asustado.

—Si la tocas, me encargaré de que salgas de aquí con Habiba y vuestro hijo, haré hasta que pierdas a Layla que se quedará conmigo —dijo mi madre sujetándole la mano, apareciendo a tiempo para que no me cruzase la cara—. Lo voy a decir una vez más —dijo mirando a mi padre y hermano de forma intimidatoria—, no volváis a tratar mal a la hija que con tanto dolor parí —dijo refiriéndose a mí—. Si hemos evolucionado dejando la vida nómada para vivir mejor en este campamento, vamos a evolucionar la mente también. No volváis a tocármela —se volvió a referir a mí—porque os juro por mi vida que vais a ver como cambio el curso de la historia, y tú —miró a Habiba— eres de nuestra familia porque te has casado con mi hijo, pero a esta —me señaló— la parí yo, por lo que te advierto, que un solo gesto feo más por tu parte y te voy a atar a la cama el resto de tu vida, y el trato que vas a recibir no será muy bueno. Advertida quedas, así que comienza a bajar la cabeza cuando la veas y no poner ni un gesto despreciativo que te vas a encontrar con el diablo en persona —me agarró del brazo y salimos de allí.

—Gracias madre.

—Te amo con todo mi corazón, y —se pegó a mi oído— si me cargué a Abdul envenenándolo, me llevo por delante a quién te trate mal —se llevó sus dedos a la boca y los besó en plan juramento.

—Madre… —se me derramaron las lágrimas.

—Ve a acostar al niño, ahora te llevo un té.

—Vale —entendí que no quería que siguiéramos hablando ahí fuera.

Acosté a mi pequeño que con el disgusto se había quedado en mis brazos dormido. No conseguía salir del *shock* ¿Mi madre había matado a Abdul? ¿Lo había envenenado? ¿Lo había hecho para protegerme? Estaba que no salía de mi asombro con esa información que me había esclarecido algo que no entendía ya que él se veía sano y fuerte, su muerte repentina me dejó descolocada y agradecida a la vida, sin saber que no era a esa, a la que tenía que dar las gracias, sino a mi madre.

Entró con él y vio que yo seguía llorando.

—Mamá ¿lo hiciste por mí?

—Sí hija, y haría cualquier cosa por protegerte, desde que Salah entró en mi vida entendí muchas cosas y con el tiempo, lo que más me partía el alma era escucharte llorar mientras lo hacías con Abdul, me fui jurando a mí misma que jamás permitiría verte llorar de esa manera y sabiendo que nadie iba a investigar su muerte, conseguí todos los medios para provocar su envenenamiento. Aunque no lo sepas, sé más de lo que imaginas, pero tu felicidad está por encima de todo.

—¿A qué te refieres?

—Sé dónde estuviste anoche, te vi entrar —un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Y sé que volverás esta noche porque Mustafá se va con el amigo de ese hombre, pero no te preocupes, prefiero verte salir con esa sonrisa con la que saliste anoche de esa jaima, que verte llorando

en brazos de alguien que no deseas.

—Mamá lo amo —me eché a llorar.

—Sabes que nunca podrás estar con él, pero mientras puedas, disfruta.

—Me da mucho miedo a no volverlo a ver más.

—Y será así a no ser que vuelva al campamento en otra ocasión, pero tu corazón se quedará lleno de recuerdos bonitos, limpiando aquellos feos que dejó el cerdo de tu marido en ti. Vívelos, disfruta, no estás haciendo daño a nadie, solo estás limpiando tu alma de la suciedad que dejó aquel ser.

—Gracias mamá —me abracé fuerte a ella.

—Espera que se pierdan las luces de coche y ve junto a él, al igual que ayer, yo velaré por tu hijo —aquello me hizo llorar más aún, mientras que yo disfrutaba con Ezequiel, mi madre se había encargado de cuidar a mi hijo ¿no era eso el amor más incondicional del mundo?

—Gracias mamá.

—Espero que no meta a esos chicos en problemas. Mustafá hizo cosas que no sabes, con las que obtuvo una gran parte del dinero para montar esto.

—Mamá, pero lo vendimos todo.

—¿Y crees que con eso pudimos pagar las jaimas de lujo y todo lo que supuso poner en marcha esto: placas solares, wifi y todo lo que contiene el campamento? —arqueó la ceja.

—Quiero saber qué hizo.

—Algún día te lo contaré, hoy no es el momento —me besó la frente.

Se marchó y me quedé allí sentada junto a mi hijo que dormía plácidamente mientras yo no dejaba de llorar, la revelación de mi madre me había cogido totalmente de sorpresa, jamás imaginé que aquello que sucedió fue producto de que ella lo provocara para no verme más sufrir de aquella manera y tampoco que se pusiera para el campamento un dinero que no sabía de donde provenía, pero de algo bueno seguro que no, y menos viniendo de mi hermano Mustafá.

La noche había sido muy intensa y ahora veía como el coche de Mustafá desaparecía al final de las dunas en el horizonte.

Salí de la jaima y algo me decía que mi madre me estaba observando, pero no lo hacía como yo pensaba con anterioridad, sino como si me deseara suerte y viera ese momento como algo bonito para mi vida. Eso me reconfortaba mucho.

La puerta estaba entreabierta y la cerré al entrar mientras me quitaba el velo.

—Has tenido unos momentos intensos —murmuró agarrando mis brazos y acercando sus labios a los míos.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado escuchando una parte de la pelea en la jaima de tu hermano, yo pasaba por detrás y escuché a tu madre defenderte como una loba que no va a permitir que a una parte de su manada se la trate tan injustamente.

—¿Solo escuchaste eso?

—Lo demás, si quieres me lo puedes contar.

—Prefiero no hacerlo en estos momentos y, además, hay cosas que prefiero guardar por respeto a mi madre. Solo te quería decir algo…

—Dime, cariño —esa palabra sonó como la más bonita melodía que jamás se hubiera escuchado en el desierto.

—Cuando te conté que mi padre lo vendió todo para montar esto… —se le escapó otra sonrisilla como la vez que lo hice— pues eso, no te lo crees ¿verdad?

—Sé que esto lo subvencionó tu hermano de una manera ilícita, pero yo tampoco te puedo contar ahora mismo nada más, solo quiero que confíes en mí y que prometas que nunca hemos hablado de esto.

—Te lo prometo, pero ¿sabes algo que desconozco? Hoy siento que he estado viviendo en un mundo paralelo.

—No eres tú precisamente la del mundo paralelo, pero hoy te demostró tu madre cuánto le importas, ahora déjame a mí demostrártelo también.

—Pero te vas a ir y no nos volveremos a ver más —se me escaparon las lágrimas.

—No digas eso, eso no puede pasar, ya no se vivir sin ti —acariciaba mi cara con sus pulgares mientras me hablaba con sollozos y las frentes unidas— Anaa Uhibbuk —pronunció en un perfecto árabe un

te amo que traspasó todos los poros de mi piel.

—¿Cómo sabes decir eso en mi idioma?

—Sé muchas palabras —sonrió—, pero lo que no sé es si tú también lo haces con la fuerza que yo lo siento.

—Ezequiel, te amo con todo mi corazón, a veces pienso que tanto como a Omar —lloré con ese maldito nudo en la garganta que no me dejaba hablar más.

—Dices que las estrellas son las guías de vuestro camino, pero esta vez nos servirían para trazar un horizonte que de algún modo nos permita estar juntos.

—Solo será posible si tú regresas al campamento.

—Confía en mí, mi vida, confía en mí, solo necesito tiempo para dar con la fórmula y una ya está en marcha. Nunca dejes de confiar en mí —me besaba entre sollozos.

Y nos desnudamos mutuamente entre besos y llantos de amor, porque eso era lo que sentíamos el uno por el otro, solo había que interpretarlo con esas miradas que nos cruzábamos de mil maneras y que hablaban por sí solas.

Me tumbó sobre la cama y se puso encima entre mis piernas, rozando con su miembro mi zona mientras no quitaba su vista de mis ojos y me besaba incesantemente.

Volví a sentir ese placer que iba aumentando con cada roce, tenía sus codos apoyados en la cama para poder dejar sus manos sobre mis

hombros, esos que acariciaba mientras seguía con sus ojos clavados en los míos y no dejaba de regalarme mil besos, jamás sentí que con cada uno de ellos pudiera experimentar tantas emociones que me iba provocando.

Su mirada era cada vez más diferente e intensa, como si contuviera un cúmulo de sentimientos, como los que envolvían en este momento mi vida, demasiado fuertes y puros, provenientes del amor que había surgido entre dos extraños con nada en común más que su forma de amar.

Ese acto en el que estábamos unidos por nuestros cuerpos y corazón, volvía a devolverme esos momentos de felicidad que tanto suponían en mi vida. Era como si no quisiera que saliese de mí, hubiera dado años a cambio de alargar el momento por horas y días.

Nos tiramos en la cama abrazados después de hacerlo, en silencio, solo con miradas y besos, no necesitábamos que ninguna palabra rompiese ese momento.

—Amira, debes de regresar, se ven luces venir —escuché a mi madre tras la puerta de la jaima.

—Gracias —grité, y Ezequiel estaba en *shock* mirando como me vestía —. Ella lo sabe todo, tranquilo —le dije, y su cara era de incredulidad.

—Cuídate.

—Cuídate tú de mi hermano, no me fio de él.

—Que se cuide él de mí —me dijo en un tono seguro y claro.

Nos dimos un beso de despedida de forma precipitada y corrí a mi jaima, aún quedaba tiempo, el coger todas esas dunas que llegaban hasta el campamento no era cosa de cinco minutos.

Me acosté abrazada a mi hijo y sobrepasada por una cantidad de sentimientos entremezclados entre lo bonito vivido junto a él y todo lo que me desveló mi madre que aún me tenía impactada.

No encontraba ni una sola razón para que lo nuestro no fuera más que el momento que estábamos viviendo, ya que las posibilidades eran nulas, ni él dejaría su trabajo como profesor, su casa y su vida, ni yo podría salir de unas tierras de nadie, de esas que para el resto del mundo no existíamos legalmente, solo éramos una atracción turística para los visitantes…

Dos mundos, dos vidas, dos culturas, dos territorios y un largo camino, demasiado para poder llegar a concebir ni la más mínima esperanza de poder forjar algo en común.

Me quedaría toda la vida recordando esos días en los que fui realmente feliz junto al hombre que sabía que iba a amar para los restos…

Capítulo 13

حب

Amira

Habiba no apareció para preparar el desayuno, sabía que eso era orden de su querido marido el diablo, así que no es que nos faltaron manos a Layla y a mí, sino que disfrutamos del relax ya que esa mujer solo hacía crecer la tensión por donde aparecía.

—No entiendo como aguantas tanto —le dije acercándome a besar su mejilla.

—Es el padre de mis hijos, el que consigue que no nos falte para comer —murmuró con tristeza.

—Es el diablo en persona, el ser más malo sobre la faz de la tierra.

—Ayer tu mamá te defendió muy bonito, hasta a mí, lo escuché todo y pensé que tenías mucha suerte de que te protegieran de esa manera.

—Mi madre demostró estar por encima de todas las leyes que se hicieron en nuestra cultura a lo largo de la historia.

En ese momento y como si supiera de que estábamos hablando de ella,

mi mamá apareció por la jaima de la cocina.

—Buenos días, mis niñas —dijo con un tono de lo más cariñoso—. Vengo a echaros un cable, por lo visto la reprimenda de ayer causó fiebre a más de una víbora —se refirió a Habiba.

—Vaya, pues ve y échale otra bronca para que no se levante en un mes —murmuré causando una risa en las dos.

—Esa no va a atreverse a levantar la cabeza más, sabe que la ato, vamos que si lo hago, esa no sabe con quién fue a dar y que no se le olvide que aquí mando yo, no va a venir con toda esa cara de lista a cambiar la vida de nadie.

—Así se habla —dijo Layla, por primera vez aplaudiendo cosa que, hasta entonces, nunca había expresado nada por temor a todo, además de que era la persona más prudente y sumisa que jamás había conocido. Y encima era la primera mujer de mi hermano, y solo por ese simple hecho, Habiba la debía de respetar como la que más, al igual que Mustafá.

Omar apareció en ese momento pidiendo su desayuno y mi madre lo cogió en brazos antes de sentarlo para prepararle su peculiar banquete, que no era otra cosa que ponerle su vaso de leche con unas galletas que hacía Layla y que estaban deliciosas, además de no poderle faltar un trozo de pan Msamen, estilo creps al que le untábamos crema de cacahuete que hacíamos nosotras también.

—Mamá el tío Mustafá me vio ahora y no me miró a la cara, ni me dijo hola, está enfadado.

—Que bicho malo —murmuró mi madre sin poder contener esas palabras.

—Bueno, él se lo pierde, ya sabes que aquí te quiere todo el mundo y que una actitud de alguien como él, no debe preocuparte hijo.

—Pues es malo porque a ti te trata mal y yo ya no lo quiero como antes —dijo dejándonos a todas impresionadas.

—El amor se gana y se pierde en función del trato que nos dé la persona.

—Pues tito te trata mal a ti, entonces, yo no lo quiero.

—Algún día lo entenderás todo —dijo sorprendentemente Mustafá que entraba y parecía que se había enterado de esto último.

—Él no tiene que entender nada —le contestó mi madre empujándolo hacia fuera de la cocina—. No vengas por aquí, este lugar es solo de mujeres —le dijo con muy fuerte tono para que se largase y no se le ocurriese volver a entrar.

—Mamá espero que no tome represalias.

—¿Contra mí? —se le escapó una carcajada— Las represalias las está teniendo ya conmigo, no puede actuar de esa manera con prepotencia ante los que somos los suyos. Hija, la gente evoluciona y no por ser hijo se le debe permitir ciertas cosas que rozan la violencia familiar.

—Me dejas muerta.

—El amor me hizo evolucionar —murmuró causando una sonrisa en Layla que, en cierto modo, sabía como todos, que mi madre estaba viviendo su mejor historia de amor con Salah, ese que no era mi padre

y que la cuidaba mejor que su propio marido.

La cosa estaba calentita en el campamento, la tensión se mascaba, pero a la vez una cierta tranquilidad que nunca había experimentado, y es que tener a mi lado a mi mamá, de esa manera tan protectora, había sido una de las cosas más bonitas que había vivido en el ámbito familiar.

Nos pusimos a terminar de preparar el desayuno, ya se iban a ir levantando todos y los demás regresando de su paseo en camello de ver el amanecer en la gran duna.

Me entristecí al recordar que ese día era el último que pasaría en el campamento Ezequiel, ya que a la mañana siguiente al amanecer partirían en un viaje de retorno a su país, España.

Omar desayunaba cantando la canción de “pá tipos como tú”, el haberla estado escuchando continuamente a los turistas había hecho que se le quedada grabada en su cabeza, no podía dejar de cantarla sin saber el significado que tenía esa canción y que tanto había escuchado de boca de los huéspedes.

Terminé de preparar todo para que los chicos comenzaran a servir el desayuno y me fui a mi jaima con Omar a limpiarla, no había ni estirado ni ventilado las camas ya que me levanté a lo justo para ir a ayudar con el desayuno y menos mal que lo hice, no sabía que el bicho de mi cuñada no iba a aparecer, fingiendo seguramente que estaba mala, algo me decía que era cuento chino, para mala estaba ella en todo su esplendor.

Omar me ayudó en todo momento y es que le encantaba ponerse conmigo a hacer los quehaceres, además de que papel que veía por el campamento o colilla de un cigarro, los iba recogiendo para tirarlos a

la basura y eso, eso no se lo habíamos enseñado nadie, pero nacía de él.

Capítulo 14

Ezequiel

Me desperté con la sensación de haber dormido muchas horas, lo que pude comprobar nada más abrir los ojos y encender el móvil. Era bien entrada la mañana, tampoco había sido para tanto teniendo en cuenta que desde que se fue Amira de la jaima hasta que conseguí relajarme y darle al botón de apagado a mis pensamientos, tardé bastante en coger el sueño.

Pero para lo que estaba acostumbrado era bastante, casi ocho horas, todo un logro. Miré hacia la cama de Raúl y estaba vacía, enseguida supe dónde estaba al escuchar el sonido del agua correr en el baño. Me quedé tumbado en la cama hasta que apareció.

—Buenos días, hoy se te han pegado las sábanas a ti ¿eh? ¿Mucho ajetreo anoche? —rio.

—El necesario y me supo a poco —sonreí incorporándome—, aunque casi la cago.

—¿A qué te refieres? ¿Qué pasó? —se giró hacia mí a medio vestir esperando a que continuara.

—Que no vi el jodido mensaje que me enviaste cuando me avisaste de que volvíais —me pasé las manos por el pelo.

—No me jodas —agrandó los ojos—. Tú nunca fallas en esas cosas, lo calculas todo al milímetro…

—Pues ya ves, me dejé llevar tanto que ni cuenta me di del mensaje —negué con la cabeza.

—¿Y cómo cojones lo hiciste para cuando llegamos estar todo en calma y en su sitio?

—Por la madre de Amira que vino hasta la jaima a avisarla de que había visto unas luces por las dunas —bufé desde el lavabo al que había entrado para asearme.

—¿No me digas que te has camelado a la suegra también? —se sorprendió— Joder, no sabía que estaba informada de lo que hacíais.

—Ni yo, hasta anoche —reí saliendo del lavabo y acercándome hacia dónde tenía la ropa—. Imagínate mi cara cuando escuché la voz de la mujer, me temí lo peor. Menos mal que Amira al ver mi reacción me sacó de dudas sobre el tema, diciéndome que su madre estaba enterada de todo y tenía su consentimiento.

—Al menos tiene una aliada…

—Pues sí, también la escuché defenderla frente a Mustafá y creo que de su padre antes de nuestro encuentro, cuando salí de cenar después de que salieras tú y te quedaras esperando a Mustafá. El desgraciado perdió tiempo en querer atacarla… —solté con rabia.

—Que inquina le tengo, macho. Ya, ya… no hace falta que me digas la que le tienes tú.

—No hace falta, no —confirmé terminando de vestirme—. ¿Y a ti cómo te fue? No me dio tiempo a preguntarte, llegaste más tarde y me quedé dormido y eso que lo hice bastante tarde.

—Como no me respondiste te di más tiempo, quería asegurarme, no quería interrumpir y encontrarme con el percal de los dos en la cama. Menudo apuro hubiera pasado Amira —sonrió.

—Podría haberse dado el caso —reí imaginando la escena, más bien el apurado hubiera sido él con cara de circunstancias.

—Sobre el otro tema te puedes imaginar, el hijo de puta ya lo está empezando a mover todo, anda que pierde el tiempo. He quedado con él en que estaremos en contacto cuando volvamos a España. Me confirmará el día y la hora aproximada del encuentro. Aunque no dudo que durante el día de hoy querrá pillarme antes de irnos para seguir hablando del tema —me explicó bajando el tono, hablando casi en susurros.

—Te lo has camelado perfectamente —sonreí irónico—. Vamos a desayunar, estoy deseando ver a Amira para quedarme tranquilo.

—Joder, qué sinvivir —me siguió Raúl saliendo de la jaima y cerrando tras nosotros.

Recorrimos los pocos metros que nos separaban de la jaima principal y entramos encontrándonos con que estaba bastante llena para lo que estábamos acostumbrados. Localizamos una mesa que quedaba en una esquina y nos sentamos, sería la primera vez que desayunaríamos

dentro. Tenía la esperanza de ver a Amira reponiendo la comida del bufé o simplemente paseándose por allí, pero para mi desgracia no tuve esa suerte dejándome preocupado, preocupación que se acrecentó al pasar gran parte de la mañana sin que la viera por ningún rincón.

—No te desanimes, tendrá cosas que hacer… —habló Raúl.

Estábamos sentados en los sofás de la tarima que siempre ocupábamos en el exterior y al ver que no dejaba de mirar hacia todos los lados y ser consciente del nerviosismo que arrastraba desde del desayuno, intentó animarme, lo que no consiguió.

—Es el último día… —lo miré unos segundos— pensaba que por ese motivo intentaría darme encuentro, aunque fuera desde la distancia ¿qué quiere decir esto? —pregunté indeciso.

—No te comas la cabeza con tonterías, la habrán liado desde buena mañana, seguro. No dudes de lo que habéis vivido, ya verás como la cosa cambia en cualquier momento.

Solté un bufido con rabia, la que me provocaba la situación. Joder, a falta de pocas horas de abandonar el lugar mi única ilusión era ver su imagen hasta que pudiéramos encontrar un momento para estar juntos, pero ni eso tuve, mierda.

Con todo el agobio que tenía encima solo me faltó la presencia de Mustafá que se presentó delante de nosotros con una sonrisa que le hubiera borrado de un plumazo dejándolo tumbado en el suelo.

—¿Todo bien? —nos preguntó pasando la mirada de uno a otro, relajado.

—Sí, todo correcto, disfrutando de los últimos momentos antes de

irnos mañana —le respondió Raúl.

—Me alegro, os venía a proponer que saliéramos hoy del campamento.

—¿Y eso? ¿Para ir dónde? —pregunté como el que no quiere la cosa, sin querer moverme del sofá y seguir esperando la aparición de Amira, tardara el tiempo que tardara. Mierda que no podía buscarla por mi cuenta tranquilamente y tan normal como haría en nuestro país.

—Como habéis dicho os queda poco tiempo aquí y quería llevaros al Riad del pueblo para pasar más livianos las peores horas de calor. Allí se está más fresco, no mucho, pero algo sí. Comeríamos y volveríamos por la tarde, así tendríamos tiempo para hablar más sobre lo que tenemos entre manos —miró a Raúl directamente.

Mi amigo me miró esperando a que yo diera la respuesta, sabiendo perfectamente la necesidad que tenía precisamente ese día de no moverme del campamento, pero tampoco quería crearle problemas a Amira si me negaba siendo consciente de que ese tío estaba pendiente de cada movimiento que hacía.

A nosotros nos quedaban pocas horas allí, pero ella tendría que convivir con ese indeseable por mucho que tuviera el apoyo de su madre, y después de todas mis negativas anteriores a salir del campamento y todos los ratos que había estado solo en él, decidí rápido aceptar a pesar de que de mi boca apretaba por salir una negativa.

—Por mí perfecto —confirmé y Raúl reafirmó mis palabras asintiendo con la cabeza, después de unos segundos dejando su mirada fija en mí.

—Estupendo, pues en una hora y media estaré en la entrada del

campamento con el todoterreno —nos confirmó y se alejó volviendo a dejarnos solos.

—¿Estás seguro? Puedo ir yo solo…

—No, no quiero tensar más la cuerda para Amira —dije siguiendo todos los pasos de Mustafá hasta que giró detrás de una jaima y lo perdí de vista.

—Entiendo —asintió Raúl—. Pues nada, seremos dos a los que se les indigeste la comida hoy. Como que me llamo Raúl que esta noche cenamos solos tú y yo, joder, al menos el último día lo haremos tranquilos y sin tener que sonreír falsamente —bufó.

La espera se hizo de todo menos llevadera porque mi necesidad tuve que dejarla a un lado quedando aplacada al ver que el tiempo pasaba, nervioso. En la espera no pude tener la presencia de Amira ante mí, ni en la lejanía, hasta con eso me hubiera conformado a esas alturas, lo que no sucedió crispándome más los nervios.

Por mi mente pasaban todo tipo de ideas a las que estaba intentando ponerles freno como fuera para no delatarme, sobre todo cuando dimos encuentro a Mustafá teniendo que tragarme todas las reacciones que desprendía mi cuerpo.

Nos subimos los tres al todoterreno y nos adentramos en las dunas, alejándonos cada vez más del campamento. Cuando llegamos al Riad bajamos y entramos al cobijo de la sombra, el sol cada vez apretaba más y eso que estábamos en abril, no quería ni imaginarme las temperaturas que tendrían que soportar en pleno verano.

—Tráenos de todo un poco —no pidió, ordenó con un tono demasiado brusco Mustafá a un chico que se había acercado a nosotros.

—Yo no tengo mucha hambre por ahora —comentó Raúl—, hemos desayunado bastante.

—Tranquilo, lo comeremos con calma, no hay prisa —le sonrió Mustafá.

No sabía él la prisa que tenía yo en ese momento y no solo por tener la necesidad de ver a Amira, en ese instante quedó sustituida por las ganas de perder de vista a ese tío y borrar su sonrisa prepotente de mi cabeza.

—Me parece bien, así podrán descansar cuando acaben de servirlo todo —hablé.

—No descansaran hasta que yo se lo diga —me miró fijamente.

—Pues cuando tengamos la mesa servida ya puedes dar la orden —sonreí de medio lado. Si pensaba que iba a aplacarme con sus palabras e intensidad iba listo—. Así estaremos más tranquilos, no quiero tratar ciertos temas con gente paseando por aquí de un lado al otro —acabé de decir y pareció que le convenció porque asintió.

Como si me importara que aceptara mis palabras, no sabía lo rápido que podía saltarle por encima en cuanto me saliera de los cojones, pero a esas alturas volví a retener mis impulsos para que la situación no se descontrolara, necesitaba llevarlo al punto que necesitaba, y vamos si lo haría, ya había tragado bastante con ese tipo como para estropearlo en el último momento. Eso era lo que suponía ese encuentro, el último, por lo que daba gracias de perderlo de vista.

En cuanto la comida estuvo servida, que más platos en la mesa no pudo haber, más que nada porque no se veía ningún hueco vacío,

comunicó a los dos chicos que se habían encargado de servirnos que se tomaran un buen rato libre, hasta que saliéramos de allí.

La conversación que tuvimos en todo momento la dirigió hacia el tema del hachís y los planes que había hablado con Raúl, comentándole yo que estaba al tanto de todo. Lo único que le interesaba de nosotros, bien lo sabía y podía poner la mano en el fuego que ese era el motivo por el que tragaba con nuestra presencia mostrándose de lo más complaciente todo el tiempo.

El momento se me atragantó a pesar de que disimulé todo lo que pude e hice el esfuerzo de comer hasta no poder más mientras mi estómago se resentía por las náuseas que intentaba retener según avanzaban las horas. La ocasión de salir de allí por fin llegó, en la que por unos minutos nos quedamos en el exterior solos Raúl y yo, respirando un poco de aire puro porque la presencia de ese tío lo corrompía todo.

Cuando llegamos al campamento fuimos directos a la jaima para pasar por la ducha y quitarnos algo del malestar que habíamos acumulado antes de echarnos un rato a descansar. Con lo que habíamos comido faena tendríamos en volver a tener hambre para la cena, pero no pensaba perderme ese momento por nada del mundo porque al llegar y recorrer la distancia hasta la jaima tampoco localicé en ese breve espacio de tiempo a Amira ¿dónde cojones se habría metido? Una respuesta que necesitaba aclarar cuanto antes y de sus labios.

Llegada la hora salimos hacia la jaima principal para al menos cenar una harira y algo más ligero, no estábamos para mucho más. Mi decepción fue tremenda cuando en el comedor tampoco me encontré con Amira empezando a dudar de todo lo que habíamos vivido y creándome ansiedad por la posibilidad de no volverla a ver antes de irnos de allí.

Joder, estaba tan ansioso… menuda cena le di a Raúl que aguantó mi

humor que cada vez iba a peor. Me había montado en mi mente tantas hipótesis del motivo por el que Amira había desaparecido ese día, que hasta me aferraba a que fuera porque no quería verme más, todas las demás suposiciones me ponían el vello de punta y conseguían que me hirviera la sangre.

Salimos de la jaima en dirección a la nuestra, esa fue la intención, pero en el último momento me sentí como asfixiado si volvía a encerrarme y le comenté a Raúl que necesitaba un momento a solas, lo que respetó sabiendo como me encontraba, cerrando la puerta de la jaima tras él.

Fui directo a la tarima en la que estaban los sofás y me dejé caer en uno de ellos, apoyando los codos en las rodillas, dejando caer la cabeza entre mis manos. Que impotencia sentía, tantos sentimientos recorriéndome entero… hasta que escuché una voz que me hizo levantar la cabeza de golpe.

—Buenas noches —se presentó ante mí la madre de Amira.

—Buenas noches —le correspondí cortésmente intrigado por su presencia y porque se dirigiera a mí directamente, lo que no había sucedido en todo el tiempo que habíamos estado allí.

—Puedes ir a la jaima número tres, está vacía, mi hija aparecerá ante ti —dijo dejándome sorprendido, haciendo que me levantara de golpe del sofá— Mi esposo y Mustafá salen en breve para el Riad a unos asuntos, cuando veas las luces del todoterreno alejarse en la oscuridad, ya puedes ir hacia allí. Toma, aquí tienes la llave para poder abrir la jaima.

—Gracias —le respondí verdaderamente emocionado.

—Las gracias te las debo dar yo a ti —al ver mi cara de interrogación continuó hablando—. Sí, por devolverle la sonrisa a mi hija, por ver la felicidad que ha vivido durante varios días junto a ti, eso para una madre no puede equivaler ni al mejor tesoro.

—Ella también me ha devuelto la ilusión y la felicidad…

—Pues no pierdas tiempo, ha tenido un día muy liado.

Asintió con una sonrisa, un gesto triste por la expresión de su cara, como si supiera que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Lo que no sabía la mujer es que esa posibilidad no entraba en mis planes… no, eso que sentía no lo iba a extinguir la distancia ni el tiempo… de los cuales me encargaría a su debido momento.

En cuanto se alejó esperé el tiempo necesario sentado en el sofá, hasta que el todoterreno encendió las luces en la entrada del campamento y lo seguí con la mirada viendo como se alejaba, tal y como me había pedido la madre de Amira. Con la oscuridad de vuelta desde el exterior ya solo me quedaba hacer lo que estaba deseando, me levanté y caminé con pasos rápidos hasta la jaima número tres, ansioso, nervioso… demasiados sentimientos que estaba deseando calmar en cuanto viera aparecer a Amira frente a mí, con la tranquilidad de saber que estaba bien y tendríamos la posibilidad de una despedida.

Capítulo 15

Amira

No había visto a Ezequiel en todo el día, pero sabía que había estado en la Riad con mi hermano comiendo y pasando la tarde, lo había escuchado en un comentario de Salah, así que, seguro que ahora había cenado y haríamos por vernos, no podía ser de otra manera ya que necesitaba despedirme en esa última noche que ellos pasarían en el campamento.

Eso me había tenido todo el día de lo más triste, saber que el hombre que amaba con todo mi ser se iba para siempre y lejos me rompía en mil pedazos, que iba a tener que reconstruir a base de lágrimas.

Omar dormía plácidamente, momento en que aproveché para intentar echar una visual y ver si lo veía, pero a la primera que vi fue a mi madre entrando a mi jaima.

—Me has asustado —dije poniendo mi mano sobre el pecho.

—Perdón, hija, escucha, tu hermano está cenando y ahora sale a llevar a tu padre a la Riad que va a quedarse allí con Rachid que está con fiebre, así que me encontré a Ezequiel y le dije que cuando vea el

coche irse se vaya a la jaima tres, esta noche no duermen huéspedes allí y Mustafá no sabe cuál es la libre. Yo me encargo del niño, regresa como muy tarde antes de las cinco, ya sabes que a las cinco y media comienzan a salir los turistas para los paseos en camellos y estará por ahí tu hermano.

—Gracias, madre —la besé emocionada por eso que había hecho por nosotros.

—Ahora vengo, voy a preparar una cosa mientras ellos marchan y ya me quedo con el pequeño.

—Gracias.

—Deja de darme las gracias —cogió sus manos y las puso a ambos lados de mi sien y comenzó a darme besos en la frente.

—Te quiero, mamá —murmuré por primera vez, jamás se lo había dicho.

—Hija —me abrazó emocionada—, yo te amo con todo mi corazón, daría mi vida por verte siempre feliz.

—No llores mamá, no lo hagas, por favor.

—No dudes que por ti daría mi vida.

—Me lo has demostrado.

—Ahora vengo —se secó las lágrimas y me abrazó de nuevo antes de marcharse.

Estaba haciendo tanto por mí que no iba a tener vida para devolvérselo, no se podía imaginar lo agradecida que estaba, no solo por haberme liberado de Abdul teniendo esas agallas, sino por darnos las vías para que esta noche la pasase junto a mi amado, ese hombre que mañana partiría llevándose consigo una parte de mi corazón.

Mi madre apareció un rato después de irse el coche de Mustafá y me dijo que había visto a Ezequiel entrando en la jaima. Nos dimos un abrazo y salí hacia allí asegurándome que nadie del campamento me veía.

Al entrar vi a Ezequiel sentado en el borde de la cama, estiró los brazos hacia mí y no dudé en acercarme, en cuanto estuve a su alcance tiró de mis manos para tumbarme en la cama, sin dejar de abrazarme fuerte.

—Tengo la mejor suegra del mundo —murmuró bromeando mientras me besaba.

—Hasta que allí, en la otra parte del mundo, fuera de África, encuentres a otra mujer —dije con tristeza.

—Mi corazón es leal.

—Pero la vida no es justa.

—¿Y quién dijo que no se pudiera contra ella y todas las fronteras que se interpongan en nuestro camino?

—¿Eres mago?

—No, pero quizás soy capaz de crear magia.

—Eso suena muy ambiguo.

—Dejaré que los hechos sean los que hablen por sí solos —acariciaba mi pelo mientras me miraba con un brillo muy especial.

—No veo salida, Ezequiel.

—Quiero que confíes en mí, siempre, que jamás dudes que, aunque yo esté en otro lugar, no dejaré de pensarte ni un minuto y que volveré, no te quepa la menor duda —volvió a besarme.

—No sé si lo harás, pero aquí dejas tu presencia para siempre —me toqué el corazón y él se acercó a besarlo.

—Lo haré, cuando amo lo hago hasta el final.

—No llores que me entra pena —le sequé las lágrimas.

—¿Y acaso tú no estás llorando? —rio mientras me daba muchos besos seguidos.

Era una noche en la que los sentimientos estaban sobrecargados de todo tipo de ellos, desde el dolor por lo que inminentemente sería la despedida y por ese amor que había surgido con un solo cruce de miradas.

Una vez escuché a una nómada decir que el verdadero amor no se cocía a fuego lento, era el que llegaba y desde ese momento sacudía tu vida, convirtiendo todo tu mundo en otro nivel de estado que te hacía indicar que, desde ese momento, nada sería como antes. Y cuánta razón tenía.

Nos comenzamos a desnudar y nos metimos bajo las sábanas para dar rienda suelta a esa necesidad de tocarnos y fundirnos para ser una misma persona en un acto que nos llevaba mucho más allá de la pasión.

Se escuchaba hablar al desierto, se había comenzado a levantar una tormenta de arena que se podía escuchar mientras hacíamos ese acto de amor en el que nuestras miradas indicaban todo lo que íbamos sintiendo.

Nos quedamos abrazados después de ese acto, sin salir de mí, no queríamos despegarnos, solo queríamos seguir hablando con nuestras miradas y que nuestros besos reafirmaran todo lo que nos decíamos con ellas.

Lo hicimos una y otra vez, llorando, riendo, prometiendo que no sería la última y jurándonos una lealtad hasta que el destino y la vida consiguieran unirnos de nuevo. Sin fechas, sin razón, solo escuchando a nuestro corazón.

No dormimos en toda la noche…

—Son las cinco menos diez, debo de irme —nos levantamos mientras yo me vestía y se me hacía un nudo en el estómago, en la garganta y hasta en mi corazón. Momento que comenzamos a llorar.

—Amira…

—No digas nada más, como dijiste, confío en los hechos y en el destino. Si no te vuelvo a ver, sé muy feliz, eres un gran hombre y una gran persona, pero que sepas, que si algún día te haces mayor y te sientes solo porque la vida así lo decida, aquí siempre te estaré

esperando —murmuré entre lágrimas.

—Nunca serás mi segunda opción, te lo juro por mi vida.

Nos fundimos en un abrazo con las lágrimas cayendo como manantiales y nos miramos sabiendo que, por ahora, sería la última vez que lo haríamos.

—Cuídate, por favor.

—Amira, cuídate tú y cuida a nuestro hijo —dijo llamando así a Omar, y salí de allí con el alma encogida.

Mi madre me estaba esperando, en cuanto me vio entrar me abrazó, no me dijo nada, las palabras sobraban, tan solo me dio esos besos y abrazos que tanto necesitaba en esos momentos.

—Voy a ir a preparar el desayuno ¿Te vienes? —me preguntó mientras me zarandeaba con abrazos.

—Sí —miré a Omar que dormía plácidamente y si se levantaba, sabía dónde tenía que ir a buscarme.

Nos metimos en la cocina y no pude dejar de llorar mientras preparaba todo, mientras Layla y mi madre intentaban consolarme, mi cuñada se imaginaba algo y sí, no me asustaba porque sabía que ella jamás nos traicionaría.

Los chicos vinieron para llevarse las cosas para ponerlas en el comedor de los huéspedes y por la puerta que daba al centro de todas las jaimas vi como Ezequiel y Raúl venían para desayunar, bueno a la otra jaima, no a la de la cocina, pero, nuestras miradas se encontraron, vio como

yo estaba asomada por el hueco libre de las lonas.

Vi el dolor en sus ojos, la tristeza y la rabia de no poder venir hasta mí y abrazarme como yo también lo deseaba, pero ya no podíamos, estábamos ante el mundo y ya nos habíamos despedido.

—Hija —dijo mi madre poniendo las manos en mis hombros y viéndolo también—, ven, te preparo un café.

—Mamá, me quiero morir.

—Hija, no puedes, tienes a Omar, es el motor de tu vida, no digas eso.

—No voy a saber vivir sin él.

—Cariño, confía en la vida, sabrá sanar tu corazón.

—No, no podrá, el mío va en sus manos.

—Y el suyo, estoy segura de que se queda aquí.

—Mamá, no puedo dejarlo ir —murmuré con rabia y dolor— ¡No me lo pueden arrebatar!

—Hija, por favor, relájate.

—¡No puedo! Se me va una de las personas que más amo en el mundo, es el hombre de mi vida.

—Amira, vamos a la jaima —me sacó por la parte de atrás y llegamos a la mía, donde estaba Omar que sonrió al vernos llegar.

—Mira el motivo que tienes para sonreír.

Me fui hacia mi pequeño y lo abracé con todas mis fuerzas, me acosté un rato a su lado y mi madre también, dejando a Omar en medio.

Un rato después me asomé y vi como Raúl y Ezequiel metían sus equipajes en el todoterreno y se montaban en él.

Caí al suelo llorando de desconsuelo mientras veía cómo se alejaban por las dunas, cómo se iba el único hombre que amé.

Mi madre vino hacia a mí y me levantó abrazándome con todas sus fuerzas.

—El dolor irá desapareciendo, pero no el amor que sientes por él.

—Mamá, esto no lo voy a poder soportar.

—Lo harás, aguantaste cosas peores.

—Pero no me arrebataban lo que más amaba en el mundo.

—Hija, el tiempo, es el que pone todo en su sitio y sana las almas…

Me tiré en la cama y me encogí sintiéndome la persona más chiquitita del planeta y llena de desconsuelo ¿Cómo iba a superar algo así?

Capítulo 16

حب

Ezequiel

No sabía cómo cojones estaba aguantando la desesperación que recorría cada poro de mi piel, pero no podía hacer otra cosa con Mustafá al volante del todoterreno, él cada vez más se acercaba al Riad dónde nos esperaba el coche de alquiler en el que habíamos llegado.

Tenía ganas de llorar como un niño pequeño, soltar todas las lágrimas que estaba acumulando desde mi despedida con Amira ¡mierda todo! Había sido demasiado doloroso verla mientras desayunábamos a través de la lona de la cocina.

Su mirada, sus ojos enrojecidos y aguados se me habían quedado clavados en el pecho y si ya me había costado mantener el tipo, desde ese momento aún más, viniéndome abajo emocionalmente. Hubiera dado cualquier cosa por acercarme a ella en ese instante y poder abrazarla dándole el consuelo que necesitaba, el que necesitábamos los dos, pero no podía y lógicamente la respeté y me mantuve al margen haciendo presión en la mesa impidiéndome a mí mismo levantarme de ella.

Mustafá hablaba con Raúl, el cual hacía que se dirigiera a él todo el rato para darme un poco de espacio, sabiendo como tenía que encontrarme en esos momentos. Y daba gracias porque mi amigo me cubriera siempre la espalda y estuviera a mi lado para todo, porque en el estado en el que estaba soportaba bien poco, y a la mínima hubiera saltado a los asientos de delante y hubiera arrasado con todo.

Con la ventanilla bajada el sonido que entraba a través de ella me permitió unos minutos, los que duró el recorrido hasta el Raid, evadirme de todo lo que sucedía en el todoterreno. Durante todo el trayecto me mantuve sereno, con los ojos cerrados de vez en cuando acercándome a la ventanilla como si disfrutara del aire que me daba en la cara, todo me valió para pasar desapercibido, exteriorizando la mayor mentira de mi vida.

Así me sentía, acorralado. Sabía que no era un adiós, por mis cojones que la despedida que había tenido con Amira no marcaría nuestras vidas, lo tenía más que claro y lo llevaría a cabo como fuera, pero eso no impedía el sentimiento que me recorría, la desolación que sentía y todo un cúmulo de sensaciones que estaban provocando que me sintiera hasta mal por tener que retenerlos y no poder mostrarlos.

Cuando el todoterreno paró en la entrada del Raid vi el cielo abierto. Abrí la puerta rápido y bajé de igual manera, yendo hacia la parte de atrás para bajar las mochilas de Raúl y mía. Con ellas a mis pies, Mustafá se acercó con Raúl al lado para despedirse, como si me importara hacerlo, lo que tampoco sería una despedida, no todavía.

—Bueno, final del trayecto, espero que hayáis disfrutado de vuestra estancia con nosotros —sonrió con una sonrisa más falsa que él, centrando su mirada en mí.

Bien sabía lo que significaban sus palabras y gesto, pero me la traía floja porque podía intuir algo, pero en eso quedaba todo, no tenía

ninguna evidencia. Le devolví la misma sonrisa falsa que él me dedicó.

—Ha sido todo un descubrimiento —amplié la sonrisa de lado—, lo he disfrutado al máximo, en cada rincón que he estado. No dudo de que volveremos —desvié la mirada hacia Raúl al ver la frente arrugada de Mustafá.

—Ya te digo, una experiencia única —me hizo un guiño Raúl—. Poder vivir lo que hemos vivido no tiene precio, y en nuestros corazones se queda —asintió.

—Me alegro de escuchar esas palabras —nos miró a los dos—, si me seguís cerramos los días con el pago y ya sois libres.

—Yo soy libre siempre, no te quepa duda, esté donde esté… —solté captando su atención otra vez— Raúl te acompañará para eso, yo voy a nuestro coche para dejar las mochilas y encenderlo después de varios días parado. Nos veremos…

Giré y no esperé contestación, él no lo sabía, pero ese “nos veremos” tenía más sentido del que se podía imaginar. Una sonrisa irónica apareció en mis labios, la misma que no me abandonó cuando llegué al coche y metí el equipaje dentro del maletero, ocupando el asiento del conductor y comprobando que todo estuviera correcto.

Raúl no tardó en llegar hasta a mí y en cuanto lo hizo se montó en el coche, cogió el paquete de tabaco que estaba en el salpicadero y encendió dos cigarros, uno para cada uno.

—Ya está hecho —habló alargando la mano y dándome el cigarro.

—No ha hecho más que empezar…

Y con esas palabras aceleré el coche y salimos de allí como si se estuviera quemando todo lo que quedaba detrás nuestro, hasta derrapé ante la atenta mirada de Mustafá que había salido a la calle para ver nuestra partida, pasando por su lado y levantando una capa de polvo que le hizo tener que taparse los ojos y girarse. Jódete, pensé sin dejar de sonreír mientras aceleraba todo lo que el camino de tierra y piedras me permitía, bueno para qué mentir, me excedí un poco, pero bien mereció la pena el momento.

—Para y hacemos cambio —me pidió Raúl.

—Voy bien conduciendo —negué con la cabeza.

—No seas cabezota tío, me voy a poner delante del volante ahora mismo. Joder, date tu tiempo, sé cómo estás, intenta relajarte.

—Lo que menos necesito es tener más tiempo sin hacer nada para pensar, si conduzco estoy concentrado y no voy a cambiar de opinión —levanté una ceja.

—¡Ni que dejaras de pensar cuando conduces! Qué toca cojones eres —soltó un bufido por no conseguir lo que quería, dándose por vencido, provocándome una carcajada.

No tardamos en acceder a la carretera principal que llevaba al pueblo de Merzouga, me incorporé y seguí las indicaciones del GPS. Con cada metro que avanzaba la presión en el pecho se acrecentaba, pero con una nueva necesidad de salir cuanto antes de ese país por el propósito que tenía en mente y empezaría a ejecutar en cuanto estuviera en mi territorio, con mis agentes.

El recorrido de vuelta fue más tranquilo que la ida, no porque cuando lo hicimos la primera vez tuviéramos algún percance, me refiero a que

casi en todos los controles policiales por los que pasamos nos daban paso sin tener que pararnos y pedirnos la documentación. Solo en uno de ellos tuvimos que hacerlo, lo que no nos retrasó más de la cuenta.

Las horas se hicieron más intensas e interminables por las sensaciones y ansiedad que arrastrábamos los dos. Volvíamos a la ciudad de Fez de la que saldríamos en un vuelo cerca de la noche, si mis cálculos no fallaban llegaríamos con el tiempo suficiente para montarnos al avión sin presión y relajados.

Medio doblados de tantas horas de coche llegamos al aeropuerto y tal y como tenía acordado cuando alquilé el coche, lo entregué allí mismo. Con casi dos horas y media por delante antes de que saliera el vuelo y habiendo facturado las mochilas, nos quedamos fuera de las instalaciones con un café entre las manos, fumando.

—¿Cómo estás? —me preguntó Raúl.

—No sé ni qué decirte… bien, mal, regular… voy por momentos, es demasiado reciente todo y ha sido muy intenso.

—Todo irá bien, ya lo verás —me animó dándome una palmada en la espalda.

—Tú sí que vales para psicoterapeuta —sonreí.

—¡Qué puedo decir! Valgo para todo, tío —rio—. Déjame a mí eso de la psicología porque tú no veas.

—¡Qué te puedo decir! —lo imité— Cada uno con lo suyo —lo acompañé en las risas.

El tiempo pasó y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos subidos al avión, el que salió puntual. Qué diferente la sensación al mirar por la ventanilla mientras regresábamos a España a la que tuve durante todo el viaje cuando volábamos en sentido contrario.

La llegada al aeropuerto de Málaga fue rápida, poco más de una hora de trayecto. Una vez en tierra y con las mochilas a cuestas nos dirigimos hacia mi coche que había dejado estacionado en el aparcamiento del mismo aeropuerto. Pasaban quince minutos de las once de la noche y estábamos deseando llegar a casa para descansar, demasiado tute para un día, estaba de coche hasta la coronilla. A falta de una hora más en marcha, nos montamos en él con los ánimos por los suelos debido al cansancio.

Pocas palabras fueron las que intercambiamos mientras volvíamos a lo conocido en nuestra tierra sin que Raúl se llevara ningún sobresalto en la carretera.

—Descansa todo lo que puedas, mañana a primera hora nos vemos en el trabajo —le comenté a Raúl con el motor en marcha, frente a la puerta de su casa.

—Tío voy a caer en plancha en la cama —bostezó—. Estoy agotado y sin fuerzas, pero tranquilo que mañana ya estoy a tope, puntual.

Nos despedimos mientras abría la puerta y se bajaba. En el momento en el que accedió a la entrada de su casa volví a incorporarme a la carretera para recorrer los quince últimos minutos que me separaban de la mía. Joder, qué gustazo sentí en ese instante por ese pensamiento, con ganas de dejarme caer dónde fuera.

Nada más aparcar y entrar el silencio me recibió, como era habitual. Dejé la mochila en el pasillo sin intención de moverla más hasta el día

siguiente, y me dirigí hacia mi habitación con el propósito de darme una ducha antes de dejarme vencer por el sueño y el cansancio.

Relajado disfruté mientras dejaba correr el agua haciendo un recorrido de la cabeza a los pies, hasta adormilado me quedé teniendo que hacer los últimos esfuerzos por salir lo más rápido posible de la ducha. En cuanto lo hice me sequé rápido, escribí un mensaje corto a mi hermana para informarla de que ya estaba en casa y me metí debajo de las sábanas.

No di para más, estaba tan agotado física y psicológicamente ya que durante todo el día había forzado la maquinaria ideando, planificando e imaginando todo tipo de situaciones, que lo único que me pedía el cuerpo es que me dejara arrastrar por el cansancio.

Con los ojos cerrados y en la seminconsciencia, la imagen de Amira llegó clara a mi mente, imagen con la que dejé que el sueño me meciera, calentando cada rincón de mi cuerpo. Mi último pensamiento antes de dejarme vencer fue que esperaba con todas mis fuerzas que lo que había planificado sobre la marcha y con mis actos tuviera los frutos que deseaba, con ese pensamiento que me calentó más y con el recuerdo de Amira, me aferré a los sueños.

Capítulo 17

Ezequiel

Un nuevo día llegó y con él nuevas energías y ganas de llegar al trabajo para poner al día a mi equipo de la situación y empezar a poner en marcha todo el operativo.

—Buenos días, hermanito —me habló Naiara, mi hermana, a través del manos libres del coche.

Nada más despertarme, cosa que hice más tarde de lo habitual, me di otra ducha, desayuné y salí con el coche en dirección a la oficina.

—Hola cariño, ¿has visto que bien me porté? Te envié un mensaje anoche antes de caer rendido —sonreí al escuchar su voz.

—¡Qué menos! —rio— ¿Todo fue bien?

—Tengo muchas cosas que contarte —dije atento a la carretera.

—Pocas palabras y las justas para dejarme nerviosa, ¡siempre haces lo mismo! Porque sé que no hablarás hasta que me tengas enfrente.

—Pues si lo sabes por qué te pones así —reí sin poderlo evitar—. Todo bien, con eso ya tienes que quedarte tranquila, el resto llegará.

—¿Cuándo? Ahora te meterás de lleno en el trabajo, recuerda que sé cómo va todo y he vivido toda mi vida con lo mismo.

—Qué impaciente eres —sonreí—. ¿Qué te parece si te recojo este mediodía para comer? Tengo ganas de verte —dije estacionando el coche en la plaza que tenía asignada.

—¡Qué te como! Te espero en la puerta de mi trabajo. Te quiero —dijo rápido y colgó haciéndome negar con la cabeza. Ya tenía lo que quería y no había más que hablar.

Salí del coche y me dirigí hacia el edificio, en cuanto entré todos los agentes que me encontré a mi paso se fueron acercando a saludarme y a darme la bienvenida con caras de interrogación. Todos eran conscientes de una pequeña parte del motivo que me llevó a tierras marroquíes tan precipitadamente, y no precisamente para unas vacaciones turísticas, de ahí la necesidad que mostraban escrutando la expresión de mi cara porque no conocían todos los detalles, sobre todo los más importantes que me reservé para Raúl y para mí hasta no corroborar la información.

En cuanto llegué al centro de la sala principal hablé en alto llamando la atención de todos.

—En una hora y media os quiero a todos en la sala de reuniones. Esperaremos hasta esa hora para que vayan incorporándose los que entran más tarde.

Ante la confirmación de todos me dirigí hacia mi despacho que

quedaba en el lateral izquierdo y entré, dirigiéndome directamente al ventanal grande que dejaba pasar los rayos de sol que ya empezaban a calentar. Unos golpes en la puerta me hicieron girarme hacia ella.

—Buenos días, jefe —me saludó con ironía Raúl.

—Buenos días, agente —sonreí—. ¿Has descansado?

—Como un bebé con chupete y todo —rio—, y no es sentido figurado, no, que me he despertado con parte de la sábana de la almohada dentro de la boca. A saber, qué pensaba que era —soltó una carcajada.

—Te puedo hacer una lista corta de las posibles opciones —lo acompañé en las risas.

—Muy gracioso —se sentó en la silla que quedaba delante de mi mesa —. ¿Todo bien?

—En proceso —le hice un guiño, sentándome en mi silla—. ¿Me has oído fuera? En una hora y media tenemos reunión y te quiero a mi lado.

—No, acabo de llegar y he venido directo a tu despacho, me he entretenido con los compañeros que me han ido parando, pero ahora lo sé. ¿Acaso lo dudas? —levantó las cejas de manera graciosa.

—Ni por un segundo —le sonreí agradecido.

La hora marcada llegó y nos dirigimos todos a la sala de reuniones. En cuanto entré bajé hacia la mesa amplia que quedaba a menor nivel que las hileras de sillas que ocuparían los agentes que ya iban llenando la sala, con Raúl a mi lado a poca distancia.

—Sabéis por encima y sin muchos detalles el motivo que me llevó a Marruecos estos días —los miré captando la atención de todos que se habían quedado en silencio—. Os voy a dar toda la información retrocediendo en el tiempo, ahora lo entenderéis… desde la operación fallida en aguas del Estrecho de hace ya dos años, en la que Virginia, mi mujer y vuestra compañera, fue asesinada a sangre fría intentando interceptar un cargamento de droga, desde esa noche que marcó mi vida de la peor manera, me prometí que movería todos los hilos que fueran necesarios hasta llegar al punto de pillar a su asesino y cargármelo en el proceso… —solté con rabia.

—Y nosotros a tu lado —soltó con rabia Diego, un agente, y asentí agradeciendo sus palabras y el apoyo.

—No os voy a mentir, ya empezaba a flaquear después de tanto tiempo en el que no conseguía nada a lo que aferrarme, hasta que por azares del destino llegó hasta mí, por casualidad, la imagen de la cara de un hijo de puta que un turista colgó, estoy seguro de que fue sin consentimiento, pero para mí supuso toda una revelación llevándome directamente a su localización, dando datos explícitos de dónde fue tomada la foto. Como sabéis, a Virginia y a mí nos encantaba Marruecos, es un país que siempre que podíamos disfrutábamos y habíamos mirado todo tipo de alojamientos para recorrerlo entero, cosa lo que no pudimos hacer… entre esa información estaban los alojamientos de las dunas del desierto que a ella le encantaban, paradojas del destino —negué con la cabeza haciendo una pausa porque la rabia me consumía y la tristeza de su recuerdo pesaba demasiado—. Como tenía en la búsqueda esa información constantemente me llegaban promociones y me saltaban anuncios con todo tipo de detalles, ya sabéis que Google está por todas partes y lo que mueve —hice un recorrido por toda la sala comprobando lo atentos que estaban todos—. Ese fue el motivo por el que llegó a mí la información de un campamento a los pies del desierto, en el que entré

con añoranza y cuál fue mi sorpresa que una cara que jamás se me olvidará en la vida apareció ante mí, retratado en una foto con varios turistas. Ya sabéis que cuando asesinaron a Virginia, la cámara de video de la lancha de policía capturó en todo momento la escena en la que el hijo de puta que la disparó apareció, levantando el arma y apretando el gatillo que arrebató la vida de mi mujer… fuimos al desierto haciéndonos pasar por turistas para asegurarnos de que la información era correcta. Lo tenemos, tenemos a ese desgraciado y no pararé hasta ver su cuerpo caer.

En cuanto terminé de hablar la sala se llenó de voces, algunas con reproches por la rabia contenida, otras con insultos, el murmullo fue intenso, pero en conjunto al final todos con alegría y euforia por lo que les había acabado de contar.

—Tenemos que empezar el operativo desde ya, Raúl acortó distancias con Mustafá, que así se llama nuestro objetivo y estamos a la espera de que se ponga en contacto con nosotros para hacer un supuesto intercambio, lo que no será ya, pero eso nos da margen para organizarlo todo a la perfección. No quiero ni un puto cabo suelto en esta operación, ni un mínimo detalle que quede al descubierto. Os necesito al mil por mil con todos vuestros sentidos en alerta. Calculamos que todo se llevará a cabo en dos o tres meses y según pactamos será a través de las playas de Barbate. Sabéis de sobra como va todo y a lo que nos atenemos. Yo iré al frente de la operación como imagináis.

—Cuenta con nosotros, jefe —habló rotundo Amir.

—Quiero hablar contigo personalmente —me dirigí a él—, sé que tienes a familiares y a amigos íntimos en Marruecos en los que puedes confiar al cien por cien, repartidos, en este caso me interesa los que forman parte de la policía de allí, los del sur, pero sobre todo los del norte por si surge algún problema al estar más próximos al desierto.

Necesitaré ponerme en contacto con ellos para cubrir todos los posibles desenlaces y cerrar frentes abiertos, sea aquí o allí ese hijo de puta caerá.

—Hoy mismo te doy los datos que necesitas, no habrá problema, nos ayudaran. Empezaré desde ya a ponerme en contacto con ellos para informarles —asintió conforme.

Después de agradecérselo y quedar para que pasara más tarde por mi despacho y que me facilitara la información, cerré la reunión y cada uno se fue para seguir con su trabajo.

—Voy a empezar a organizarlo todo, los equipos y como nos moveremos para pasar desapercibidos, el despliegue será grande —habló Raúl a mi lado.

Giré la cabeza hacia él ya que me había quedado pensativo mirando a la nada, viéndolo a solo un paso de mí.

—Perfecto, voy a tener la mañana ocupada con informes y trámites que se me han acumulado durante estos días que no he estado, cualquier cosa me dices —asentí—. Al mediodía he quedado para comer con Naiara, si te quieres venir…

—No te preocupes, para la próxima, se me va a echar el tiempo encima seguro. Dale recuerdos y dile que no me haré caro de ver —rio subiendo los escalones dirección a la salida.

—Lo va a decir de todas las maneras —sonreí.

—Lo sé, tiene a quien parecerse de pesada —soltó una carcajada dando los últimos pasos corriendo para salir por la puerta, esquivando mi contestación.

Negué con la cabeza y salí de allí con todo lo que tenía que hacer en mente. Inmerso en papeles cuando me di cuenta las horas habían pasado, y me levanté para ir en busca de mi hermana.

En cuanto me acerqué al edificio donde trabajaba, empecé a tocar la bocina como siempre hacía y sabía que le daba rabia. Intenté no reír cuando la vi levantar la cabeza de golpe del móvil e intuí sus protestas, más que nada por cómo gesticuló con los brazos dejándome claro lo que estaría soltando por su boca.

—Porque llevo días sin verte y estoy emocionada, si no te hubieras tragado la bocina —entró feliz al coche, lanzándose a mis brazos que la recibieron con la misma intensidad que los suyos— ¿Y Raúl? Pensaba que vendría contigo, que tío, se hace caro de ver.

—Para qué me dices nada si sabes que lo hago peor —me separé dándole un beso en la cabeza y acabé riendo por sus palabras referentes a Raúl diciendo exactamente lo que ya sabía—. Está liado, es el primer día después de la vuelta, te manda recuerdos, para la próxima se apunta.

—No te soporto —me dio varias palmadas en el brazo mientras me incorporaba a la carretera—, a ninguno de los dos.

—Eso es todo un logro teniendo en cuenta que no hace ni un minuto que me has visto —reí—, y Raúl se lo gana sin ni siquiera estar.

Entre risas y escuchándola hablar de todo lo que le había pasado durante esos días, llegamos al bar que siempre íbamos con intención de sentarnos en la terraza y disfrutar del buen día que hacía.

—Bueno —dijo apoyando los brazos en la mesa—, ya puedes empezar

a largar, soy toda oídos —sonrió de manera exagerada.

Ese fue el pistoletazo de salida para lanzarme al ruedo y contarle todo, absolutamente todo lo que había vivido en mi incursión a Marruecos, sin obviar ningún detalle ni información. Información que escuchó atentamente cambiando la expresión de la cara conforme avanzaba en la explicación, sin interrumpirme en ningún momento.

—Vamos por partes porque me va a dar algo… —se llevó las manos a la cara mientras yo la miraba sonriendo con cariño— lo has conseguido —me miró fijamente y emocionada, apartando las manos, haciendo referencia a que tenía al asesino de Virginia.

—Sí —apreté la mandíbula desviando la mirada.

—Estoy muy orgullosa de ti, lo sabes ¿verdad? Y ella lo estará igual que yo —alargó una mano por encima de la mesa y cogió la mía— Lo has conseguido —repitió—, por fin podrás descansar y cerrar ese capítulo tan amargo tete. Estoy segura de que le darás la venganza que merece.

—No te quepa duda —apreté el agarre de nuestras manos provocando que ella hiciera lo mismo.

—Ahora vamos al otro dato revelador y que me ha dejado con las patas colgando —levantó las dos cejas y tuve que volver a sonreír, a expresiva no la ganaba nadie—. Te has enamorado…

—Como un adolescente… con la mentalidad de quien tiene a su espalda mucha vida recorrida y sabe perfectamente lo que quiere… —amplié la sonrisa provocando otra preciosa en su rostro.

Que contraste de sentimientos en tan pocas palabras dichas… la rabia

y el dolor… la alegría y el amor…

Capítulo 18

Amira

Me toqué la barriguita. Tres meses eran los que habían pasado desde que se fue Ezequiel, ese que me dijo que cuidara a nuestro hijo y que yo entendí que se refería a Omar, ahora comprendía el sentido de sus palabras, era como si esto lo hubiera provocado y tenía en mente lo que iba a suceder.

Solo lo sabía mi madre, aún no se me notaba y con la ropa podía disimularlo perfectamente, pero llegaría el momento de que se sabría la verdad, y estábamos preparadas para enfrentarnos a todo, así me lo hacía saber cada día, esos en los que no faltaron un te quiero entre nosotras y abrazos que me reconfortaban a seguir adelante, como lo que llevaba dentro, una parte del hombre que amaba por encima de mi vida.

Mustafá se había ido al norte de Marruecos para hacer algo de un negocio que no dejó en claro, y ni mi madre, ni yo nos preocupamos en averiguar, es más, desde que estalló el conflicto, poco era lo que nos dirigíamos la palabra más que por temas del campamento y con mi madre más de lo mismo, ella ya no lo veía igual y le había hecho un cerco muy grande.

Con Habiba casi ni nos cruzábamos, adquirió el hábito de limpiar las jaimas sola y no aparecía por la cocina para no cruzarse con nosotras, ni siquiera con Layla, con esa que tenía que convivir, pero no se hablaban, ni se le ocurría increparla, sabía que mi madre ya no se iba a andar con chiquitas.

Algo que siempre me pregunté es por qué nunca me dejó un número de teléfono, sabía que él no podía llamar al campamento ya que si lo hacía era para hablar directamente con el gerente, o sea, con mi hermano, pero no sé, debió de pensar que jamás me iba a poder comunicar con él al no tener tarjeta ni medios más que buscarme la vida dado el caso, pero bueno, entendí que si no lo hizo era por algo.

Era julio y el calor era insoportable, apenas recibíamos por estas fechas a turismo internacional, solo nacional, personas que venían a usar las tierras como medios terapéuticos y que se alojaban en las jaimas durante esos días que venían a modo tratamiento.

Hacía un mes que a mi padre le había dado una parálisis en medio cuerpo y le había afectado la movilidad y casi el poder expresarse, por lo cual, se apartó quedándose en la jaima de forma perenne y apenas salía, había que llevárselo todo, cosa que en cierto modo y egoístamente me liberaba de escuchar sus comentarios tan groseros y poco empáticos, además de sus malas caras.

Creo que nos liberamos ambas. Mi madre tenía prácticamente su vida ligada a Salah, ese hombre con el que se iba a la cama y disfrutaba del amor, de los abrazos de verdad y que se notaba que se amaban, es más, él cogió más notoriedad en el campamento y mi hermano lo respetaba muchísimo, aunque nunca lo aceptara como el otro hombre de nuestra madre.

Mi hermano Brahim seguía en su mundo y no se metía en nada, pero era consciente de todo lo que había pasado, pero para bien o para mal,

jamás nunca puso una mala cara ni nada por el estilo y, es más, iba a ayudar para lavar a nuestro padre y esas cosas, estaba para todos.

Estaba desayunando cuando apareció mi hermano Ismael con las gemelas, ya que sabía que Mustafá no estaba y que padre no saldría de la jaima ni hablaría nada en caso de escuchar porque no estaba en condiciones de nada.

Me fui andando con él hacia una duna mientras las niñas se ponían en otra un poco más alejada para tirarse en una tabla con Omar, estaban disfrutando a lo grande.

—No tienes buena cara, hermana —dijo sirviendo el té que habíamos llevado con dos vasos.

—Tenía que buscar el momento para hablar contigo, se lo llevo diciendo hace días a mamá.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—Es el hombre del que me enamoré —yo se lo había confesado tiempo atrás y él no me dijo nada feo sobre ello, solo que así era el amor.

—¿Se puso en contacto contigo?

—No —sonreí—, ya quisiera, solo por darle la noticia —me toqué la barriguita.

—Amira ¿voy a ser tito de nuevo? —sonrió feliz cosa que me relajó muchísimo.

—Sí —asentí comenzando a llorar, estaba muy sensible.

—No llores, hermana —cogió mi mano—, sabes que al bebé no le faltará amor.

—Lo sé, pero eso de no poder contárselo a Ezequiel, me pone muy inquieta, es como si tuviera una espina clavada que me pinchara continuamente.

—¿Crees que volverá aquí algún día?

—Algo me dice que sabe que está la posibilidad de que haya dejado aquí un hijo fruto de nuestro amor.

—Entonces regresará —me acarició el hombro y besó mi frente—. Sabes que te admiro y que estás siendo esa mujer valiente y fuerte que siempre quise ver en ti. Tienes que revelarte al mundo, hacer lo que quieras, ser feliz, no puedes vivir condenada a vivir en las dunas, fuera de aquí hay más vida, yo estoy pensando en irme con mi familia a Marrakech donde tendría trabajo con la misma empresa, solo tendría que comenzar un largo trámite para tener una identidad, pero me ayudarían con los medios.

—Pero se supone que nunca nos la darían.

—Te mintieron, se puede, hay un proceso muy largo que se puede acortar pagando, pero puedes vivir por el país, hermana, puedes buscarle un futuro mejor a Omar y a ese hijo que estás esperando.

—Suena bien, pero, yo amo el desierto y si no está Ezequiel en un lugar a donde yo pueda ir, prefiero quedarme aquí. El cambio al campamento fue para dejar de ser nómadas, pero yo me siento bereber, me siento feliz con esos amaneceres y atardeceres, además

estoy conociendo a una madre de la que no me quiero separar ahora mismo, la necesito en cada momento de mi vida. Estoy bien en estas dunas que nos vieron nacer.

—Hay muchos secretos que desconoces, pero mamá se sacrificó mucho por todos y por personas que no se lo merecían.

—Poco a poco me está contando cosas, sé que de lo que me tenga que enterar, lo terminaré haciendo, aprendí que es en ella en la que debo de confiar, no dudo que termine sincerándose en cualquier momento con eso a lo que haces referencia.

—Nada es lo que parece en nuestra familia, pero mamá, lo es todo para todos.

—Sí —sonreí con tristeza y es que no podía quitarme de la cabeza a Ezequiel, necesitaba verlo, quería poder mirarlo a los ojos y decirle que teníamos algo en común.

Después de un rato de charla con él fui a buscar a mi madre que nos había visto hablando y me preguntó si se lo había dicho, se puso contenta al saber que sí que lo había hecho y no le extrañó nada cómo se lo había tomado, ya que sabía cómo era él. Nada que ver con mi padre y otro hermano.

Y sin saber nada de lo que me había comentado él, ella me pidió irnos a hablar tranquilas a una de las dunas como antes lo había hecho con mi hermano.

—Hija, llegó el momento de que sepas toda la verdad —parecía que nos había escuchado, cosa que no era así, pero fue enterarme y al nada ella quererse sincerar.

—Después de lo que me revelaste de Abdul, estoy preparada para todo —le acaricié la mano y la entrelazamos.

—Cuando me propusieron para casarme con tu padre, no venía solo, ya lo hacía con un hijo, Mustafá —la miré con la boca abierta—. Era viudo y buscaba una esposa para cuidar a su hijo, ofreció un dinero a mi padre y este me cedió para ese matrimonio.

—¿Mustafá no es tu hijo ni es mi hermano?

—No —sonrió mirando al horizonte—, semejante ser no podría tener nuestra sangre.

—Pero nosotros somos hijos de él.

—Tus hermanos sí, pero tú no, cariño. Tú eres fruto del amor entre Salah y yo, nuestra historia se remonta mucho antes de lo que todos creen. Nos conocimos cuando él tenía su mujer, recién casados, pero surgió algo entre nosotros desde el primer momento, fruto del que tú naciste, pero no fue hasta hace tres años y después del fallecimiento de su mujer, que no lo metí en la jaima como mi amante.

—Salah es mi padre —se me comenzaron a saltar las lágrimas y es que ahora entendía con el amor y cariño que siempre me trató.

—Y, además, él fue el que consiguió todos los medios que le pedí para poder deshacernos de Abdul. Lo deseaba tanto como yo, no soportaba verte siendo una infeliz en manos de ese hombre.

—¿Y papá lo sabe?

—No, al menos que yo sepa, lo mismo lo intuyó en algún momento,

pero jamás dijo nada.

—¿Y Mustafá sabe que no eres su madre?

—No —rio—, prometí a mi padre que siempre guardaría el secreto y lo haré hasta el último día de mi vida.

—Pero tu padre te vendió.

—Lo sé, pero soy feliz y eso me lleva a perdonarlo todo para vivir en paz conmigo misma, menos lo que te hagan a ti, ahí saco las garras y por muchos huevos que tengan, no son suficientes para frenarme. Por eso jamás le perdoné que te cediera en matrimonio a Abdul, obvio que él no sabe que no es tu padre, pero le odié aún más en ese momento, y sin dudar hice lo que tenía que hacer, preferí llevarme por delante a ese para que no te pusiera un mano más encima.

—Creo que voy a echar todo el desayuno —comencé a vomitar sobre la arena y mi madre se incorporó a ayudarme.

—Te di muchas noticias juntas y no estás en un buen momento.

—Lo único que sé, que ahora mismo creo que hasta las entrañas las tengo en dirección a mi garganta.

—Lo que sea, menos a ese bebé —murmuró causándome una risa entre esos vómitos que no dejaba de echar.

Fuimos a echarme un poco de agua por la nuca y me tumbé en la jaima a descansar un poco, tenía el estómago de lo más revuelto y las náuseas no terminaban de irse, además el calor era sofocante, menos mal que tenía un ventilador dentro que había traído mi hermano

Mustafá para aplacar un poco el calor, al menos al mover el aire era una sensación más llevadera. En todas las jaimas que teníamos había dejado uno de esos aparatos.

Salah era mi padre y lo sabía…

Capítulo 19

حب

Ezequiel

Doce de la media noche y tenía los sentimientos a flor de piel, había llegado el momento. Después de una larga espera de tres meses que se me había hecho eterna, no solo por esperar este momento sino por la ansiedad de estar tanto tiempo separado de Amira, sin poder saber nada de ella ya que no le facilité mi número de teléfono para que se pusiera en contacto conmigo de la manera que fuera por motivos de seguridad en el caso, para preservar la privacidad y que nada se descontrolara, solo faltaba que el reloj avanzara un poco más hacia delante, solo un poco, hasta que marcara la una de la madrugada.

Subido a una lancha, ocultos en la oscuridad, Raúl y yo esperábamos para detectar la embarcación en la que Mustafá tenía que hacer su aparición. Ya estaba avisada la guarda costera de que ni se les ocurriera cometer un error que lo pudiera alertar y diera marcha atrás, todos sabían lo que sucedería esa madrugada, todos menos una persona y así seguiría siendo hasta que no lo tuviera cara a cara.

—Todos en sus puestos, jefe —escuché la voz de Nicolás a través del pinganillo de la oreja.

—Perfecto, estad atentos, no queda mucho… si divisáis algún movimiento dadnos aviso.

—Copiado —cortó la conversación.

Sentado a mi lado, Raúl no dejaba de mirar al frente sin poder apreciar nada, atento a todos los sonidos que la tranquilidad del mar nos daba.

—No tenías otro lugar dónde sentarte —solté mirándolo de reojo.

—Estoy calentando el dinero, tío, este no sale de esta lancha, antes voy yo por delante —me sonrió.

—No lo hará, no tendrá tanto tiempo para llegar hasta él —le sonreí.

—Alerta —escuché a Amir a través del pinganillo, palabra que me puso en tensión.

—Prepararos, ya sabéis lo que tenéis que hacer, desde este momento desconecto la conexión —respondí ante la confirmación de varias voces.

Me quité el pinganillo del oído y me lo guardé en el bolsillo del anorak que llevaba. En medio del mar y a esas horas hacía un frío que te erizaba el vello y te calaba, pero yo ya estaba entrando en calor por lo que se avecinaba y en breve tendría al lado. El hijo de puta de Mustafá sabía pasar desapercibido porque después de varios minutos que estaban crispando mis nervios, forzándome a mantener la calma, no se escuchaba ni el más mínimo ruido acercarse a nosotros. Una calma total que más tensión nos creó.

—¿Le has mandado la ubicación exacta? —le pregunté a Raúl sin dejar de mirar a varios lados en la oscuridad.

—Sí, cuando me lo has dicho, sabe dónde estamos —me confirmó—. También he activado la cámara de video de la lancha y conectado los micros del exterior.

Asentí sin pronunciar más palabras y nos quedamos en silencio un buen rato sabiendo que todo estaba como tenía que estar. El miedo se apoderó de mí por unos instantes al ver pasar el tiempo y pasar de la hora clave, más que miedo fue un sentimiento de impotencia ante la posibilidad de que Mustafá diera marcha atrás y nos dejara colgados. Pero la intensidad y el interés constante que tuvo cuando estuvimos en el desierto, más las pocas conversaciones que había mantenido con Raúl durante este tiempo me hacían aferrarme a que esa posibilidad no era posible.

Aparecería y ante ese pensamiento que me repetí varias veces para reafirmarlo, escuchamos un motor encenderse cerca de nosotros. Una lancha apareció a pocos metros de distancia por la parte trasera de la nuestra, dejándose ver por una luz tenue que se encendió a los segundos de escuchar el motor, haciendo que girásemos en esa dirección.

Por lo que deduje la embarcación había llegado hasta allí sin ayuda eléctrica durante el último tramo, pasando desapercibida. Se acercó lentamente hasta nosotros, quedando situada lateral con lateral, desde la que Mustafá nos observaba con los brazos cruzados con gesto serio pero decidido, el mismo que teníamos nosotros dos.

—¿Todo ha ido bien? —cortó el silencio Raúl.

—Sí —sonrió de medio lado Mustafá—, todo como tenía que ir, pero

puede mejorar —dijo centrando su mirada en mí.

—Menos mal, estoy cagado —expresó Raúl intentando parecer novato ante la situación, poniéndose en la piel de una persona que no estuviera acostumbrada a la jugada que estábamos a punto de hacer.

—No hay motivo ¿verdad? —nos miró Mustafá alternativamente a los dos.

—Ninguno, hemos sido cuidadosos —confirmé sin poder apartar la mirada de él.

Tenía una sensación que no me gustaba nada, que me recorría todo el cuerpo haciendo que la tensión cobrara más intensidad.

—Así me gusta, hay que adelantarse a todos los acontecimientos, tengan el final que tengan —remarcó cada palabra y por unos segundos fruncí el gesto.

Ese tío escondía un as bajo la manga, en ese instante fui consciente de ello, lo que necesitaba saber cuál era. Ni puta idea, la cabeza empezó a irme a mil revoluciones, miré de reojo en varias ocasiones a Raúl y los pequeños movimientos que hacía y nadie conocía, pero yo sí. Había detectado también algo y estaba a la espera de ponerle nombre al igual que yo.

—Si no te importa… —empecé a hablar— la compañía es muy grata —solté con toda la ironía—, pero me gustaría acabar con todo esto lo antes posible. Nos estamos exponiendo demasiado y aún nos queda un camino de vuelta muy tenso —señalé a Raúl que asintió a mis palabras sin dejar de mirar a Mustafá.

—¿No queréis probar la mercancía?

Era como si quisiera alargar el momento, ¿pero por qué? ¿Qué cojones tenía en la cabeza? No habíamos dejado ningún fleco suelto y era imposible que supiera nuestra identidad, pero viendo lo reacio que estaba y todo lo que soltaba por la boca algo me decía que a pesar de su apariencia estaba intranquilo y esperando a que le saltáramos encima.

—Como comprenderás ahora mismo no, quizás en la soledad de nuestras casas, pero ahora queremos largarnos de aquí rápido —reafirmó mis palabras Raúl.

Mustafá asintió mirándonos a los dos y se agachó cogiendo varias bolsas con ayuda de otro hombre que tenía al lado, los dos únicos ocupantes de la lancha. En total seis bolsas bastante grandes, y que a simple vista parecían estar bien cargadas tensando la lona, aparecieron delante de nosotros. Con un gesto de cabeza Mustafá le indicó a su acompañante que atara las dos lanchas para que no se desplazaran y cuando lo hizo, saltó primero a la nuestra con parte del cargamento, seguido por el otro hombre.

—Aquí tenéis, ya os habéis solucionado la vida —nos sonrió irónico—, espero que sepáis aprovecharlo.

—Eso no será posible hasta que estemos seguros —le respondió Raúl.

—Desde el primer momento hemos aprovechado la ocasión, sin dejar escapar la mínima oportunidad —lo miré fijamente atento a todos sus movimientos, mientras soltaba las bolsas a sus pies con el otro hombre imitando la misma acción. Mis ojos se fueron a sus manos, las que escondió dentro de un anorak.

—Espero algún día volver a hacer negocios con vosotros, ha sido

demasiado fácil —curvó los labios.

—No creo que eso pueda darse en un futuro —solté haciendo que la intensidad de su mirada se acrecentara.

—Vaya, el señorito no está contento con la situación.

—El señorito no está contento con tu sola presencia, puedes sacar las manos y dejarlas visibles, igualdad ya sabes —señalé hacia las manos de Raúl que las tenía fuera, rozando el anorak.

Lo que él no sabía, pero yo sí, es que sus manos estaban libres, pero bien cerca del arma que sacaría en un pestañeo porque estaba preparado para ello, al igual que yo.

Un movimiento raro me alertó, que no fue otro que el hombre que había acompañado a Mustafá escondió la mano derecha detrás de su espalda haciendo un movimiento que era bien reconocido por nosotros, elevando el hombro por el movimiento que hizo su brazo.

Raúl que estaba a su lado interceptó el movimiento y se preparó acortando la distancia con él, gesto que hizo que el hombre acelerara sus movimientos y sacara ante nuestros ojos un arma y disparara al aire. La dirección de la bala se desvió al lanzarse Raúl sobre él empezando a forcejear ante la atenta mirada sonriente de Mustafá, al que le cambió el gesto al ver como Raúl aplacaba al hombre sin mucho esfuerzo y se hacía con su arma, dejándolo inmovilizado. La mirada de asco y rabia que dejó ver Raúl hacia Mustafá fue el punto de partida para entrar yo en acción.

—Siempre jugando sucio, eres un hijo de puta que no sé cómo no está muerto ya —apreté la mandíbula acercándome a él.

—¿De qué hablas? —soltó con rabia sacando otra arma que no llegó a elevar porque me lancé hacia él, cayendo los dos al suelo.

Los puños volaron, las primeras gotas de sangre ensombrecieron más la noche, mientras los dos nos revolcábamos por el pequeño espacio de la lancha en un forcejeo que incrementé perdiendo el control, dejando salir todo lo que llevaba dentro. Rabia, dolor, sufrimiento, impotencia, asco… todos los sentimientos que tenía acumulados hicieron que no pudiera retener mis ataques dejándolo medio inconsciente con los ojos idos.

—Ya está —fui consciente de la realidad al escuchar la voz de Raúl y sus brazos rodeándome desde atrás, haciendo presión para que me intentara tranquilizar—. Lo tienes, se acabó amigo.

Con la respiración entrecortada me costó enfocar la vista unos segundos, hasta que asentí y me dejé ayudar por él para levantarme. En ese momento fui consciente de que el otro hombre permanecía en una esquina asustado e inmóvil, esposado por Raúl.

—Se acabó —me permití el lujo por unos segundos de venirme abajo y que los ojos se me aguaran rememorando la grabación de la muerte de Virginia, la que había visto una y otra vez hasta la saciedad, sabiéndomela de memoria atormentándome más—. Quería matarlo —apreté la mandíbula, escupiendo cada palabra con rabia e impotencia.

—Lo sé, pero no debes. Nos encargaremos de que no vea la luz del sol más y si eso ocurre por fallos del sistema, te prometo que nos encargaremos de él —me susurró acercando mi cabeza a la suya, uniendo nuestras frentes, apoyándome como siempre hacíamos mutuamente.

El sonido de varias lanchas se escuchó, señal de que nuestro equipo

había presenciado toda la escena a través de la cámara y sabían que podían acercarse a nuestra posición. Ese fue el motivo por el que no fuimos conscientes dado el ruido que cortó el silencio, de que el hijo de puta de Mustafá se recuperó demasiado rápido a nuestra espalda y se medio incorporó, sacando una segunda arma que disparó en nuestra dirección, fallando por no poder enfocar bien con la vista debido a los golpes que había recibido y por el súbito movimiento por las olas provocadas por las lanchas de nuestros compañeros.

Otro disparo se escuchó procedente de Amir, nuestro compañero, que disparó al ver la situación temiendo por nosotros, dándole en una pierna a Mustafá que no cesó en su empeñó y volvió a apuntarnos. Con la rabia por las nubes saqué la mía y disparé a corta distancia hacia su pecho, dando en el centro, arrebatándole la vida ante sus ojos abiertos por la sorpresa.

El cuerpo sin vida cayó hacia atrás impactando con el agua del mar mientras yo sin bajar el arma y respirando desacompasado no podía apartar la mirada del cuerpo flotando.

—Olvida lo que he dicho —me agarró del brazo Raúl, bajándolo y quitándome el arma de la mano—, ya no hace falta. Lo has conseguido —me sonrió haciéndome volver a ese lugar porque por unos instantes me había vuelto a ir en medio de la locura que me asaltó y no dejé ver.

Asentí ante sus palabras y me giré hacia los compañeros.

—Joder, estás herido —se sobresaltó Raúl.

Y es que la primera bala que disparó el acompañante de Mustafá, por mucho que Raúl hiciera que la trayectoria se desviara, había conseguido impactar en mi brazo, detalle que oculté sin dar indicios

de nada. Lo que no era nada, a esas alturas un detalle insignificante que me haría recordar el día que por fin me cobré la venganza de Virginia. Cerré los ojos hablando en mi mente con ella, diciéndole cuanto la quería y lo que significó en mi vida, una vida en común que duró demasiado poco para tanto amor como nos procesábamos.

—No es nada —le quité importancia—. Con que me saquen la bala y unos puntos sin importancia ya estará arreglado —le hice un guiño a Raúl para que no se preocupara, haciendo que pusiera los ojos en blanco dándome por imposible—. Buen trabajo chicos —hablé en alto para todos mis agentes—, enhorabuena y gracias por hacer realidad este final —asentí—. Encargaros del cuerpo —señalé con la cabeza hacia el agua—, y de que esté muerto, si no lo ahogáis —les hice un guiño provocando varias carcajadas—, y de este —señalé al otro hombre.

Con esos datos varios compañeros sacaron de nuestra lancha al hombre esposado y Raúl y yo nos alejamos de la zona sin mirar atrás, queriendo dejar de la misma manera el dolor que habíamos acumulado ya que Raúl quería y adoraba a Virginia, al igual que el resto.

Esa noche ni pasé por casa, en cuanto toqué tierra fui a que me curaran la herida de bala, lo que hicieron rápido como ya sabía al ser un tiro limpio y volví a la oficina a la espera de confirmar que llevaran el cuerpo sin vida de Mustafá para que el forense hiciera su trabajo, hasta tener el informe que acreditaba su muerte entre mis manos.

Las horas pasaron rápido y medio adormilado a media mañana Raúl entró a mi despacho sobresaltándome, con un gesto que me puso en alerta en cuanto lo vi.

—¿Qué cojones pasa? —pregunté levantándome de la silla y con sus

siguientes palabras terminé por espabilarme del todo.

—Ciro quiere hablar contigo sobre Mustafá, es urgente, sobre algo que ha encontrado.

Arrugué el gesto intentando descifrar qué mierda habría encontrado Ciro, el forense, porque la evidencia de lo que había sucedido la tenía más que clara. Salí del despacho seguido de cerca por Raúl, accediendo a las espaleras que nos llevarían a la planta inferior.

—Ezequiel —me saludó acercándose hacia mí, dándome un abrazo que le devolví.

—Tú dirás —quise saber inquieto.

Mi mirada se fue al cuerpo sin vida que tenía delante intentando descifrar el motivo por el que me había hecho bajar, pero nada me preparó para lo que salió de la boca de Ciro.

—Voy a ahorrarme los datos que sabéis de sobra —nos miró a los dos —. Revisando la ropa que llevaba he encontrado esto, está intacto porque lo llevaba en un bolsillo interno bien guardado y protegido en una bolsa impermeable, como si supiera lo que iba a pasar y quisiera que llegara hasta a ti. El anorak también es impermeable y aguantó estoicamente el contacto con el agua, toma, míralo tú con tus propios ojos…

Desplegué un papel que me dio y el impacto fue brutal por el significado de lo que había escrito en él. En ese instante le di sentido a las palabras que pronunció Mustafá, remarcándolas, al inicio de nuestro encuentro: “hay que adelantarse a todos los acontecimientos, tengan el final que tengan”.

“Si has dado con esta nota es porque ya no estoy en este mundo y he pasado a mejor vida. Pero me voy con la satisfacción de traer la desgracia a tu vida, sin que sea en vano mi muerte. Me he encargado de que Omar desaparezca ¿sorprendido? Jajaja… arrebato el mayor tesoro de tu adorada puta y te jodo a ti en el proceso”.

Capítulo 20

حب

Amira

—Quiero desayunar —escuché decir a mi hijo cuando de fondo se oían a los turistas montándose en los camellos para ir a ver el amanecer.

—Claro que sí, mi vida —le cogí en brazos y abracé. Me fui con él así hasta la jaima de la cocina donde ya estaba Layla preparando todo para el desayuno.

Mi madre apareció nerviosa y me miró.

—Ha fallecido… —la miré incrédula y Layla hizo lo mismo— Tanta paz se lleve, como deje —hizo un gesto con la cara que vimos claramente que lo lamentaba por él, no por el resto.

En el primero que pensé fue en Mustafá, que se pondría como loco al saber que no había estado para el entierro de su padre, pero bueno, como decía el refrán mundialmente conocido, ese era el karma.

Mi hermano Ismael fue avisado por Salah y no tardó en llegar, evidentemente que no se hablara con su padre no implicaba que no

fuera a estar presente en los preparativos para un funeral.

Y conociéndolo, él iba a estar a nuestro lado en todo momento así se le revolvieran las entrañas, pero a nosotras, no nos soltaría de la mano, jamás lo hizo y jamás lo haría.

Tanto él como Brahim se encargaron de preparar el cuerpo para su entierro, que se harían en unas fosas que teníamos preparadas bien profundas para estos desenlaces y se haría enterrándolo directamente en contacto con la tierra.

Lo de la profundidad era para que luego los animales no escarbasen y dejasen el cuerpo fuera, que ya había pasado en más de alguna ocasión.

Brahim hizo unos intentos de llamar a Mustafá, pero todo fue en vano ya que tenía el teléfono apagado, por lo que tendríamos que tirar hacia delante con el funeral ya que con el calor no podíamos dejar ahí mucho tiempo el cuerpo esperando a que él regresara y no sabíamos cuando sería.

Estuvimos todo el día velando hasta que, al caer el sol, los hombres del desierto que estaban afincados por la zona vinieron para junto con mis hermanos, llevarlo a enterrar, en este caso sabíamos que lo harían en posición fetal porque era algo que mi padre siempre había dicho, así que le gustaría ser colocado, tal como estuvo antes de venir al mundo era como se quería ir de este.

Salah también se marchó con ellos y nosotras tres nos quedamos en la cocina sabiendo que, de algún modo, la liberación era más obvia, aunque hacía un mes que él ya no podía ni hablar, ahora sería todo más ligero y no tendríamos que estar pendientes de él.

—Mustafá cuando venga va a tener que enfrentarse no solo a la pérdida de su padre, sino también a saber que, a partir de ahora, no tendrá ese apoyo que hasta ahora había tenido y que va a pasar a ser uno más de los que trabajábamos aquí.

—Habiba no se ofreció ni un momento para lo de la despedida —murmuró Layla.

—Esa tiene la cabeza bajo tierra y más vale que no la saque, hasta la comida se lleva a su jaima para no cruzarse con nosotras —dije provocando una sonrisa en mi madre.

Esa noche sentí que el campamento en cierto modo cambiaba, sin la presencia del que siempre creí mi padre era como que el ambiente y la familia quedaba más limpio, ahora mi madre, incluso, podía tener una vida más relajada junto a Salah, mi verdadero padre, cosa que me alegraba por ellos ya que eran el reflejo del amor y respeto que toda pareja se debía de tener.

Me toqué la barriguita mientras pensaba en Ezequiel, ese hombre al que no podía decirle que iba a ser papá y que ese bebé que crecía en mi vientre lo necesitaba tanto como yo.

Omar se había quedado dormido pegado a mí y sostenía su manita por encima de mi barriga, estaba loco de contento sabiendo que pronto tendría un hermanito o hermanita.

Nos quedamos dormidos escuchando los tambores a lo lejos del funeral de Naim, al fin y al cabo, así se llamaba.

Era impresionante mi pasividad, pero era el reflejo a todo lo que me hizo pasar en manos de Abdul, no tuvo ni un mínimo de piedad para mí.

No eran ni las seis de la mañana cuando Ismael apareció de nuevo por el campamento entrando pálido por la cocina.

—Hijo ¿qué pasa? —le preguntó mi madre.

—Traigo noticias de Mustafá —las tres lo miramos de manera expectante ya que lo último que imaginábamos era tener noticias de él y de mano de Ismael con el que no se hablaba— y no solo de él, sino del padre del bebé que esperas —dijo señalando mi barriga y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Me senté teniendo la sensación de que algo gordo iba a decir.

—Hijo, habla.

—Lee esto en voz alta —dijo mi hermano poniéndome el móvil por delante con una noticia abierta y comencé a leerla en alto.

—A la una de la madrugada en la costa de Cádiz, una lancha fue interceptada por la policía costera de narcóticos donde pudieron llegar hasta los narcotraficantes, con la casualidad de que el jefe de la policía Ezequiel Ruano —se veía la foto de él, no era profesor, era policía— se vio involucrado en un tiroteo en el que acabó con la vida de Mustafá, casualmente el mismo hombre que mató en otra persecución a su mujer dos años atrás cuando este intentaba hacer llegar un cargamento de hachís al estrecho y ella estaba esa noche en las aguas al ser también policía de ese mismo grupo del que su marido era el jefe. Por suerte, el grupo policial se encuentra bien y todo lo incautado está en sus dependencias, por su parte, el gobierno de España repatriará el cuerpo de Mustafá hacia su país. El destino o no, el jefe de la policía de algún modo acabó con el asesino de su mujer.

—La venganza es lo que le trajo a ese hombre hasta aquí y fue el que hizo que Mustafá cayera en su trampa y llevara eso para España —se escuchó a Habiba desde la puerta que lo había escuchado todo.

—Ese hombre como tú dices, es el padre del hijo que espero —dije con rabia, mirándola y sin permitirle que se le ocurriera decir una maldita mala palabra sobre Ezequiel—. E hizo justicia por su mujer y por todas las que hemos estado sometidas a él, así que cállate y piensa que, a partir de ahora, no eres más que una intrusa aquí, ni siquiera tu hijo es parte de nuestra familia, así que ve planteándote largarte de aquí, o trabajar y callar para siempre —le dije con mucha inquina.

—Es tu nieto —se dirigió a mi madre.

—No cariño —le respondió con ironía y orgullo—, a ese mal hombre, no lo parí yo.

—Arderéis en el infierno —dijo muy enfadada y corriendo hacia su jaima.

—Hijo —se dirigió mi madre a Ismael—, ahora nos tocará llevar esto a Salah y a mí junto a tus hermanos, podrías venirte aquí con tu familia o al Riad que nos hemos quedado, puedes hacer lo mismo que haces en el otro.

—Justo eso había estado pensando mientras venía a dar la noticia, no os dejaré solos con todo, había pensado irme a Marrakech, pero con todo lo que ha sucedido, no lo haré. Solo que a mi familia no la traeré a las dunas más que para jugar y estar con vosotros, las instalaré en el Riad, quiero que mis hijas sigan en el colegio y con la vida en el pueblo.

—Claro, hijo —dijo mi madre emocionada y se acercó a él para

abrazarlo y luego se dirigió a Layla—. Tú eres una más de nosotros, te puedes quedar, siempre serás nuestra familia y tus hijos también seguirán siendo mis nietos, nos has respetado y nos regalaste tu lealtad.

—Gracias —se echó a llorar emocionada y fuimos a abrazarla.

Yo estaba en *shock*, ahora entendía muchas cosas que antes no llegué a comprender, el motivo más duro de su llegada al desierto y que no era otra cosa que vengarse del hombre que le arrebató a su mujer.

Y no dudaba que sus sentimientos hacia mí fueron reales, por nada del mundo iba a dudar de eso, es más, yo fui todo lo que él no podía esperar encontrar aquí y que le hizo volver a tener sentimientos por una mujer.

El dolor y el amor fue lo que se encontró en estas tierras que no esperaba que fueran más allá de lograr su objetivo.

Ahora lo entendía todo, cada vez más cosas y, sobre todo cómo perdió a su amada en manos de un descerebrado que hizo mucho daño con su forma de ser. No solo a él, que era al que más, arrebatándole a su esposa, sino también a mí, a la que, siempre apoyando a su padre, me llevaron a vivir algo que no era justo y que me hacía daño.

Algo me decía que regresaría al desierto, algo desde lo más profundo de mi corazón, también sabía que cuando me dijo lo de cuidar a nuestro hijo era por el que él pensaba que había concebido, es más, creo que lo hizo con toda la intención de dejar un vínculo indestructible entre nosotros.

Eran las ocho de la tarde y todos cenaban plácidamente, sobre todo era turismo nacional que venían por las terapias, con este calor poco

turismo internacional aparecía, alguno, pero nada que ver con otras épocas del año.

Me puse a llevar cosas a las mesas ya que, a partir de ahora, habíamos decidido que las mujeres tendrían la misma presencia en el comedor que los hombres, que eran los que se encargaban de poner los platos sobre las mesas hasta el momento de la desaparición de Naim y de Mustafá, los ogros de la familia. Con alguna excepción, ya que durante la estancia de Ezequiel aquí, no pude evitar colarme en el comedor para estar más cerca de él.

Tras preparar todo me fui a buscar a Omar para ducharlo, ya había cenado porque ese con el hambre no jugaba, y no tenía paciencia.

No estaba en la jaima ni lo veía por los alrededores, por lo que cada vez comencé a desesperarme más, fue algo perceptible para los demás trabajadores y mi familia, así como para los huéspedes, que me veían gritar su nombre con desespero y todos comenzaron con su búsqueda.

Me estaba dando una sensación fuerte y extraña, cuando Layla apareció llorando y nerviosa diciendo que fue a buscar a Habiba y encontró esta carta sobre su cama que no sabía leer.

“Me he ido junto a mi hijo, no solo con él, me llevo a lo que más amáis para dejaros muertos en vida. Con esto, hago justicia a mi marido”

En ese momento entendí que acababan de arrebatarme a mi hijo y sentí cómo caía a plomo en esas dunas en las que, hasta ese momento, había estado buscando a Omar.

Capítulo 21

حب

Ezequiel

Después de leer la nota que había conseguido descomponerme el cuerpo, subí corriendo hacia mi despacho seguido de cerca por un Raúl con cara de preocupación y más blanco que las paredes que nos encontrábamos a nuestro paso.

—Amir —lo llamé en voz alta sin pararme, avanzando hacia el interior de mi despacho.

Con solo pronunciar su nombre y por el tono que utilicé sabía perfectamente que algo sucedía, lo que le llevó a entrar rápido a mi despacho.

—¿Qué sucede? —preguntó mirándonos a Raúl y a mí.

—Necesito que tires de los hilos de tu familia, lo haría yo ya que en las conversaciones que mantuvimos quedamos que si los necesitaba se lo haría saber, pero no puedo pararme ahora mismo a eso. Omar ha desaparecido —dije sin dejar de moverme por el despacho, haciéndome con todo lo que necesitaría.

—¿Omar? —preguntó dudoso y Raúl allanó el camino al ser conscientes de que no sabía a quién nos referíamos.

—Es un niño pequeño al que le cogimos mucho cariño los días que estuvimos en el campamento —noté que Raúl me miraba de reojo—. Es hijo de Amira que nos toca muy de cerca, sobrino de Mustafá que lo preparó todo por si le pasaba algo a él. Ha hecho desaparecer al pequeño.

—Aviso a los del norte, a mi hermano y mis primos —reaccionó rápido Amir, mirando como me sentaba frente al ordenador.

—Sí, voy a mirar el aeropuerto más cercano, no hay tiempo que perder…

—Jefe, coge un vuelo directo al aeropuerto de Casablanca, es lo más al norte que puedes llegar desde aquí, después tendrás que coger un enlace y hacer escala hacia el aeropuerto de Er-Rachidía. Hasta Casablanca tenéis aproximadamente una hora y después de Casablanca a Er-Rachidía otra más, minutos abajo o arriba. Cuando lleguéis, mi hermano y mis dos primos os estarán esperando en el aeropuerto de Er-Rachidía, os escoltarán para que no tengáis problemas para llegar lo más rápido posible hasta Merzouga. Ese último trayecto os llevará dos horas más en coche, pueden ser menos porque irán con la insignia de la policía y allanarán el camino para que no os paren, podrán ir más rápido que los turismos convencionales —explicó rápido Amir.

—Gracias —asentí por toda la información—, asegúrate de que nos esperen en Er-Rachidía, del resto me encargo ahora mismo para sacar los vuelos —dije accediendo al ordenador.

—Eso está hecho, allí estarán. Ya tienes sus teléfonos, pero no hará

falta que los llames. Os darán encuentro en cuanto salgáis del aeropuerto. Me encargo ahora mismo de todo. Suerte y tened cuidado —nos miró a los dos que se lo agradecimos.

—Amir —lo llamé cuando cruzaba la puerta, haciendo que se girara en mi dirección—. Si quieres venir para encontrarte con tu familia eres más que bienvenido, lo sabes ¿verdad?

—Gracias jefe, no te preocupes —me sonrió agradecido—. No tardaré en verlos, tengo previsto para el mes que viene con los días de vacaciones que me tocan ir hacia allí. Ahora que se centren en lo importante, no os fallaran —asintió.

Después de que saliera igual de rápido que entró, Raúl se puso a mi espalda y entre los dos cogimos los vuelos que necesitábamos. Era la una del mediodía y lo más pronto que pude comprar los billetes fue para las ocho de la tarde. Demasiado tiempo, pensé mientras la ansiedad me comía por dentro.

—Vete a casa y prepáralo todo —me levanté de la silla con los billetes imprimidos—. Tenemos una hora de aquí al aeropuerto de Málaga, salimos a las cuatro, prefiero llegar con bastante tiempo. Nos queda un largo camino. A las nueve de España estaremos en Casablanca, lo que serán las siete de Marruecos por las dos horas de diferencia, llegaremos al destino final sobre las diez y media de allí si no surgen retrasos.

—Ahora mismo, pero ¿no prefieres que nos quedemos aquí un poco más? Se me va a caer la casa encima con la espera y los nervios.

—Aquí no hay nada que hacer ya, lo importante está en Marruecos, poco podemos hacer hasta que estemos en el país. Vete a casa, descansa lo que puedas porque las horas que nos esperan se harán

intensas.

—Tú crees qué… —carraspeó— ¿Omar estará bien? —se atrevió a pronunciar las palabras.

—Tiene que estarlo… —apreté la mandíbula— no quiero pensar en otra posibilidad, no tenemos que hacerlo, es la primera norma en estas situaciones.

—Lo sé tío, pero la mente… —se pasó las manos por el pelo.

—Qué me vas a contar. Bloquea todo lo que puedas esos pensamientos y vete ya, intenta descansar yo voy a hacer lo mismo —salí de detrás el escritorio y caminé hacia la puerta.

—¿Tú? Déjame que me ría —soltó varias carcajadas para reafirmar sus palabras y se llevó una colleja cuando pasó por mi lado haciéndolo reír de verdad porque lo anterior le había salido forzado.

Me despedí de todos los agentes que estaban en la sala principal comentándoles por encima nuestra vuelta a Marruecos y salí con Raúl, cada uno tomando una dirección hasta que pasara a recogerlo horas más tarde.

A pesar de mis palabras, todas muy técnicas y que quedaban de puta madre, por dentro yo era un hervidero de nervios que poco a poco me consumían. Solo de imaginar cómo tendría que estar Amira ante la situación que le había caído encima me volvía loco.

Tanto tiempo alejado de ella… me estaba empezando a pasar factura, si al menos pudiera tener contacto de alguna manera. Solté un suspiro mientras circulaba hacia mi casa, con todo lo que necesitaba encima, poco más metería en una pequeña mochila improvisada para no tener

que facturar, para no perder ni un minuto de tiempo de más.

A las cuatro de la tarde estaba puntual en la puerta de Raúl, que ya me esperaba fumando un cigarro afuera. Llegamos al aeropuerto de Málaga a la hora prevista y con mucho tiempo de antelación, total, con los nervios que llevábamos daba igual esperar en casa que allí, pero cuanto más cerca de nuestro objetivo inminente mejor.

El vuelo fue tranquilo, me refiero al viaje en sí, porque nosotros de tranquilos no teníamos nada, intentando entretenernos con pequeñas cosas. Aproveché para hacer el cambio de tarjetas de teléfono que guardamos de la vez anterior y a la hora y pocos minutos aterrizamos en Casablanca, a las siete de la tarde, hora de Marruecos, lo que en España serían las nueve de la noche.

Sin tiempo que perder nos desplazamos hacia dónde saldría el vuelo a Er-Rachidía, media hora tuvimos que esperar hasta estar otra vez montados en el último avión que nos llevaría al encuentro de los familiares policías de Amir, los cuales por él mismo sabía que estaban al tanto y esperándonos.

—¿Ezequiel? —escuchamos a nuestra izquierda nada más salir por la puerta del último aeropuerto.

—Sí —sonreí agradecido mientras nos acercábamos a tres hombres.

—Bienvenidos —asintió—. Como veis hablo el español perfectamente gracias a mi hermano —nos sonrió—, al igual que mis primos. Mi nombre es Amin, sí poca diferencia hay con el de mi hermano —rio al ver la cara de Raúl—, mis primos, Talal y Farid —los señaló nombrándolos.

—Encantados —respondí—. Yo soy Ezequiel y mi amigo Raúl.

—Pues vamos, no perdamos tiempo —asintió Amin dirigiéndonos hacia un coche grande que estaba a pocos pasos de nosotros.

Después de montarnos salimos de allí hasta tomar bastante velocidad recorriendo los kilómetros que nos separaban de Merzouga. Dos horas supuestamente que se convirtieron en una y media ya que tuvimos prioridad en todo momento y sin ningún percance. A las diez de la noche el coche paró en la entrada del pueblo que daba acceso a las arenas del desierto.

En cuanto nos bajamos caminé en la dirección que sabía que un hermano de Amira estaría. No lo conocía, pero intuía dónde podía encontrarlo por conversaciones que había escuchado en el campamento. Sin margen de error, guiado por un hombre que nos llevó hasta el Riad amablemente y al que le di un dinero que cogió agradecido, entramos al interior.

Nada más traspasar las puertas del Riad, en un pequeño salón que a esas horas estaba casi vació, encontramos a dos hombres tomando un té. Me acerqué sin esperar a saber quiénes eran, el nerviosismo de uno de ellos y todos los gestos que hacía me indicaron que podía ser el hermano de Amira, por la situación tan desesperante que estuvieran viviendo.

—Buenas noches —dije captando su atención, con Raúl, Amin, Talal y Farid a mis lados— ¿Eres el hermano de Amira? —pregunté mirándolo fijamente.

—¿Ezequiel? —se sorprendió levantándose del sofá en el que estaba sentado, haciendo que la sorpresa fuera mutua por reconocerme— Sí, soy uno de los hermanos de Amira, Ismael. Te conozco por fotos que me enseñó mi hermana y por una en la que apareciste en las noticias, al interceptar el cargamento y matar a Mustafá —me aclaró.

—El mismo soy —dije sabiendo que no le tenía mucho aprecio a su hermano, aun así, no sabía hasta qué punto podría afectarle la situación al ser familia.

—Relájate —sonrió de medio lado—, no tengo ninguna pena por ese motivo —volvió a aclararme y solté el aire que estaba reteniendo sin darme cuenta.

—Me alegro porque no me arrepiento —dije haciendo que asintiera.

—No sé qué te ha traído hasta aquí otra vez —dijo mirándonos a todos—, pero has llegado en el momento indicado —apretó la mandíbula—. Omar ha desaparecido y sabemos quién es la culpable de ese acto, Habiba, la mujer de Mustafá, pero no hemos podido localizarla —se puso en tensión, dejando ver la emoción por la pérdida y la rabia por la situación.

—Lo sé, por eso estamos aquí —asentí, y al ver su cara de no entender mi respuesta le expliqué todo desde el encuentro con su hermano en las lanchas, hasta ese momento, explicación que le hizo soltar un grito de rabia sabiendo hasta qué punto había llegado el desgraciado que fue su familia—. ¿Tienes algún dato que nos pueda facilitar la búsqueda? Por lo que has dicho la culpable es su viuda…

—Sí, dejó una nota para que lo supiéramos, no sé nada más, me he vuelto loco buscándola e intentando pensar, pero no he llegado a nada en claro.

—No puede haberlo hecho sola —dije pensativo—. ¿Con quien tuvo contacto Mustafá antes de salir de aquí? ¿Lo sabes?

—Sabía poco de mi hermano, nunca me interesó, solo lo referente a

mi madre y hermana para protegerlas, pero… —se quedó pensativo durante unos segundos.

—Pero ¿qué? —pregunté ansioso.

—Antes de irse, y lo sé porque me informaron del encuentro, se reunió con su hombre de confianza, con el que siempre hacía sus trapicheos —respondió.

—¿Alguien más sabe de la desaparición? —quiso saber Raúl, mientras la familia de Amir, nuestro compañero, se mantenía al margen apoyándonos con su presencia, sin meterse en un asunto que nos pertenecía.

—Sí, lo he notificado a la policía de Merzouga para que estuvieran en aviso y controlaran los que salieran del pueblo, por si lo sacaban escondido.

Todos asentimos ante sus palabras y me quedé por unos minutos intentando trazar el plan que creía que había ideado Mustafá, porque tenía más que claro que el hijo de puta pensando en todas las posibilidades y en su propia muerte la noche del intercambio, al igual que llevaba la nota dirigida a mí, se habría encargado de que la que era su mujer si no tenía noticias de él, pasado un tiempo, actuara como lo había hecho, llevándose a Omar con ella.

—¿Sabes dónde se encuentra ese hombre? ¿Su localización? Donde esté él, estará la mujer de Mustafá, lo que nos llevará hasta Omar —hablé cortando el silencio que se había creado.

—¿Tú crees qué…? —agrandó los ojos Ismael— Al saber la noticia del cargamento que había querido pasar Mustafá no le di importancia a que se reuniera con su hombre, ya que los negocios los llevaban los

dos.

—No lo creo, lo sé —respondí tajante.

—Tiene varias propiedades, separadas por bastante distancia unas de otras.

—Nos ponemos en marcha, vamos a cada una de ellas —dije girándome y dirigiéndome hacia la salida.

Todos siguieron mis pasos, mientras Raúl se subió al coche con los tres familiares de Amir, yo lo hice junto a Ismael en el suyo, saliendo rápido al primer destino de la noche. En cuanto llegamos y nos bajamos con toda la cautela posible y en silencio para no ser descubiertos, Amin se acercó hasta mí y me sorprendió levantando un arma en su mano, sorpresa positiva ya que me la ofrecía al estar yo desprotegido al no haber podido llevar nada con lo que poderme defender.

—Para ti, es de mi propiedad, yo respondo —asintió cuando la cogí—, Raúl ya tiene la de Fared.

—Gracias.

—No me las des, eres importante para mi hermano Amir, lo que equivale que lo eres para nosotros —respondió serio y concentrado.

No tardamos en acceder a la vivienda que teníamos a pocos metros sin ningún resultado. Vacía grité con rabia, pero sin perder los nervios mientras salía corriendo, montándome otra vez en el coche. El mismo resultado tuvimos en las tres siguientes que consiguió que la tensión de todos fuera en aumento.

—Solo queda esta —susurró Ismael, parando el coche a bastante distancia para no alertar con el sonido.

Asentí ante sus palabras.

—Quédate fuera —me giré hacia él—, no vas preparado y no quiero tener que lamentar ninguna perdida más, no acepto ninguna otra posibilidad esta vez, así que no insistas. Amira quedaría destrozada.

—Te sigue importando —giró hacia mí, refiriéndose a Amira.

—Nunca ha dejado de hacerlo, solo me he mantenido alejado por su seguridad hasta terminar con la misión —expliqué, provocándole una sonrisa.

—Está bien, me quedaré aquí —asintió.

Me bajé del coche seguido por Raúl, Amin, Talal y Fared y nos acercamos a través de la oscuridad a la casa que se mantenía a oscuras, sin indicios de que estuviera ocupada.

—Tampoco se ven luces ni movimientos, como en las anteriores —susurró Raúl.

—Tiene que estar aquí, es la última —dije mirando hacia la fachada de la casa, recorriendo cada centímetro de ella. A pesar de la oscuridad y quedar alejada del pueblo se distinguía perfectamente gracias a la iluminación de la luna.

—Adelante, te sigo —habló Raúl.

En ese momento Amin que había ido a inspeccionar los alrededores

llegó hasta nosotros.

—Hay una puerta trasera, pequeña, podemos acceder por ella sin hacer saltar la alarma de quien esté dentro, está abierta —nos informó.

—Pues vamos a ello —dije rodeando la casa seguido por los demás.

En cuanto entramos la oscuridad se hizo más presente, lo que cambió rápido al sacar el móvil Raúl y alumbrar con baja intensidad lo que nos íbamos encontrando a nuestro paso.

—Aquí no hay nada —habló Raúl después de inspeccionar toda la casa que solo tenía una planta.

—Tiene que haberlo —dije pensativo—, no han salido del pueblo, Ismael hubiera tenido noticias de ello… tiene que estar aquí por cojones —giré mirando todo alrededor—. Vamos a mirar bien por los alrededores, tiene que haber algo a parte de esta casa.

Salí por la puerta en cuanto acabé de decirlo porque en esa casa no había ningún acceso más que pudiera indicar que había alguna habitación escondida ni que nos llevara a algún sótano. Mi instinto me llevaba a no querer cesar en el intento, como si supiera que tenía que haber algo escondido y eso mismo buscamos durante bastante tiempo, hasta que bien alejado de la casa encontré un montículo que desde lejos pasaba desapercibido, pero al acortar distancias se veía claro que escondía algo.

Le mandé un mensaje a Raúl con la ubicación exacta, ya que cada uno habíamos tomado un camino diferente alejándonos de la casa, comentándole que avisara al resto.

Me acerqué cada vez más viendo como por la parte opuesta a la que había visto, había un pequeño portón, el que iluminé con el móvil. Ningún sonido se escuchaba, pero teniendo en cuenta que si había algo dentro era bajo tierra poco llegaría hasta el exterior. El vello se me erizó y cuando todos llegaron a dónde me encontraba, viendo lo que tenía delante, sacaron sus armas esperando a que yo diera el primer paso.

Lo que no tardé en hacer, con un movimiento rápido abrí el portón ya que no estaba asegurado y dejé caer mi cuerpo hacia abajo encontrándome la estancia iluminada por varias velas y una mujer que pegó un grito de sorpresa, con un hombre que se levantó de golpe del suelo intentando llegar a un arma, el cual no llegó muy lejos ante el disparo de aviso de Raúl que había bajado siguiéndome, dejándolo paralizado, con Talal y Fared al lado.

Mis ojos se fueron a los dos niños que estaban en una esquina, más concretamente a la mirada asustada de Omar que me miraba reconociéndome entre sorprendido y emocionado, con los ojos aguados, sabiendo que lo habían separado de su madre.

—Ven aquí Omar, te voy a llevar con tu mamá —le pedí calmado mientras Raúl daba varios pasos sin dejar de apuntar al único hombre que había allí.

—No —gritó a la que identifiqué como Habiba, dando varios pasos hacia Omar.

—No se te ocurra moverte —levanté el arma en su dirección—, créeme que no tendré ningún problema en apretar el gatillo por ser mujer, quien la hace la paga, ese es mi lema —sonreí irónico, provocando que agrandara los ojos y se acobardara.

La situación se resolvió rápido, con Talal y Fared encargándose del socio de Mustafá, inmovilizándolo, y con Raúl encargándose de Habiba. Omar se levantó al ver la situación y saber que era libre. Caminó hacia mí dudoso, hasta que le sonreí con cariño y los últimos pasos los hizo corriendo, lanzándose a mis brazos.

—Ya está, todo ha pasado —lo abracé con fuerza consolándolo, dándole un beso en la cabeza mientras él apretaba el agarre de sus pequeños brazos a mi cuello y dejaba salir las primeras lágrimas.

Ismael se acercó hacia nosotros corriendo en cuanto salimos, pasando por el lado de Habiba a la que le dedicó varias palabras en árabe que provocaron que ella bajara la cabeza más avergonzada de lo que estaba, junto a su hijo que iría con ella. Ya se encargarían de darle la vida que se merecía Talal y Fared, así me lo hicieron saber, diciendo que harían lo que correspondía con el pequeño.

El encuentro de tío y sobrino fue emotivo, lleno de alegría, hasta que Omar volvió a mis brazos por insistencia de él y ante las bromas de Ismael siendo sustituido.

Con todos en el exterior, Talal y Fared se despidieron de nosotros llevándose a los dos detenidos. Nosotros lo haríamos con Ismael con un destino claro y urgente.

—Muchas gracias por todo, nunca lo olvidaré —me dirigí hacia Amin, Talal y Fared.

—Nosotros tampoco, esperamos que no sea la última vez que nos veamos —asintió agradecido Amin.

—No lo será —sonreí—, ya vendremos con Amir en algún momento. Tenéis mi teléfono —miré a los tres—, para cualquier cosa que queráis

y necesitéis no dudéis en poneros en contacto conmigo.

Me llevé la mano al bolsillo y saqué mi cartera, de la que saqué bastante dinero para repartirlo entre los tres. Un gesto que intentaron evitar, rechazándolo, pero no lo permití. Insistí hasta que accedieron a cogerlo, totalmente agradecidos y emocionados, más lo estaba yo al poderlos ayudar y con el dinero que les di tendrían para una buena temporada. A pesar de que tenían un oficio que les aportaba ingresos, me salió del corazón hacerlo porque las condiciones eran muy diferentes a las de España.

Montados en el coche con Ismael al volante, Omar se negaba a salir del cobijo de mi protección, sentado en mi regazo, emocionado y sin poder dejar de hablar, queriendo ir al encuentro de su mamá, lo que yo estaba deseando hacer también a esas alturas. Una vez calmado y tranquilo, la ansiedad se apoderó de mí ante el inminente encuentro. Cerré los ojos por un instante agradeciendo de que todo hubiera salido bien, por tener al pequeño junto a mí y por lo que vendría después.

Capítulo 22

Amira

Eran las horas más dolorosas de mi vida y la de mi familia, no podía dormir, eran apenas las cinco de la mañana cuando estaba tomando un vaso de café en la puerta de la jaima de la cocina con mi madre y hermano. Ismael se fue la noche anterior a la Riad y prometió venir temprano, además quería hacer algunas averiguaciones en el pueblo.

Mi madre se acercó a mí con los ojos hinchados de llorar y me abrazó, tampoco había dormido durante la noche.

—Hija, lo vas a recuperar, Ismael iba a ponerlo en conocimiento de la policía de Merzouga.

—Ellos no harán nada, sabes que no están preparados y no somos nadie para ellos —lloré con desesperación cuando vi entre las dunas que se acercaba el coche de mi hermano Ismael.

Fuimos hacia la puerta de entrada del campamento a esperarlo, con la esperanza de que trajese alguna noticia que pudiese llevarnos a saber el paradero del pequeño.

Cuando se fue acercando las lágrimas comenzaron a brotarme sin control al ver sentado al lado de mi hermano a Raúl, y detrás a Ezequiel, que se bajó con un rostro de lo más emocionado sosteniendo en sus brazos a mi hijo Omar.

En ese momento rompí a llorar sonriendo, acercándome hasta ellos.

—Aquí tienes a nuestro otro hijo —dijo emocionado, poniéndolo en mis brazos y Omar se abrazó fuertemente a mí.

—Mamá, ellos me han salvado —señalo a los dos y a mi hermano.

—Ellos son nuestra familia, hijo —le dije llorando emocionada y se lo di a mi madre para abrazar con todas mis fuerzas a Ezequiel.

Nos fundimos en un abrazo y muchos besos, sin importar los ojos que nos miraban, dejando claro que nuestro amor estaba por encima de todo y de todos.

—Anaa Uhibbuk —le murmuré, el mismo te amo en árabe devolviéndole lo que un día el me murmuró.

—Yo también te amo, mi vida —se agachó y bajo mi sorpresa, hizo algo que jamás imaginé, puso sus manos en mi barriga y la besó.

Momento en que me di cuenta de que Raúl estaba inmortalizando con una foto ese momento con la cámara que llevaba la otra vez y que seguía colgada de su cuello.

Estaba de lo más emocionada, había recuperado a mi hijo y no solo eso, lo traía en sus brazos acompañado con unas palabras tan bonitas que sabía que él a nosotros nunca nos iba a abandonar.

Pasamos todos al comedor que teníamos en la cocina y comenzamos a preparar el desayuno, en sus caras se notaba el agotamiento de no dormir, al igual que en nosotros, pero ellos habían tenido un largo viaje por delante antes de la liberación de Omar que también los había llevado a no dormir.

Les presenté a Layla, nunca la habían visto y juro por mi vida que sentí un escalofrío cuando los ojos de ella y de Raúl se encontraron, era como si se hubieran quedado hipnotizados.

Ismael y los chicos comenzaron a contarnos lo que pasó. Primero Raúl lo de España y como fue todo, luego cómo vinieron tras lo que encontraron y que les dio el indicio del secuestro, y luego Ismael nos contó cómo ellos se habían presentado allí con la policía y comenzaron con el rescate.

Las tres llorábamos emocionadas, por no decir Salah y Brahim que habían llegado hasta aquí emocionados de ver al pequeño entre nosotros.

No había jaimas libres, pero eso no fue problema ya que mi madre le dijo a Raúl que se instalaría en la de Layla que tenía doble habitación ya que allí era donde vivía mi hermano con ambas mujeres. A los dos se le escapó una sonrisilla que volvió a erizarme la piel.

Sin dudarlo, Ezequiel se vendría a la mía, además necesitaban dormir tras el desayuno ya que el cansancio era más que evidente.

Fuimos a la jaima y mi madre se quedó en la cocina con Omar y Layla preparando los desayunos para los huéspedes que en breve comenzarían a levantarse y se encontrarían con un Omar correteando ya que todo el campamento estaba al tanto de lo sucedido la tarde

anterior.

—Gracias, Ezequiel, gracias por devolverme a mi hijo —dije cuando entramos a la jaima.

—A nuestro hijo —se pegó a mí agarrando mis caderas y dándome un beso.

—¿Cuándo tienes que regresar?

—Para empezar, tengo un mes de vacaciones, que comienza hoy precisamente y luego, tengo muchas opciones en mente, no me pienso separar de ti más que sea necesario y por corto tiempo.

—Siento mucho que hiciera eso con tu mujer —murmuré con tristeza.

—Yo también, pero ya lo pagó y la vida me recompensó contigo y nuestros hijos, obviamente eso no quita el dolor de lo que hizo arrebatándole la vida, una cosa no quita a la otra, pero, comienzo a ser feliz —volvió a besarme y abrazarme.

—Has sido la luz que llegó a mi vida.

—Quiero ser ese farol que siempre te guíe al camino de la libertad y la felicidad, que nadie jamás te vuelva a imponer nada. El amor, sea del tipo que sea, da libertad, no te la quita.

—He aprendido que la cultura no tiene nada que ver con la educación de las personas.

—Así es, no se te olvide nunca, mi vida.

—Omar va a tener una figura en ti que será el mayor de los ejemplos.

—Y de tu familia, ahora sí quedáis los buenos, las personas luchadoras, tu hermano me demostró que tu felicidad está por encima de todo, al igual que tus padres —se refirió a Salah—, tu madre se enfrentó a todo por ti.

—Sí —se me caían las lágrimas.

—Solo quedamos los que te queremos de verdad.

—Lo sé —lo abracé fuertemente, tenía la sensación de querer traspasarlo.

Y nos echamos sobre la cama abrazados, así nos quedamos dormidos, de la forma más bonita en la que dos personas que se aman se vuelven a encontrar, saltando todas las barreras que la vida les ponía.

Mi hombre, mi poli bueno, ese que se tragó muchas verdades para llegar al final en su cometido, ese que demostró que el amor hacia los suyos no quedaría impasible bajo ninguna injusticia. El padre de mis hijos, el amor que sin duda era el de mi vida.

Nos levantamos a la hora de la comida, que nos avisó Raúl desde la puerta a silbidos para captar nuestra atención.

—Pasa —le dijo riendo Ezequiel momento en que aprovechaba para darme un abrazo y un beso.

—Me he enamorado —murmuró mirándonos y sacándonos una sonrisa.

—¿Cómo que te has enamorado? —le preguntó Ezequiel negando.

—Me caso con Layla, así me tenga que volver un hombre del desierto —bromeó sacándonos una carcajada.

—Hermano ¿estás diciéndome eso en serio?

—Te lo juro, desde que la vi, esos ojos se metieron en los míos y toda ella en mi corazón, es la mujer más bonita que vi jamás, mejorando lo presente —dijo con respecto a mí.

—Pero ¿y ella? —preguntó Ezequiel aún incrédulo con todo.

—Me preparó las sábanas limpias y me indicó que me acostara, se acercó y me tapó poniendo todo bien colocadito y me deseó un feliz descanso antes de irse a su habitación, que está al otro lado de la lona, y entonces se quitó el velo de la forma más seductora que mis ojos habían visto jamás —nos reímos.

—¿Y qué hiciste?

—Quedarme ahí como un niño pequeño en *shock* y sin moverme ¿qué voy a hacer? ¿Traspasar la lona y decirle que me bese bajo el cielo del desierto? —no podíamos parar de reír— Y ahora cuando me levanté, me preparó la ducha con las toallitas y todo, como si fuera su hijo, aunque su mirada decía otra cosa.

—Es muy sumisa, no te trató como a un hijo, es a lo que está acostumbrada —respondí riendo.

—¿Pero esas miradas también se las echa a otros?

—No —reí—, eso no. A nadie lo trata así a no ser que sea de la familia, y las miradas y lo del velo… eso ya es otro cantar.

—¿Le gusto?

—Yo la vi cuando te miró por primera vez, y se me erizó la piel con ese primer contacto entre vosotros.

—¿Lo ves hermano? Dos nómadas para dos pelis, de aquí sacan novela —le dijo a Ezequiel mientras este se dirigía a la ducha muerto de risa y negando por la situación.

Los dejé allí y me fui a la cocina a ayudar a preparar la mesa, pero ya lo tenían todo listo. En Layla vi esa sonrisa diferente a las que había conocido hasta ahora ¿Sería verdad que entre ellos nacería algo tan bonito como lo que estábamos viviendo Ezequiel y yo?

—Creo que tienes un enamorado —le dije a Layla, consiguiendo que se ruborizara y provocando una risita en mi madre que no tardó en contestar.

—Eso le dije antes, que pensaba que no eras la única que iba a caer en brazos de un extranjero.

Layla sonreía, pero no contestaba, no se atrevía, para ella ciertos temas aún eran muy desconocidos, pero los sentimientos movían montañas y a ella se le estaban moviendo todas las que teníamos en ese trozo de desierto.

Omar apareció por la cocina con una bolsa llena de caramelos y patatas que le habían regalado los huéspedes que no lo dejaban ni a sol y sombra tras su liberación. Se había hecho el niño más famoso del campamento.

No tardaron en aparecer Brahim con Salah, los otros chicos trabajadores y Raúl con Ezequiel que puso en su regazo a Omar y lo abrazó fuertemente. Era la estampa del día, hasta mi madre me miró emocionada de ver como ese hombre trataba a mi hijo como si fuera suyo, al menos así lo estaba sintiendo porque lo recalcó en varias ocasiones.

—Todos con la mirada hacia la mesa y digan conmigo; señor bendice estos alimentos que dentro de unos momentos irán para dentro. Y no se quejen que he llamado al señor en general, que cada uno piense en el suyo —murmuró Raúl causando una risa en todos.

No me podía creer eso tan bonito que estábamos viviendo en este día, la recuperación de mi hijo y la llegada del hombre que amaba había transformado todo el dolor en una brisa de paz y tranquilidad que no había percibido en mi vida.

—He pensado en algo —murmuró mi madre.

—Di, madre.

—En que tanto tú como Layla, los niños y ellos —refiriéndose a Raúl y Ezequiel—, os vayáis al Riad, ya que aquí ahora hace mucho calor para ellos que no están acostumbrados y para los niños, que, aunque lo estén, allí hay piscina y disfrutarán mucho más. Hay dos casas libres dentro sin ocupar. Tu hermano Ismael vive en el apartamento de la planta superior del Riad para estar más cerca de los huéspedes. Así estaréis más cómodos y todos juntos —en el Riad estaban las habitaciones de los huéspedes y dentro de la muralla en el terreno había dos casas —. Os ocupáis de la cocina allí y de las habitaciones, y que se vengan para aquí los de la cocina de allí y la chica de la limpieza.

—Sí madre, quiero dormir al otro lado y sentir esa sensación de dormir entre muros —dije emocionada, y viendo la felicidad reflejada en la cara de los chicos, por no hablar de la de Layla, que ella nunca había ido al pueblo y su cara era como la que iba a hacer el viaje de su vida.

Ismael vino a por nosotros dos horas después cuando ya teníamos todo listo, y apareció con los cocineros y la chica de la limpieza que se instalarían en nuestras jaimas.

Le di un abrazo a mi madre, no de despedida porque estábamos a diez minutos de dunas la una de la otra, pero sí en agradecimiento de darme la oportunidad de salir de allí y estar de una manera más confortable con Ezequiel.

Layla también le dio un abrazo y Omar le dijo que vendría andando todos los días a verla si no la traían a darle un besito, nos reímos muchísimo, además mi madre quedó en que la mayoría de los días iría con Salah allí a comer.

Nos montamos en el todoterreno y sonreí alejándome del campamento y sabiendo que, ahora, iba a disfrutar de muchas otras emociones.

Capítulo 23

Amira

Naim y África, los hijos de Layla que nunca habían ido al pueblo, al ver el Riad, se quedaron impactados y comenzaron a corretear tras un Omar que sí que conocía ese lugar.

Las dos casitas estaban de lujo, todo diáfano: cocina, zona comedor y dormitorio, menos el baño que tenía una puerta para dar privacidad.

—Yo me voy con Layla para ayudarla con los niños —dijo el descarado de Raúl, consiguiendo sacarle una sonrisa y sonrojo en su cara.

—Eso, ayúdala que hay que dar ejemplo —le contestó Ezequiel animando a que se fuera con ella.

—Si el que creía ser mi padre levantara la cabeza o mi hermano… —murmuré causando una risa en todos.

Mi cuñada Zulema, la mujer de Ismael, salió a recibirnos, ellos también se acababan de instalar en el Riad de manera precipitada por todo lo acontecido, pero ellos estaban en un apartamento que tenía el

hospedaje en la planta de arriba.

Se la presenté a los chicos que la saludaron con una sonrisa y gastándole una broma. Se les veía relajados, como si por fin se hubiesen quitado todo el peso de encima, ese que habían soportado hasta hacer justicia por lo que le había pasado a su mujer y compañera de equipo, a ambos les azotó la tragedia.

Entramos a las respectivas casas para colocar nuestras cosas y Raúl se marchó haciendo un guiño, estaba embelesado con Layla y era más que evidente.

Zulema, mi cuñada, nos avisó de que prepararía una mesa para todos nosotros en el exterior, como huéspedes, era día para celebrar muchas cosas.

—No me puedo creer lo fresquito que se está aquí —dijo cuando entró pegándose a mí y dándome muchos besos seguidos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto es el paraíso —murmuré sintiendo que esa sensación era de lo más placentera. El verano era insoportable en el desierto.

—El paraíso es cualquier lugar en el que estés tú —me besaba incesantemente.

—¿Cómo puede alguien como tú haberse fijado en alguien como yo?

—¿Por qué soy un suertudo por haber encontrado a la mujer más bonita y con el corazón más noble del mundo?

—No soy nada…

—No vuelvas a decir eso, eres todo. Eres mi mundo, eres lo que más deseo en esta vida, eres la mujer con la que quiero formar esta familia que estamos comenzando a crear.

—Pues lloro —me eché sobre su hombro riendo nerviosa por esas palabras mientras me caían una tras otra, lágrimas de emoción.

—Llora siempre que sea de felicidad, mi vida —me abrazaba fuerte.

—Mamá, mamá, la prima se quedó encerrada en el baño de los huéspedes.

Nos miramos y reímos, fuimos hasta allí y nos encontramos con su mamá a la que se lo dijimos y vino con nosotros a sacarla mientras se reía negando.

—¡¡¡Libérenme, por favor!!! Juro que no voy a robar más crema de chocolate de la cocina —decía África desde detrás de la puerta, causándonos una risa y sobre todo a Raúl, que, como no, comenzó a hacer de las suyas.

—Echaros para atrás —dijo metiéndose en una película como si estuviera en una operación policial —es importante que nadie manche la escena del rescate ¿Cuántas personas hay dentro? —preguntó haciendo que nos riéramos a más no poder.

—¡¡¡Estoy yo sola y un gato que se postró en la ventana, pero es mi amigo y no me ataca!!!

—Dile al gato que vigile la zona exterior para que no se cuele nadie por la ventana.

—Gato, que no te muevas de ahí —la escuchamos decir, y a mí me dolía el lado de tanto reír mientras miraba a un Ezequiel que negaba riendo mientras veía la que estaba liando Raúl.

Ismael apareció con unas herramientas para quitar el pomo de la puerta que era lo que se había quedado encallado y se la dio a Raúl que extendió la mano en plan poli de guardia para liberar a la niña.

—Procedo a abrir la puerta, retírese lo máximo y vaya hacia el fondo, necesito que salga todo bien para que tu madre quede impactada conmigo —soltó, y Layla siguió riendo, pero esta vez roja como un tomate.

—El gato se ha ido y me dejó sola —la escuchamos decir entre risas.

—Iremos a por él cuando acabemos el rescate y le diremos que no le damos de comer nunca más por malo.

—Pobrecito —murmuró ella con tristeza.

—Bueno entonces iremos a por él y le invitaremos a España para que se coma un papelón de pescadito frito —rectificó este, y yo estaba que me daba, en mi vida había visto una escena tan graciosa de este tipo.

Lo que nadie se podía imaginar es que cuando se abrió la puerta, nos encontramos con una África con un velo puesto y los labios pintados de aquella manera en color rojo.

Nos miramos todos ante la sonrisilla de ella mientras nos decía, lápiz labial en mano, que se lo había dejado alguien en el baño y que el velo se lo había puesto Zulema, obviamente lo hizo en broma y sin ningún pretexto ya que ella no se lo ponía ni a sus gemelas ni tenía

intención de hacerlo.

Raúl inmortalizó ese momento con la cámara de fotos que le costaba un mundo desprenderla de su cuello y es que decía que todo lo que había en este lugar era digno de plasmar en imágenes.

Nos fuimos a cenar y la pequeña no se quitó el velo ni esos labios rojos que estaban pintados en plan churretes, pero ella se sentía guapa y eso era lo que valía.

Cogimos asiento en esa mesa tan bonita que había preparado Ismael con Zulema y que estaba llena de platos para degustar.

Omar se sentó en el regazo de Ezequiel, y es que estaban creando un vínculo precioso, los dos se adoraban y se notaba en la forma en la que se dirigían el uno al otro.

No me podía creer que estuviéramos todos juntos, que todas las pesadillas hubieran desaparecido de nuestras vidas, además, algo me decía que Ezequiel estaba preparando algo para no separarnos, yo no iba a preguntar, no quería hacer presión, con saber que estaba aquí y que no nos había abandonado, me era más que suficiente. Quería dejar que él se encargase de todo, porque hasta ahora me había demostrado que tenía ese carácter para sacar su vida y la de los que amaba hacia adelante.

Entre Raúl y Layla había una química muy fuerte, todos nos dábamos cuenta de esas miradas y bromas que este le gastaba hasta dándole de comer cogiendo la comida con los dedos en plan pinzas a modo tradicional, cosa que teníamos los cubiertos sobre la mesa. Ella abría la boca sonriendo y dejando que este se la diese, mi hermano Ismael negaba riendo por ver a la pobre chica de lo más avergonzada y tímida, pero disfrutando de ese momento.

Nos dieron las doce de la noche en esa mesa entre charlas y momentos de lo más divertidos. Nos despedimos hasta la mañana siguiente, eso sí, los niños de Layla y el mío se fueron a dormir con las gemelas a sus habitaciones, querían hacer una noche de pijamas de primos, y Zulema no dudó en que así fuera.

Ezequiel comenzó a desnudarme en la cama y se paró atento ante mi barriguita que ya estaba un tanto redonda y comenzó a besarla.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó sin dejar de besarla consiguiendo que me saliese una sonrisa.

—Creo que alguien debe de haber porque esta tripita no es mía.

—¿Te la han prestado? —murmuró sin dejar de besarla.

—Casi —me reí nerviosa y más cuando comprobé que sus besos se dirigieron a esa zona que llevaba mucho tiempo sin sentir ese contacto que me erizaba la piel.

Y consiguió en nada ponerme llena de excitación y deseos que se acrecentaban por segundos, esos que no dejaban de darme el más absoluto de los placeres.

Sabía tocarme y acariciarme, llevándome a tocar el cielo con las manos entre esos jadeos que salían incesantes.

Hicimos el amor durante horas, no exagero, al menos tres, en las que no dejábamos de tocarnos, cambiar posturas, abrazarnos y hasta llorar de la emoción por volver a estar juntos.

Capítulo 24

Raúl

Había pasado una de las noches más increíbles de mi vida…

Me levanté y estaba solo en la casa, ya que Layla se había ido a preparar el desayuno de los huéspedes. Me aseé la cara y al salir, vi a Ezequiel solo tomando un café en la terraza en una de las mesas.

—Buenos días, jefe —le di una palmada en la paleta de la espalda que casi se come la mesa.

—Pues sí que te has levantado con fuerzas ¿Un café? —me ofreció de la jarra que estaba sobre la mesa donde había más tazas.

—Sí, por favor, después de una noche de lo más erótica necesito un chute de cafeína.

—¿Cómo de lo más erótica? —los ojos se le abrieron como platos.

—Te juro que no hice nada, esa mujer lo hizo todo.

—Cuenta, porque no me creo que haya pasado nada por parte de ella cuando es lo más sumisa y cortona que he visto en mi vida.

—Eso pensaba yo, pero nada que ver con la realidad, te lo aseguro.

—Habla o te pongo la cafetera de gorro —reía, deseando tener toda la información para hacerse una idea.

—Pues resulta que me metí en la cama mientras ella estaba en el baño, pensé que iría a otra cama cuando saliese, pero no, apareció sin velo, con una camiseta blanca de manga corta y un pantalón tipo leggins, de esos que usan las mujeres, del mismo color.

—¿Y?

—Que poca paciencia tienes, jefe.

—Habla o te clavo el cuchillo —en ese momento apareció Amira con una sonrisa y nos puso un buen desayuno por delante, antes de darnos a cada uno los buenos días con un beso en la mejilla.

—Me encantan las mujeres del desierto, si es que siempre tienen una sonrisa en la cara —dije mirando como se marchaba.

—A esa ni la mires y cuenta ya.

—Jefe, que yo sé respetar —carraspeé—. Pues eso, que estaba en la cama cuando apareció vestida como una occidental con la melena al aire, y destapó un poco de mis sábanas y se metió junto a mí.

—Estás bromeando…

—No —me reí—, en absoluto y no solo eso, se puso de lado con una pierna sobre mí y se fue directa a mis labios, yo parecía un muñeco de Playmobil que no sabía ni si moverme, pero era tanto el deseo que la rodeé con mi brazo y la terminé colocando entre mis piernas, momento que aprovechó para moverse un poco y comenzar con esos roces que nos llevó a perder la cordura.

—¿Habéis follado?

—Encima de mí, se puso encima de mí a galopar como un caballo libre del desierto.

—¿Con preservativo?

—¿Qué clase de hombre viene a un rescate al desierto de Marruecos con condones?

—Madre mía, Raúl, pero…

—La amo, jamás ninguna mirada me atrapó como esa, sabes como soy, pero ella es diferente, la quiero en mi vida, es todo lo que busqué.

—Parece que estás hablando de mí.

—No, pero que el destino nos puso el mismo pan en el camino.

—Pues más vale que nos ponga agua también porque la vamos a necesitar —se refirió al calor del clima y de lo que nos estaba pasando con esas mujeres—. Y como te dije, nunca se sabía por dónde te llegaría el amor y ahí lo tienes.

—Me la llevo conmigo como sea, así pague una lancha.

—Estás loco y me has dejado loco, no me imaginé jamás a Layla así.

—Pues créeme, es la mujer más fogosa y sensual que he conocido en mi vida.

—Me lo creo pero que me has dejado loco, además eso de no poner medios…

—Ezequiel ¿me lo dices tú que viniste al desierto a buscar venganza y te marchaste soñando con la posibilidad de haber dejado aquí descendencia?

—Es verdad, además sería injusto decir que mi caso es diferente.

—Pues chinchín —choqué su café con el mío sonriendo.

Lo había dejado en *shock*, ni que decir tiene; y eso que no le había contado la realidad del sexo brutal que habíamos tenido, que acabamos hasta rodando por los suelos de esa casa que había sido testigo de ese cúmulo de tensión sexual que se había creado desde que nuestras miradas se encontrasen.

En ese momento me llegó un mensaje de la hermana de Ezequiel diciendo que no dijera nada, pero que la tenía que ayudar a llegar hasta aquí, que quería darle una sorpresa a su hermano y conocer a la mamá del sobrino que iba a nacer y de Omar al que ya sentía suyo.

Me puse a hablar con ella y a ayudarla a que cogiera un vuelo hasta Casablanca con enlace a Er-Rachidía. Además, de que fui a hablar con Ismael y me dijo que iríamos a por ella, yo prefería ir con él y no solo, porque sabía que mi paciencia con la policía de aquel país que paraba cada diez minutos, iba a acabar conmigo.

La sorpresa que se iba a llevar era menuda, además, repitió en muchas ocasiones que le gustaría que su hermana conociese ese lugar, también sus padres, pero vamos, no era época para que ellos vinieran a asarse de calor.

Una vez que dejé todo listo para su llegada y recogida, sin levantar sospechas de nada, nos fuimos con los niños a la piscina, además no había ni un turista en ella con lo cual era para uso y disfrute de nosotros solos, momento que aprovechamos para darles juego en el agua y refrescarnos de ese asfixiante calor, lo bueno, que esa piscina la hicieron de forma estratégica para que le diese la sombra en todo momento.

Si yo tenía claro que Ezequiel quería sacar de esa vida a Amira, tenía más que yo no iba a dejar de luchar por conseguir lo mismo, y es que esos ojos se habían convertido en la luz que necesitaba en mi vida y me sentía como un niño pequeño, era verla aparecer y sin querer, hacía tonterías para llamar su atención y sacarle alguna que otra sonrisa.

Capítulo 25

Amira

Hacía cuatro días que habían llegado al desierto y yo me sentía cada vez más unida a Ezequiel, además de ver lo que se forjaba entre Layla y Raúl que ya no se escondían de mostrar su amor ante todo el mundo.

Mi madre venía continuamente a comer con nosotros y ver a los niños para estar con ellos un rato, siempre en compañía de Salah que era el amor hacia todos en estado puro, el hombre más noble que había conocido en mi vida.

Estaba preparando todo para ponerles la merienda a los chicos, ya que escuché llegar el coche con el que se fueron Ismael y Raúl para ir a comprar a la ciudad algo.

Había preparado un té, una botella de agua bien fría y unas pastas que había hecho Layla, todo lo llevaba en la bandeja bien preparado, me gustaba mimar cada detalle para que ellos viesen con el amor que preparábamos las cosas.

Fue salir para dirigirme a la mesa que siempre ocupábamos cuando la

bandeja cayó al suelo llamando la atención de todos y las lágrimas comenzaron a brotarme, se me había acabado de romper el corazón.

Lo primero que vi fue lo que parecía una turista, sentada sobre las piernas de Ezequiel abrazada a él y comiéndoselo a besos por su cara y cuello.

Salí corriendo cuando escuché de su boca mi nombre, pero no quería parar, no había excusa para explicar lo que habían visto mis ojos.

Me metí en el baño de mujeres donde los otros días había quedado encerrada África.

—Amira —escuché una voz de una chica que podía ser ella—, soy Naiara, la hermana de Ezequiel, y vine a daros una sorpresa.

—Cariño, es mi hermana —murmuró este tras la puerta y sentí la vergüenza de haber protagonizado la escena más tonta del mundo.

Abrí la puerta en *shock* y con lágrimas en los ojos.

—Perdón, pensé…

—Mi hermano solo tiene ojos para ti, cariño —dijo esta, abrazándome con mucho cariño.

—Me alegra mucho que estés aquí, pero no sabía nada.

—Ni yo tampoco, fue cosa de Raúl —dijo Ezequiel acariciándome el pelo mientras yo seguía abrazada a su preciosa hermana.

Me sentí ridícula por haber pensado mal, pero, la escena fue como un

choque muy fuerte para mi vista. Salimos hacia fuera y Layla me sonrió sabiendo lo que había pasado, ella misma se había encargado de recoger el estropicio del suelo y Zulema estaba preparando todo de nuevo para agasajar a su hermana en plan bienvenida.

No dejaba de darme caricias en la espalda y besos en la mejilla, era de lo más cariñosa y lo más bonito fue que cogía a Omar y lo nombraba como su sobrino, se lo comía a besos y le había traído infinidad de regalos de sus padres y de ella. No solo para Omar, también para los demás niños, pero con este, se habían pasado en agasajarlo con muchísimas cosas que le dijo que también debía compartir con sus primos.

Me pidió un velo para tirarse una foto en la piscina que daba a las primeras dunas que rodeaban esa parte del pueblo y le di tres en colores diferentes, además que le pidió a Raúl que la inmortalizara, pero con su móvil, cosa que este se quejó porque tenía como un pegamento a su cámara y todo lo quería hacer con ella.

—Así que te pensabas que tenía la poca vergüenza de sustituirte por la primera que se me pusiera por el camino —dijo abrazándome por detrás—. Eso es que no me conoces, a mí me gusta elegir entre varias, no con la primera opción —bromeó y luego mordió mi lóbulo de la oreja consiguiendo que se me erizase toda la piel.

—He sido tonta, he hice el ridículo.

—No, cariño, es normal, pero es que hasta a mí me dieron la sorpresa y llegaste justo cuando mi enana se me tiró encima.

—Pobre, el disgusto que le he dado.

—No, ella lo comprendió al momento lo que estaba pasando,

tranquila, es muy dócil —carraspeó causándome una risa.

—La próxima vez me acercaré y pediré que se identifique —dije haciéndome la poli y causándole una sonrisa más bonita de la que tenía.

Momento en que los gritos de Omar llorando nos hicieron mirar hacia él, y lo vimos estampado contra el suelo con un dulce en su mano que ya estaba desperdigado a su alrededor.

Ezequiel fue a cogerlo e hizo con él como si fuera un avión alzándolo en el aire y haciendo esos movimientos que rápidamente le hicieron carcajear y olvidarse de la caída que había tenido.

Su hermana vino emocionada a enseñarme las fotos tan bonitas que se había hecho, en las que parecía una modelo.

—Me he enamorado de este pañuelo —me dijo señalando a uno rojo que se dejó una turista en el campamento y me quedé.

—Te lo regalo.

—No, con que me lo prestes para otras fotos otros días, me conformo.

—Es para ti, es lo único que te puedo ofrecer —lo volví a poner en sus manos.

—¿Lo único? Si traes aquí —acarició mi barriguita— el mayor regalo que me podéis hacer mi hermano y tú, además de que ya con Omar me habéis anticipado el ser tita.

—Gracias por aceptarme.

—No, gracias a ti por devolverle la vida a mi hermano, esa que tuvo apagada durante demasiado tiempo.

—Siento mucho la pérdida por la que tuvisteis que pasar por culpa de ese inhumano que creía que era mi hermano.

—No tienes la culpa de nada, cariño —me acariciaba la cara con mucho mimo—. Ya eres parte de nuestra familia y créeme, serás muy bien recibida, mis padres están locos con la llegada de su primer nieto o nieta.

Nos fundimos en un precioso abrazo y se vino conmigo a preparar la cena para los turistas y la nuestra que comeríamos en la terraza como ellos, ahora la situación era diferente y nos permitíamos muchas cosas que antes no éramos capaces por las normas de Naim y Mustafá.

Me sentía muy feliz junto a mi cuñada, esa que había llegado demostrando que no solo Ezequiel tenía un corazón de oro, sino también su familia, a la que no le importaba nada más que el amor que sentía su hijo hacia mí, ni la cultura, ni las barreras; solo la felicidad de dos personas que se amaban y se hacían felices mutuamente.

La verdad es que la llegada de ella había sido todo un acontecimiento para todos, esa noche vinieron mis padres a cenar y la trataron con mucho cariño, además, mi mamá la abrazaba como si de su propia hija se tratara y la llenaba de mimos y palabras bonitas. Le había caído genial y ambas no dejaron de hablar durante toda la cena.

Capítulo 26

Amira

Dos semanas fue lo que estuvo en el Riad su hermana, durante las que no dudó en dormir más de una noche en las jaimas para vivir la experiencia de ver el amanecer y atardecer vestidos de la magia de los trabajadores de allí, así como de montar en camello, eso que hizo varias veces.

Por videollamada conocí a mis suegros, unos seres llenos de amor que se habían encargado de educar a sus hijos para que nunca se viesen diferentes ante otras culturas o personas por su raza o religión. Era el mayor de los respetos el que le habían inculcado a esos hijos que para mí se habían convertido en mi familia.

Tanto Raúl como Ezequiel consiguieron a través de los contactos marroquíes que nos preparasen la documentación y permisos para salir del país, cosa que les llevó poco más de tres semanas, lo justo para ellos regresar a España junto a nosotras y los niños y poder incorporarse al trabajo.

Pasé mucho miedo en el control policial del aeropuerto, en cierto modo para mí era impensable ser alguien para el mundo, y me daba

pavor que dijeran que cualquiera de esos papeles no era válido, pero no, nos hicieron un gesto de poder pasar a todos, devolviéndonos tanto la documentación de visados como los pasaportes. No eché a mi bebé de milagro, los nervios me habían causado un nudo en el estómago de lo más grande.

En el aeropuerto nos esperaban mis suegros y cuñada, así como la familia de Raúl que también daba la bienvenida a los que serían parte de los suyos a partir de ahora.

Abrazos, lágrimas y muchas muestras de cariño que fueron de lo más impactantes por el amor que nos regalaban en esos momentos de nervios, ya que para mi hijo y para mí todo era novedoso, todo por lo que fuimos pasando hasta aterrizar en ese aeropuerto de Málaga en España.

Nos despedimos de Layla, los niños y Raúl que iban para casa de este junto a su familia. Lo mismo que nosotros, su hermana y padres también nos acompañaron hasta la casa de Ezequiel, tuvimos que parar por el camino a comprar comida ya que era la una de la tarde de aquí, pero en Marruecos dos horas menos, así que nuestros estómagos estaban hambrientos.

Durante el camino iba maravillada de todos los edificios y coches que dejábamos por el camino, se veía muy diferente a lo que había conocido hasta ahora, y muy bonito todo, bien estructurado y lleno de color, además del sol radiante que hacía ya que era pleno agosto, pero nada que ver con el calor sofocante del desierto, esto era más liviano y soportable.

Llegamos a la casa y fue un impacto total al entrar y ver esa decoración tan bonita, todo con muebles y paredes blancas que hacían destacar las cortinas que eran de lo más minimalistas y llamativas, en tonos cálidos sin perder la línea de la casa. Y esa cocina a la que solo

le faltaba hablar y que tenía de todo, hasta un robot de cocina, que según me dijeron echabas los ingredientes y cocinaba solo. No podía creerme todo eso que estaba viendo.

Su familia comió con nosotros y no tardaron en marcharse para dejarnos descansar, además de vivir este momento entre nosotros.

Omar no dejaba de salir de su asombro con todo: con el aire acondicionado, con los canales de la tele y con esa habitación que se adjudicó, y que Ezequiel le dijo que llenarían de juguetes.

Lo que más me sorprendió fue el rico olor de esas sábanas en las que pasamos esa primera noche en su habitación, esa que se convertía ya en la de los dos.

Nos abrazamos y sin venir a cuento, nos pusimos a llorar, lo habíamos conseguido, estábamos comenzando una nueva vida lejos de ese dolor que él soportó por culpa de Mustafá durante mucho tiempo y ese mal trato que tuvo hacia a mí.

Me había sacado de mi vida en el desierto para traerme junto a él a vivir una nueva historia con esa familia que habíamos empezado a construir.

Por la mañana dejamos a Omar con su hermana y fuimos al ginecólogo. Ezequiel le daba mucha prioridad a eso e hizo que su mamá cogiera cita para que me viese nada más aterrizar en España.

Estaba muy nerviosa porque nunca me había visto montada en una camilla así, con un doctor haciendo su trabajo para asegurarse de que todo estaba bien, mientras, mi chico me agarraba de la mano y se emocionaba como yo al escuchar los latidos de nuestra bebé.

—Es una niña, está muy claro —murmuró consiguiendo emocionarnos.

—Se llamará Virginia —murmuré, haciendo honor a la que fue su primera mujer y que perdió la vida a manos de mi hermano, cosa que le hizo llorar aún más y agacharse para besarme de lo más emocionado y sensible.

Salimos de allí como dos niños pequeños nerviosos y entre besos, lo mejor de todo fue que todo estaba genial y ese doctor llevaría mi embarazo hasta el final, cosa que me dio algunas instrucciones para que todo estuviese con un mejor control.

Nos reunimos con Raúl y Layla, que nos abrazaron de lo más felices al saber que esperábamos una niña y que llevaría el nombre de Virginia.

Fuimos a un centro comercial a comprarnos ropa, tanto Layla como yo íbamos a dejar de lado nuestra chilaba para vestirnos de forma occidental, como la gente de aquí, eso sí, tanto ella como yo no nos íbamos a quitar el velo, ese que no llevábamos estirado y colocado, solo dejado caer sobre la cabeza, pero, queríamos seguir con esa tradición, porque así lo era, nadie nos lo imponía. Por ahora teníamos claro que no nos íbamos a deshacer de él, es más, compramos algunos en tonos pasteles que eran unas monerías.

Nos hizo mucha gracia vernos con esas camisetas y vaqueros ceñidos que nos hacían de lo más sexis y joviales.

Eso sí, mi ropa elástica y suave que ahora con esa barriguita lo que necesitaba era estar cómoda y no apretarme mucho.

Al día siguiente los chicos se incorporaron al trabajo, y nosotras nos quedamos en la que ya era mi casa con los niños jugando en el jardín

y nosotras tomando té y hablando de lo felices que éramos ahora, lejos de las imposiciones de nadie y tratadas con mucho amor por esos hombres que habían llegado a nuestras vidas para endulzarlas.

Hicimos una videollamada con mis padres que se emocionaron al vernos con esos vestidos cortos de tirantes en color blanco, eran una monería que las dos nos habíamos comprado iguales.

Los niños parecían otros, atrás quedaban esas ropas llenas de tierra y gastadas por el continuo uso. Las familias de ellos se habían encargado de comprarles de todo antes de la llegada. No les faltó ni el más mínimo detalle.

Su hermana, que estaba de vacaciones, apareció por allí trayendo unos helados que no tardaron de arrebatar de sus manos los pequeños, la verdad que todos la llamaban tita, era así como la veían, hasta los hijos de Layla y ella a ellos.

Nos pusimos a preparar la comida para cuando vinieran los chicos, Naiara también se quedaba a comer con nosotros y luego, luego nos iríamos a dar un baño a la playa, esa que estaba deseando conocer, y para la ocasión nos habíamos comprado unos bañadores preciosos, yo de premamá.

Nuestros hombres no dudaron en coger a los niños y correr con ellos hasta el agua en cuanto llegamos y soltamos las cosas sobre la arena. Los veía y me emocionaba, me sentía como en el paraíso en toda su plenitud.

Nosotras tres fuimos a la orilla, realmente a Layla y a mí nos daba un poco de miedo el mar, pero poco a poco fuimos adentrándonos con mi cuñada y sin que los chicos nos perdiesen de vista, esos que seguían jugando con los niños que se habían adaptado a ese mar como si en él

hubiesen nacido.

La vida nos sonreía, nos enseñaba que tras esa vida en el desierto existía otra que era también digna de vivir, esa que sabía que mis padres nunca vivirían porque se negaban a tener identidad y dejar sus tierras ni por unos días.

Ellos tenían otra mentalidad y su tradición más arraigada que nosotras, pero era su felicidad y había que respetarla, siempre iríamos a verlos cuando se pudiera y no íbamos a escatimar en videollamadas, como la que les hicimos desde la playa para que vieran cómo los niños disfrutaban y nos dijeran lo bien que nos quedaban esos trajes de baño.

Los amaba por todo lo que habían hecho por Layla y por mí, porque nos protegieron hasta el final, y aunque no había lazos de sangre con Layla, gracias a su lealtad se ganó ser parte de nuestra familia de verdad, esa que ahora tenía aquí conmigo y estando juntas todo era diferente, era como si estuviéramos más arropadas.

Y comenzaron a pasar los meses y la barriga crecía. Llegaron las navidades, que pasamos con su familia y la de Raúl, todos nos juntamos en la casa de mis suegros para vivir esas primeras fiestas juntos y con la tradición que ellos tenían.

Estaba a punto de nacer mi bebé así que no nos arriesgamos a ir unos días después al desierto, pasamos aquí también el fin de año, pero sin faltar ni una llamada a mi familia de allí.

Era feliz, Ezequiel nos cuidaba como el mayor de sus tesoros, y estaba loco como yo por ver la carita ya de nuestra pequeña Virginia.

Capítulo 27

حب

Amira

Rompí aguas mientras preparaba el desayuno, ya que Ezequiel acababa de llegar de una guardia por un operativo que tuvieron esa noche.

Su cara se descompuso y se puso pálido. Seguidamente noté unos dolores que iban intensificándose por momentos.

Salimos hacia el hospital con la bolsa que teníamos preparada. Esa noche se había quedado Omar con sus primos en casa de Layla, así que fuimos directos hacia la clínica. Tal como llegamos nos pasaron con el equipo médico que, al revisarme, me dijeron que la bebé estaba lista para nacer.

Realmente yo ya sabía lo que era parir, pero aquí con todas esas comodidades que yo no había tenido antes, era todo como más fácil, con cuatro empujones nació Virginia llorando como si le hubiesen dado una paliza, momento en que Ezequiel la cogió y se relajó, acto seguido me la puso sobre el pecho con los ojos anegados de lágrimas por la emoción, como la que yo tenía.

Había nacido nuestra preciosa hija, fruto del amor que nació en tierras de nadie, en esas en las que nos conocimos en el momento que todo se comenzaba a complicar, sin saber que ese sería el paso a una vida mejor.

No necesité ni puntos ni nada por el estilo, solo veinticuatro horas en el hospital para recuperarme y controlar que la pequeña estaba bien y nos enviaron a casa.

Eso sí, el día de su nacimiento no faltó la visita ni de los suyos ni de Layla con Raúl, hasta los niños vinieron, y Omar ese se echó a llorar cuando vio la carita de su hermana, fue un momento de lo más tierno.

Si tengo que ser sincera y no exagerar, sus padres y hermana se volvieron locos de la emoción, pero, se veía que con Omar tenían una cosita mucho más fuerte, y es que el niño se los había ganado por completo y los tenía bebiendo de su mano desde que nos vinimos a España, así que hacían todo para que él no sintiera ni los más mínimos celos, lo anteponían en todo momento.

Estar en la casa con un miembro más de la familia hacía que aquello se llenara mucho más de amor del que ya había, no solo porque ese hombre nos amaba con todo su corazón, sino porque sabía que nunca nos iba a fallar, que todo lo que necesitaba lo tenía con nosotros y nos lo demostró cada día.

Esa noche cuando Omar se quedó dormido y le di el pecho a la pequeña que también cerró los ojos cuando lo tomaba, Ezequiel y yo nos quedamos sentados en el sofá y ante mi sorpresa, sacó un precioso anillo de oro blanco y tras mostrármelo cogiendo mi mano, me dijo las palabras más bonitas que jamás imaginé que alguien me diría.

—Gracias a ti volví a sentir ganas de vivir, reviví de una muerte que

sentía en vida y que es lo más triste y doloroso que un ser humano puede sentir. Pensé que el amor no me volvería a llegar, pero lo hizo, en el lugar que iba buscando una venganza, en el que menos podía imaginar, pero ahí estabas tú para sanar todas mis heridas y dar sentido a mi vida, esa que estaba apagada, sin luz, llena de odio y rencor, eso que hiciste que desapareciera por completo. Me has devuelto la felicidad, no solo eso, me has dado la familia que siempre soñé, con estos hijos que tenemos —sentía a Omar como suyo y eso nunca me dio lugar a la menor duda—. Y creo que es el momento de pedirte y, si es necesario suplicarte, que te cases conmigo —decía con ese anillo en sus dedos mientras de nuestros ojos no dejaban de brotar las lágrimas.

—Pídeme todo lo que quieras, que siempre mi respuesta será un sí —le dije mientras nuestros labios se unían para dar paso a un beso en el que sellaríamos la promesa de convertirnos en marido y mujer.

Me colocó el anillo con las emociones a flor de piel, por ese momento que ni me esperaba ni imaginé, pero que él tenía claro y lo había preparado todo para impresionarme, como siempre lo hacía, porque no había día que no lo hiciera, diciendo o haciendo algo que todavía llenaba más de amor mi corazón.

—Es lo más bonito que llevo puesto ahora que me siento fea y gorda —estaba recién parida y me notaba un barrigón que me agobiaba.

—Estás preciosa, radiante, provocativa… lástima que no pueda hacer ahora contigo todo lo que se me pasa por la cabeza —murmuró entre todos esos besos que no dejaba de darme.

Conseguía levantar mi autoestima, que me sintiera feliz, amada, especial que no decayera por un momento físico que era de lo más normal, pero en su mirada se notaba que me seguía viendo como esa mujer que le ocasionaba todo tipo de sentimientos, incluso sexuales.

Desde ese momento lo movió todo, ya que quería que el enlace fuese lo más rápido posible, además tiró de contactos para que se aligeraran los trámites y se encargó de todo, teníamos claro cómo queríamos que fuese la cosa y los dos, de forma consensuada, lo decidimos así.

Layla estaba de lo más feliz con esa noticia, por no decir mis suegros y cuñada que eran los que más veces hacían comentarios para que llegase ese día. Todos lo deseábamos para terminar de legalizar este amor que nos había traído hasta aquí, para que, en cierto modo dejar a nuestra familia protegida.

Mis cuñadas, como así llamaba también a Layla porque realmente así la conocí, me ayudaron con el vestido, que iba a ser una mezcla de las dos culturas y que mandé diseñar a mi gusto, tenía muy claro lo que quería y me hacía mucha ilusión llevarlo ese día tal y como lo había soñado.

Sus padres nos regalaron las alianzas y hasta un dinerito para todos los gastos, un dineral desde mi punto de vista, diez mil euros, eso para mí era una fortuna.

Su hermana se empecinó en regalarme el vestido de novia, fue un acto muy bonito por su parte, además Raúl y Layla, nos dieron dos mil euros como regalo de boda, otra cosa que no me esperaba y que me dejó asombrada con lo generosos que eran con nosotros.

Estaba todo listo para ese día, todo preparado para enlazar todo lo que teníamos previsto y que queríamos vivir de la manera más especial, además con nuestros hijos, esos que estarían presentes en cada momento que pasaríamos celebrando la unión legal de dos personas que festejaban al amor, ese que había nacido entre nosotros un día y duraría hasta el resto de nuestras vidas, cosa que nunca dudamos los dos.

Me sentía la protagonista de una historia de amor que era lo más parecida a una película o novela romántica, todo había sido demasiado peculiar, intenso y, como no, toda una sorpresa para dos personas con vidas diferentes, pero con un mismo corazón que latía en la misma dirección.

Algo que me comenzó a llamar la atención fue que Omar empezó a llamar papá a Ezequiel, y nunca más se volvió a referir con ese apelativo al que consideraba una estrella, Abdul. Nunca le habíamos hablado mal de él ni hicimos nada para que sintiera que lo tenía que olvidar, pero lo fue haciendo, imagino que a su corta edad era más fácil de desprenderse de esos primeros meses de vida y ver como la de ahora la realidad de su historia, como si Ezequiel hubiera estado desde el principio en ella.

Al igual que con mis suegros y cuñada, desde el primer momento los llamó abuelos y tita, los veía como esos seres que se desvivían por él y que lo llenaban de mimos, amor y mucha atención.

Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, no solo la mía, la de mi hijo que parecía otra persona, la verdad es que se había adaptado al cambio como un campeón, aunque era normal, ahora tenía muchas más cosas que le llamaban la atención y lo que le gustaba un cuento, a su corta edad ya reconocía muchas palabras y comenzaba a leer, era todo un genio.

La vida es dura, pero, a veces el destino tiene un as bajo la manga capaz de sorprender al más desdichado, moviendo tu mundo para demostrar que no todo está escrito y que el curso de la historia, puede cambiar para bien en cualquier momento.

Capítulo 28

حب

Ezequiel

El día había llegado, por fin Amira sería mi mujer legalmente porque por lo que se refiere al significado de esa palabra lo era en toda su plenitud, hubiera o no un papel que lo acreditara.

Era media mañana y como manda la tradición yo esperaba a las puertas del juzgado junto a Raúl y mis padres. Bueno era un decir, más que tradición fue que mi hermana se empeñó en echarme de mi propia casa de buena mañana, a empujones, alegando a que las cosas se tenían que hacer bien desde el principio porque era un signo de buena suerte.

Tonterías, porque la buena suerte iba de nuestra mano y las cosas no podían habernos ido mejor. Pero lo respeté y me dejé arrastrar hacia la calle, eso sí, después de esquivarla, comerme a besos a mi futura esposa ante las protestas de Naiara, entre las risas de todos y de coger lo necesario para vestirme adecuadamente en la casa de mis padres, donde estaría Raúl esperándome con Omar y Virginia que habían pasado la noche en casa de mis padres.

Mi hermana acompañaría a Amira, no era lo habitual, pero era lo que

les hacía ilusión y eso era lo que valía, junto a Layla que llegó a primera hora a nuestra casa. Ya estaba hecho y hasta las manos me sudaban, ya ves tú que tontería, porque solo era firmar un papel ante un juez. No era la boda final, quería que Amira tuviera su gran boda, una que no pudiera olvidar nunca y de la que tuviera unos recuerdos maravillosos que atesorar.

Ella no lo sabía, habíamos planeado mucho este día los dos juntos y el banquete que haríamos con nuestros familiares y amigos, como con parte de algunos compañeros de profesión de Raúl y míos que no podían faltar. Esos datos eran los que sabía Amira. A pesar de que era muy consciente de la pena que guardaba dentro por las evidencias de su rostro en algunas ocasiones, por no poder celebrarla con su familia, no había hablado queriendo darle una sorpresa.

En ningún momento ella había hecho alusión a nada, aceptando ese enlace y planificando conmigo ilusionada por cómo sería, sabiendo que yo iba agobiado de trabajo y aceptando que no podía moverme de mi ciudad por el momento, al tener varias cosas urgentes entre manos.

Pero como digo, ella no lo sabía, y es que mi regalo de boda para ella era un viaje inminente a Marruecos, más concretamente al campamento que era su segunda casa. Sí, había hecho lo impensable a escondidas para que eso fuera posible, había trabajado horas interminables y con casi todo resuelto en el trabajo, y a lo que no había podido darle final había dejado a cargo a varios agentes al mando, entre ellos a Amir, lo había organizado todo para el viaje que haríamos al día siguiente, con toda mi familia y la de Raúl que no dudaron en apuntarse.

Estaba deseando soltarle la bomba para ver el brillo en su mirada, el que me encantaba y me hacía más feliz, pero aún tenía que esperar, no lo haría hasta que estuviéramos convertidos en marido y mujer legalmente en España, encontrando el momento idóneo para llenarla

de ilusión.

Lo tenía todo organizado, la madre de Amira sabía que hoy era nuestro enlace por una videollamada que le hicimos para notificárselo, por lo que se alegró y nos regaló palabras de cariño y amor, pero en su mirada también quedó reflejada una tristeza ante la noticia que no tardé en borrar al día siguiente de comunicárselo.

La llamé desde el trabajo por videollamada para notificarle que sí, que nos casábamos, pero que la verdadera boda la celebraríamos junto a ellos. Puede que el día señalado firmáramos un papel legal, pero al siguiente tal y como le dije cargado de emoción, llegaríamos a Marruecos y al campamento para la boda de verdad, la que volveríamos a celebrar con toda nuestra familia, con la de mi futura mujer, con la de Raúl y con la mía, todas al completo como no podía ser de otra manera. Si digo que se emocionó cuando se lo dije sería quedarme corto, las lágrimas corrieron por su cara y el agradecimiento en palabras y con gestos hicieron que me emocionara de la misma manera.

—¿Cómo está el futuro marido? —me dio una palmada en la espalda Raúl.

—Nervioso y tranquilo —me encogí de hombros—, quiero que pase ya el tiempo y salir por la puerta casado.

—Ya no queda nada, Layla me ha enviado un mensaje de que están en camino —me sonrió.

—¿Y tú para cuándo? —levanté una ceja.

—Todo se andará amigo, todo se andará —me sonrió travieso, haciéndome sonreír.

La llegada de Amira, mi hermana y Layla no se hizo esperar, con mi hermana al volante. Así era ella y cualquiera le llevaba la contraria cuando se le metía algo en la cabeza, pero de eso se trata ¿no? De hacer el día especial y al gusto de todos, mientras estuviéramos felices qué más daba.

Sonreí al verlas a través de las ventanillas y el gesto me cambió automáticamente en el instante en el que Amira bajó del coche, dejándome con la boca abierta, boca que cerró Raúl riendo, pero es que la imagen que me regaló me calentó de tal manera que quedó reflejado según avanzaba hacia mí.

El vestido que adornaba su cuerpo era una preciosidad, combinado con el estilo de su país y con el nuestro. Me sorprendió que ese día hubiera decidido no llevar velo, dejando su precioso pelo al aire, el que le aportaba el toque perfecto a su preciosa cara. En cuanto llegó hasta a mí, no pude evitar atraerla hacia mi cuerpo y besarla, un beso en el que dejé claro todos los sentimientos que me había provocado.

Con las respiraciones desacompasadas porque el beso había durado bastante con intensidad, ante los comentarios jocosos de mi hermana y Raúl, con Layla sonriendo emocionada todo el rato, conseguimos separarnos.

—Estás preciosa, cariño —dije con palabras.

—Tú sí que estás guapo —pasó sus manos por mi traje, acariciándolo.

—Lo mío no es nada, tú deslumbras —le hice un guiño.

—Si queréis le decimos al juez que salga y os case aquí —rio Raúl.

—De eso nada —la cogí de la mano y tiré de ella, haciendo reír a todos.

Me faltó tiempo para entrar al juzgado dando encuentro a nuestras familias con los niños sentados nerviosos y deseando salir de allí para poder jugar, estando de lo más formales mientras esperaban. Omar se levantó al grito de mamá en cuanto vio a Amira y la abrazó emocionado, repitiéndole lo bonita que estaba.

Nuestro enlace se hizo oficial a la una del mediodía en el que nuestras firmas quedaron plasmadas en el documento en el que aparecíamos como marido y mujer. Los gritos alegres y emocionados de todos no se hicieron esperar, acercándose a nosotros entre abrazos y besos. La alegría fue máxima arrastrando hasta la juez que nos casó, acercándose a nosotros felicitándonos de cerca.

El banquete lo celebramos en el restaurante de un hotel que daba a la playa, allí estábamos habiendo dado buena cuenta de toda la comida que nos pusieron por delante, dónde no faltó la música, los que se besen y las bromas, mientras los niños jugaban después de la comida en un pequeño parque que había al lado del restaurante y el que controlábamos todo el rato, con Virginia en el carrito dormida y saciada después de haber comido su ración de biberón.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —le pregunté a mi mujer como quien no quiere la cosa, provocando que arrugara el gesto sin entender mi pregunta.

—Lo de siempre —acabó sonriendo—. Tú tienes que trabajar.

—No, no tengo que trabajar, tengo veinte días de vacaciones —sonreí al ver su cara de sorpresa.

—Pero, pero…

—Pero por eso mismo mañana por la mañana nos vamos de viaje y estoy seguro de que el destino te encantará.

—Dijiste que no podíamos hacer viaje de novios por el momento.

—Bueno —carraspeé— dije bastantes cosas que no son del todo correctas, todo por sorprenderte. Esta no es la boda que querías.

—No digas eso, ha sido preciosa, lo más importante es tener a toda la familia con nosotros y sobre todo a ti, mientras estés conmigo eso es todo lo que quiero —me agarró de una mano haciéndome sonreír.

—Exacto, tú misma lo has dicho, lo importante es tener a toda la familia con nosotros… por eso mismo mañana volamos hacia Marruecos —en cuanto pronuncié ese destino sus ojos se aguaron y la emoción cubrió su cara—. La boda la teníamos que hacer aquí por el tema de los papeles, para que fuera oficial, pero eso no quita de que cuando lleguemos la volvamos a celebrarla en tu hogar, en el campamento, con tu familia como sé que tu corazón quiere en un momento tan importante como lo es este.

—Ezequiel —pronunció mi nombre con un nudo en la garganta.

—Mi único fin es hacerte feliz, siempre. Quiero que vivas momentos inolvidables, los que te mereces.

—Mi mamá…

—Tu madre está avisada de todo —sonreí—, la llamé el día después de comunicarle los dos que nos casábamos y ha mantenido mi

sorpresa ¿te gusta?

—¿Qué si me gusta? —pegó un grito llamando la atención de todos que nos miraron emocionados y sonriendo, sabiendo lo que estábamos hablando.

Se levantó de la silla y se lanzó sobre mí que no tardé en agarrarla con mis brazos y sentarla en el regazo mientras dejábamos salir de nuestros labios unidos todos los sentimientos que sentíamos en ese momento.

—Vale, me ha quedado claro que sí —reí cuando nos separamos.

—Pero tu familia no estará, ni la de Raúl —por unos segundos su cara se cubrió de tristeza.

—¿Quién lo dice? —habló fuerte Raúl— No nos lo perderíamos por nada del mundo —nos hizo un guiño provocando una sonrisa por mi parte de cariño hacia él y por parte de Amira de emoción, dejando varias lágrimas correr por su cara.

—¿En serio? —miró a todos Amira.

—Claro cariño —le confirmó mi madre— nos encantará conocer tu hogar y tu país, queremos estar en todos los momentos importantes que viváis.

—Mami, mami… —entró corriendo Omar— nos vamos a ver a los abuelos —dijo con cara de ilusión, provocándonos más emoción.

—Coño, dadme un paquete entero de pañuelos, esto no se hace el día que una va maquillada perfecta —dijo sorbiéndose los mocos mi

hermana, toda finura ella, provocando varias carcajadas.

Ese día estuvo cargado de emociones, unas emociones que se fueron acrecentando con el inminente viaje, unas emociones que dejamos apartadas por un momento en cuanto caímos en nuestra cama, con nuestros cuerpos desnudos, mientras nuestras manos y nuestras bocas recorrían el cuerpo del otro saciando la necesidad que sentíamos.

La noche dio final conmigo en su interior, mientras dejábamos salir los orgasmos que habíamos postergado durante bastante tiempo, haciéndolo tan intenso que caímos desplomados los dos después de varias sesiones de sexo.

El viaje de ida a Marruecos fue rápido ya que lo tenía todo preparado para llegar a Casablanca, haciendo trasbordo para llegar a Er-Rachidía, para que fuera lo más corto posible el trayecto en coche por los más pequeños. En cuanto llegamos el hermano de Amir, Amin, junto a sus dos primos, Talal y Fared nos esperaban para darnos la enhorabuena personalmente ya que lo habían hecho a través del teléfono. Fue todo un detalle que agradecimos todos, presentándoles a nuestras familias, momento en el que Amira les agradeció personalmente sus implicaciones por recuperar a Omar.

—Mamá —gritó Amira en cuanto se bajó del todoterreno que nos había llevado al campamento.

Su madre emocionada nos esperaba en la entrada y el abrazo en el que se fundieron madre e hija nos emocionó a todos por igual, con un Omar saltando al lado de ellas, gritando de alegría y riendo, acabando abrazado a las dos. A los que enseguida se unieron Ismael, Salah y el resto de los familiares. Todos se emocionaron al tener en brazos a Virginia, dedicándole mimos y cariño al verla por primera vez en persona.

—Gracias —me dijo emocionada la madre de Amira en cuanto me acerqué a ellos, acortando las distancias y dándome un fuerte abrazo emocionada.

—No me las des —la abracé con fuerza—. Como una vez me dijiste, no hay mayor felicidad para una madre que ver la de su hija y yo no podía permitir que vivierais separadas este momento —le sonreí al verla llorar, llegando hasta nosotros Amira fundiéndose en un abrazo de tres.

La ceremonia la celebramos al día siguiente de nuestra llegada para descansar ese día del viaje y hacerlo totalmente descansados. Los niños eran los que más cansados estaban, aunque sin querer dar el día por finalizado, iban de un lado a otro nerviosos sin poder estarse quietos.

Después de todas las presentaciones de nuestras familias, a quienes acogieron con cariño, nos repartimos entre todas las jaimas que para sorpresa de Amira estaban libres.

—Sabía que vendríais todos —le dijo su madre sin querer soltarla, abrazada a ella—. Lo organicé todo para que solo nosotros estuviéramos en el campamento, la ocasión bien lo merece —explicó secándole las lágrimas que se habían escapado de los ojos de Amira.

Y llegó el día en el que mi mujer lució igual de espectacular que la primera vez, con el mismo traje de novia que dejó boquiabiertos a todos sus familiares y emocionados porque no se hubiera olvidado de sus raíces, esa vez con algo diferente sobre ella, de eso me encargué personalmente.

—Hoy quiero que lo lleves —dije cuando llegó a mi altura en el pequeño montículo de arena en el que la había estado esperando,

rodeado por todos.

El complemento nuevo no fue otro que un pañuelo blanco bordado que mi madre se había encargado de decorar para la ocasión. Lo dejé caer sobre su cabeza como le gustaba llevarlo siempre ante su atenta mirada emocionada que seguía todos mis movimientos.

—Ezequiel… Anaa Uhibbuk

—Anna Uhibbuk, mi amor —nos dijimos te amo en su idioma.

Así dio comienzo nuestra boda de verdad, la que sentíamos de corazón, una en la que las emociones estuvieron a flor de piel y la alegría fue la protagonista del momento. Nos quedamos dos semanas completas allí, prometiendo que no tardaríamos en volver. Disfrutamos de todo lo que nos ofrecía el lugar, de excursiones, de experiencias únicas como los amaneceres, de las rutas en camello… yendo cada día al Riad dónde todos sin excepción, recibíamos agradecidos las horas de más calor dentro del agua, en la piscina.

La ilusión en nuestras miradas, la alegría que desprendimos todos durante esos días… hablaron por sí solas durante todo el tiempo que permanecimos en el desierto.

Epílogo

حب

Ezequiel

Seis años más tarde…

¿Qué os puedo decir de todos estos años que habían pasado? Hablo por boca de Amira y mía de que desde el día en el que la vida nos dio una oportunidad para ser felices juntos, no habíamos desaprovechado ni un solo instante para hacerlo realidad.

Nuestro amor seguía agrandándose, si es que eso era posible. Cada día hacíamos que fuera especial porque de eso trata el amor, de cuidarlo y mimarlo, metiéndolo en una burbuja protegiéndolo, haciéndolo cada día más grande. Pequeños detalles, no hacía falta más, detalles de atención, detalles demostrando la importancia de la otra persona haciéndola sentir especial, manteniendo la llama que nos unió.

Llama que no había aflojado con los años, todo lo contrario, la tensión entre los dos era palpable, con deseos y ganas haciendo acortar el tiempo que permanecíamos separados.

Omar estaba hecho un hombrecito, estábamos muy orgullosos de él. Ya podía decir a boca llena que era mi hijo, sí, hacía años que empecé

su adopción más concretamente desde que regresamos de nuestra boda en el desierto. Llevaba mis apellidos, aunque si no hubiera sido así, para mí, en mi corazón, lo fue desde el mismo instante en el que me enamoré de Amira.

Nuestra hija Virginia era una niña preciosa de seis años que llamaba la atención allá a dónde iba, con los rasgos de su madre y mi carácter. Siempre pegada a Omar, que la cuidaba y mimaba más que nosotros mismos.

Y no eran los dos únicos hijos que teníamos, en todos estos años que habían pasado tuvimos a Enzo que ya tenía tres años y era la alegría de todos.

Habíamos formado una gran familia, mis tres hijos y Amira eran mi vida, mi gran pasión, junto a mi trabajo en el que seguía manteniéndome en activo al frente de la Unidad contra el Narcotráfico.

Al final Raúl pasó por el altar, cinco años y medio atrás. Al poco de nuestro regreso de Marruecos él y Layla empezaron a organizarlo todo, convirtiéndose en marido y mujer en un enlace íntimo y emotivo, dónde no faltaron las risas en ningún momento. Hoy en día a parte de Naim y África, que también eran sus hijos legalmente, ya que inició a la par que yo los trámites de sus adopciones, tenían otras dos hijas de casi cuatro años, gemelas. Sí, lo hizo a lo grande ante el desmayo por la primera impresión de él, del cual todavía nos reíamos al recordarlo.

Muchos eran los viajes que hacíamos a Marruecos, al hogar de Amira para ver a la familia y muchas más las videollamadas y llamadas. Los padres de mi mujer estaban igual de bien, viviendo sus vidas como querían y como les hacía felices, sin perder el contacto por la distancia.

En el campamento todo seguía igual, con Ismael y la madre de Amira al frente de todo, con el que estaban contentos porque año tras año el turismo cada vez se incrementaba más y con ello las nuevas oportunidades de agrandar el negocio. La única novedad es que los padres de Amira se trasladaron hacía varios años al Raid junto a Ismael, Zulema y sus hijas. Les costó, bien habíamos vivido el proceso desde la distancia, pero todo fue evolucionando poco a poco, lo que no impedía que, desde primera hora, antes del amanecer, los dos volvieran cada día a estar al frente del campamento, saliendo de allí al anochecer cuando todo estaba en calma, dejando a cargo a Brahim y a su nueva esposa que se había ganado el respeto de toda la familia con el tiempo.

Otro cambio que no sabéis es que mi hermana hacía ya un año que se había casado y estaba embarazada de su primer hijo, sí, Daniel venía en camino y los futuros padres no podían estar más felices por el acontecimiento y toda la familia con ellos. Conoció a su marido en un accidente de coche en cadena, del que por suerte nadie resultó herido, y es que mi hermana todo lo hacía diferente, pero qué iba a decir yo si fui al desierto en busca de venganza y antes de conseguirla encontré al amor de mi vida, cayendo rendido ante ella.

Como alguna vez hablé con Raúl, el amor está escondido detrás de cualquier oportunidad y sale cuando menos te lo esperas, bien lo sabíamos todos los que lo habíamos encontrado sin buscarlo, llegando, arrasando con todo a su paso.

La vida es así de sorprendente, a veces para mal y otras para ofrecerte la máxima felicidad. En mis recuerdos más profundos el recuerdo de Virginia siempre permanecería, imposible que fuera de otra manera, estaba seguro de que estuviera dónde estuviera, su alma sonreía al ver cada día la alegría y felicidad que habían llegado a mi vida.

De la peor experiencia de mi vida nació el amor, brotando con tanta intensidad que el destino no tuvo más remedio que confabular a nuestro favor. Quién me lo iba a decir, después de lo desolado que me quedé, que algún día sería tan feliz como lo era desde que mi camino se cruzó con el de Amira, a pesar de las dificultades, a pesar de todo el peso que cargábamos los dos…

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu